
ALEX LIDELL
LERA DE LUNOS
POWER OF FIVE BOOK 4

LERA DE LUNOS

POWER OF FIVE

LIBRO CUATRO



ALEX LIDELL

ÍNDICE

1. Lera
2. Lera
3. River
4. Lera
5. Lera
6. Lera
7. Tye
8. Lera
9. Lera
10. Tye
11. Lera
12. Lera
13. Lera
14. Tye
15. Lera
16. Lera
17. Lera
18. Lera
19. Lera
20. Lera
21. River
22. River
23. Lera
24. Lera
25. Lera
26. Lera
27. Tye
28. Tye
29. Lera
30. Lera
31. Lera

32. River
33. Tye
34. Coal
35. Lera
36. Lera
37. Lera
38. Lera

🇺🇸 Other Books by this Author:
🇺🇸 About the Author

Copyright 2026 Alex Lidell

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Edición de Mollie Traver

Formateado con Vellum

LERA



Esto es una mala idea. Doy un paso adelante, esforzándome por hacer oídos sordos a mi propia advertencia.

El tigre que toma el sol emite un bufido soñoliento. Su cuerpo a rayas naranjas y negras cubre por completo el banco de piedra de la fuente. Con los ojos cerrados, el gran felino tiene la cabeza apoyada sobre una de sus grandes zarpas, mientras la otra pata delantera cuelga perezosamente hasta el suelo. Sus bigotes, tan largos como mi antebrazo, se mecen con la brisa, y el temblor de sus párpados cerrados delata que está teniendo sueños emocionantes.

Por muy peligroso que fuera provocar a un tigre dormido, la alternativa —dejar que la forma animal de Tye siguiera tumbada en mitad del patio de la Ciudadela— era aún peor. Ahora que el sol naciente sacaba al exterior a los aprendices y al personal, alguien iba a resultar herido. O muerto. A diferencia de la mayoría de los cambiantes, el tigre de Tye no es consciente de su ser feérico, lo que lo hace tan peligroso como el animal salvaje cuya forma adopta.

Doy otro paso adelante con el corazón desbocado. Si River está dispuesto a derrocar al rey Griorgi por el bien de Slait y Lunos, lo menos que puedo hacer yo es echar a Tye de la fuente central de la Ciudadela. Y luego obligaré a ese cabrón a que me diga por qué se transformó para empezar.

Acerco los nudillos a su nariz húmeda; los tres pasos que nos separan son demasiados para tocarlo, pero demasiado pocos para salvarme si el tigre se abalanza sobre mí. *Una idea muy, pero que muy mala.*

—Buenos días, Tye. —Mantengo la voz baja y firme, intentando calmar mi corazón desbocado. No hay nada más apetitoso para un depredador que el miedo—. Sé que *eres* Tye. Y tú también me conoces, ¿verdad? Tú eres Tye y yo soy Lera, y no vas a destrozarme.

La niebla matutina se ha disipado, dejando tras de sí la dorada luz del sol de otoño, el susurro de los arces rojos y un nítido cuadrado de hierba verde y mármol blanco que se extiende desde donde estamos en todas las direcciones. Los gorriones se silban unos a otros, ocultos en las ramas sobre nuestras cabezas. Una perfección sobrecogedora... una perfección que el tigre de Tye se atreve a estropear.

—Si de mí dependiera, colgaría a ese aprendiz en un poste de flagelación por esta payasada —dice un hombre a mi espalda. Uno de los guardias de la Ciudadela. Han aparecido un par hace unos minutos y siento sus ojos abrasándome la espalda. Con sus uniformes reglamentarios de color verde bosque y su aire de hastiado aburrimiento, destacan con facilidad entre los aprendices de la quinta—. El muy idiota sabe de sobra que esa maldita bestia suya tiene la rabia.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —La voz del segundo hombre es baja, más probablemente para evitar atraer la atención de Tye que para ocultármela a mí.

—Media puta noche. Y ahora parece que ha llegado su desayuno.

—Tengo dos dardos —dice el segundo guardia—. ¿Quiere que le dispare en el culo?

Me vuelvo bruscamente hacia los dos hombres, con una mirada fulminante. Si River estuviera aquí, probablemente tendría alguna forma apropiadamente diplomática de mandar a estos dos al infierno, pero el príncipe está tramando con Autumn en la biblioteca, como ha hecho cada minuto de los tres días que han pasado desde

que descubrieron a Griorgi en Karnish. Así que los malditos guardias tendrán que conformarse conmigo en lugar de con diplomacia.

El poder sube por mi interior, saturando mis músculos. No es magia, no tengo magia si no la reflejo de uno de mis hombres. Pero la furia pura y dura es un poder en sí misma. —Hacedle daño al tigre de Tye y os arrancaré la garganta.

Me importa muy poco ser mucho más pequeña ahora mismo. Ser mortal. Si uno de ellos coge esa ballesta que le cuelga del cinto, los dos tendrán que vérselas conmigo.

Y luego podrán explicarle al consejo por qué mataron a la tejedora mascota de Klarissa.

Los guardias intercambian una mirada y retroceden un paso. Levantan ligeramente las manos para mostrar que no tienen intención de empuñar un arma.

Me vuelvo hacia Tye.

—Si es demasiado estúpida para vivir, es su problema —le murmura uno a su compañero, que resopla en señal de acuerdo.

Vale. En eso tienen razón.

Doy un paso hacia el tigre. Sigue durmiendo sin ninguna preocupación, ajeno al caos que está provocando en el patio de la Ciudadela.

—¿Qué me dices de echar la siesta en otro sitio? —murmuro, consciente de que cada vez estamos atrayendo más atención. Guerreros en entrenamiento. Eruditos de visita. Personal. Todos reunidos para el espectáculo, murmurando condenas sobre un cambiante fuera de control como si Tye fuese un espectáculo del que cotillear. Doy otro paso hacia él—. Tu forma de gatito está... Bueno, los guardias de la Ciudadela se están quedando sin ropa interior limpia.

El tigre emite un pequeño bufido felino y su labio superior se curva para mostrar unos colmillos que brillan bajo el sol. Me pregunto si eso es un sí o un no. Si yo soy la razón por la que Tye ha adoptado esta forma. En los días que han pasado desde el juicio —o puede que incluso desde antes—, el hombre de ojos esmeralda se ha vuelto más distante. Saltándose comidas. Evitando el contacto visual. Y ahora esto. *¿Por qué? Háblame, Tye.*

Mi alma se esfuerza por conectar con él. Su ausencia es como un pequeño y persistente clavo que se hunde en mi carne. Quiero más de Tye, pero él... No sé qué es lo que quiere. Solo que no soy yo. Quizá por eso una parte de mí insiste en hacer esto yo misma en lugar de llamar a River o a Coal, una parte lo bastante desesperada como para esperar que el tigre de Tye me reconozca. Que convenza a su homólogo feérico para que me dé una oportunidad.

Sigue dormitando al sol. El tigre parece un peluche naranja gigante, o quizá un gato doméstico de gran tamaño. *Un gato doméstico en cuyo mundo tú eres un ratón.*

Doy un paso más hacia él, despacio y con calma, intentando reprimir la urgencia que siento en el estómago. —¿Podría compartir tu banco?

Abre un ojo, de color verde esmeralda con una pupila alargada, y me mira con pereza. El tigre es felizmente inconsciente de todo lo que no sea el banco de piedra bajo él, el sol sobre su pelaje. En su mundo no existe el emperador Jawrar, ni la tensión reprimida de River elaborando un plan para destronar a su padre, ni una humana vulnerable que blande más magia de la que puede controlar. Me pregunto qué se sentirá al despertarse por la mañana y descubrir que te duelen las extremidades por una cacería que no recuerdas y que tienes el estómago lleno de carne.

Alguien maldice a mi espalda y me doy cuenta de que la escenita está congregando a todo un público. Oigo incluso que se cruza una apuesta y me encojo, segura de que el dinero no está de mi parte.

El tigre cierra ambos ojos. Al parecer, ha decidido que no vale la pena molestarse por mí. Desde luego que no, cuando algo tan importante como una siesta está en juego.

—Por las malditas estrellas, que alguien detenga a esa idiota demente —brama una voz autoritaria al otro lado de la plaza. Por la repentina conmoción a mi alrededor, supongo que el hombre que se acerca es el capitán de la Guardia de la Ciudadela, y maldigo para mis adentros. Pero no me atrevo a desconcentrarme para mirarlo. La voz se acerca—. Escuchadme bien: si esa mortal resulta herida bajo vuestra guardia, habrá más sangre empapando este césped de la

que os gustaría, cabrones. Lo mismo digo si llego a oler un libro de apuestas.

Los dos guardias de antes me flanquean de repente, uno a cada lado. Tienen los ojos entornados y los dientes apretados en una mueca de ira resentida. —Ya ha oído al capitán. —El de la derecha escupe en el suelo, junto a mi pie—. Retroceda. Idiota mortal.

Genial.

—Agradezco su preocupación, guardias, pero el tigre es mi compañero de quinta —digo, forzando un tono tranquilo y respetuoso por si acaso todavía pudiese evitar un enfrentamiento—. Asumo toda la responsabilidad por lo que pueda ocurrir.

El escupidor resopla. —Como si su *asumir la responsabilidad* nos fuese a salvar el pellejo. —Su mirada lasciva se desliza sobre mí mientras hace crujir sus nudillos. Sus ojos oscuros y crueles se detienen en mis pechos, donde los pezones se han erizado por el frío de la mañana y se marcan demasiado a través de mi túnica granate.

Retrocedo un paso y el corazón me da un vuelco.

El escupidor se abalanza sobre mí y sus dedos se clavan dolorosamente en mis hombros. Me saca una cabeza y es tan corpulento como un barril de vino. El hombre huele a sudor agrio y a los huevos que ha desayunado. Bajando la voz para que solo yo pueda entenderlo, me susurra al oído: —Por la razón que sea que la magia te eligió, no fue por tu cerebro, zorra. Si te va lo duro...

No llega más lejos. El tigre, que hace un momento dormía plácidamente, se lanza de repente sobre nosotros dos.

Siento el impacto de los hombros del animal al golpear mis caderas, embistiéndome con tal fuerza que salgo volando hacia atrás. Se me corta la respiración al aterrizar con fuerza en el suelo.

A un paso de distancia, el escupidor grita con una voz húmeda y estridente mientras cuatro arañazos paralelos le florecen en el pecho. La sangre, de un rojo brillante, empapa su uniforme verde y las puntas de las garras de Tye.

El tigre apoya las cuatro patas en el suelo y examina el césped: el escupidor, en el suelo y sangrando; el segundo guardia —y todos

los demás— retrocediendo prudentemente; una mortal en el suelo, tratando de arrastrarse hacia atrás.

La atención del tigre se detiene en mí y me quedo helada mientras el animal da vueltas a mi alrededor. Se detiene. Bosteza. Inclina el hocico blanco hacia un lado y sus ojos verdes, llenos de una condescendencia familiar, se encuentran con los míos.

El miedo me seca la boca y hace que los lados de mi visión se vuelvan negros. El sol parece demasiado brillante y el viento, demasiado frío. Mis músculos se tensan, listos para correr, aunque soy incapaz de apartar la mirada del depredador que se acerca. Debajo de mí, la hierba húmeda me empapa los pantalones con manchas frías.

El tigre me sigue mientras me alejo centímetro a centímetro. Avanza un paso por cada treinta centímetros que yo me muevo. Probablemente está disfrutando del maldito juego, contemplando si la carne humana será de su delicado agrado.

Abre las fauces y muestra una dentadura completa y reluciente. Cuando me estremezco, levanta una enorme zarpa, la misma que ha dejado al escupidor hecho jirones.

La visión de la sangre aún aferrada a esas afiladas uñas expulsa todo pensamiento racional de mi mente. Antes de que pueda evitarlo, me pongo en pie de un salto y *echo a correr*. Mis botas golpean el suelo, hundiéndose en la tierra blanda. Guerreros, árboles, edificios, todo excepto el camino que tengo delante se desdibuja. No pienso más que en mis pasos. *Uno. Dos. Tres. Cua...*

El tigre me placa por detrás y me aplasta contra el suelo. Vuelvo a quedarme sin aire al caer, y el olor a hierba y a gato me llena las fosas nasales. Me preparo para el dolor, para el escozor de la carne desgarrada.

En su lugar, un peso grande y cálido se posa sobre mí. Trescientos kilos de felino me inmovilizan contra la tierra y su espeso pelaje me cubre la cara.

Me retuerzo en busca de oxígeno y mi cabeza emerge de lo que me doy cuenta de que es la axila del tigre. El peso sobre mí se desplaza muy ligeramente y se asienta de nuevo. Pesado. Relajado.

Entonces el tigre abre la boca y pasa su ancha y áspera lengua por mi oreja.

Otra vez. Y otra.

Una risa demente escapa de mi garganta apretada. Luego otra, antes de que una sarta de risitas desquiciadas —del tipo que solo puede evocar lo absurdo de un baño de un tigre asesino— brote de mi pecho. —Me haces cosquillas —digo, girando la cara—. Para...

Clic.

El suave sonido me hiela la sangre. Lo veo un instante después: el escupidor cargando una ballesta con una flecha de punta dentada. Apuntando. Su compañero haciendo lo mismo.

—¡No! —bramo al aire de la mañana—. ¡No dispare! ¡Por las estrellas, no dispare!

—Usted tiene la misma rabia que esa cosa —dice el escupidor, y aprieta el gatillo.

LERA

Un destello de luz me ciega y una oleada de poder me llena las venas mientras el tigre que tengo encima se transforma en la forma feérica de Tye. Un calor siseante me chamusca el aire sobre la cabeza. Un instante después, dos trozos de metal deforme caen al suelo con un golpe sordo. Virotes de ballesta con púas, derretidos justo a tiempo por la depurada magia de Tye.

Los susurros se extienden por la plaza cubierta de hierba; las voces, entrecortadas, incrédulas.

—Imposible. Jodidamente imposible.

—… ha derretido media docena en el campo de entrenamiento… Deberíais haber estado allí.

—Eso es… ¿Os acordáis de Tyelor de la Llama?

Haciendo caso omiso de los susurros, Tye se levanta de donde su cuerpo cubría el mío; los pantalones oscuros y la túnica de color vino que llevaba al transformarse le vuelven a quedar holgados sobre su complexión musculosa. Tiene el pelo rojo cubierto de sudor y sus ojos verdes están tan helados que podrían ser los de Coal. El pendiente de plata, que normalmente le da un aire despreocupado y arrogante, ahora solo le confiere un aspecto amenazador. Pasan varios latidos mientras sus ojos se enfocan y el reconocimiento por fin brilla en ellos.

—Tye… —empiezo a decir.

—Acercarte a mi tigre ha sido inexcusablemente peligroso, Leralynn —dice Tye en voz baja, interponiéndose entre la multitud y yo.

Se me encoge el estómago y el dolor me oprime las costillas.

Spitter, con una mano apretada contra su pecho sangrante mientras con la otra todavía agarra la ballesta, palidece.—Pero bueno, escuche, *aprendiz*…

—Eran flechas con púas, no dardos para dormir —la voz de Tye es puro hielo—. Y había una humana en su trayectoria.

El compañero de Spitter, que disparó el segundo virote y ahora mira con los ojos como platos los restos derretidos, retrocede un paso.—Estábamos protegiendo la Ciudadela —su voz se alza, clamando justicia—. Usted es quien ha puesto a la chica en peligro. Quien nos ha puesto a todos…

—¿Pensaban que mi *tigre* era el más peligroso de nosotros dos? —Su voz se ha endurecido, pasando del hielo al acero.

Los guardias tragan saliva y la multitud que nos rodea contiene la respiración al unísono.

—Es Tye, ¿verdad? —El capitán de la Guardia de la Ciudadela, cuya voz he oído antes, avanza a través del mar de espectadores que se apartan—. Esta mañana se han tomado algunas decisiones desafortunadas. No alarguemos la lista más de lo necesario.

El capitán es un feérico distinguido de pelo oscuro con canas en las sienes; tiene las manos en los bolsillos y los hombros rectos, pero relajados.

—Ve a por River —dice Tye con frialdad—. Me gustaría que el comandante de mi quinta estuviera presente. Biblioteca, ala oeste.

El capitán chasquea los dedos y envía a un subalterno al trote.—Hecho. Mientras tanto, le agradecería que soltara a mis guardias. Uno de ellos está herido, como puede ver.

—Sus guardias tienen suerte de seguir vivos —replica Tye.

La tensión en su voz y en su espalda me oprime el pecho. Nunca antes he visto así al feérico, siempre tan presto a sonreír. Y, me atrevería a decir, que nadie más en la Ciudadela tampoco.

Dando un paso adelante, le pongo una mano en el brazo con delicadeza; los músculos contraídos bajo su camisa burdeos están

tan duros como la piedra tallada. Aprieta la mandíbula.—Tye… —digo suavemente—. Mírame.

—Ahora mismo estoy manteniendo una pieza de magia muy delicada, muchacha —responde sin girar la cabeza—. Como la magia y el cuerpo están conectados, sería mejor que retiraras la mano, no vaya a ser que se me escape por accidente.

Retiro la mano y se me encoge aún más el estómago. A pesar de estar lo bastante cerca como para sentir el calor del cuerpo de Tye rozando el mío, para oler su fresco aroma a cítricos y pino, nunca me he sentido tan lejos del feérico.

—¿Qué está pasando? —Cuando la voz de River suena unos minutos más tarde, los guardias sujetos por Tye tiemblan sin disimulo.

A mí también se me están crispando los nervios. Con las manos a la espalda, River se acerca y se coloca junto al capitán de la guardia; sus ojos grises lo abarcan todo sin esfuerzo. Su imponente altura, su pelo castaño corto y su chaqueta azul hecha a medida hacen que mi corazón dé un vuelco de alivio… y que todos los guardias de esta plaza parezcan unos críos desharrapados.

El silencio es vibrante. Me pitan los oídos.

—¿Leralynn? —Me doy cuenta de que River me ha hecho una pregunta.

De todos los presentes, mi versión es la primera que quiere oír. *¿Cuándo ha pasado eso?*

—El tigre de Tye ha rajado a uno de los guardias después de que dicho guardia me agarrara por los hombros —digo, consciente de los muchos ojos que me observan—. El mismo guardia y su compañero han disparado entonces virotes de ballesta con púas a Tye. Tye ha derretido las flechas antes de que pudieran alcanzarlo y… ha inmovilizado a los guardias en espera de vuestra llegada.

—El tigre sujetaba a Lera cuando esos cabrones dispararon —dice Tye con una furia apenas contenida—. Si esos virotes le hubieran dado… Convoca la prueba final, River. Quiero largarme de este lugar.

—Tye —empieza River en voz baja—, todavía nos estamos recuperando de Karnish. El entrenamiento de Leralynn…

—Lera ya ha entrenado suficiente.

El entrenamiento de Leralynn. Aparte del paradero de Griorgi, es de lo único que se habla. Cada momento que no he estado comiendo o durmiendo —o escapándome para un momento de soledad, como cuando encontré al tigre de Tye— lo he pasado en el campo de entrenamiento con una combinación de Coal, Tye, Shade y Klarissa, intentando entrelazar múltiples hilos de poder sin hacer saltar por los aires toda la Ciudadela.

El capitán de la guardia carraspea, manteniendo los ojos en nuestro comandante.—Si no me equivoco, River, mi guardia solo agarró a su hembra para mantenerla fuera de peligro. Y aunque usaron un proyectil poco acertado, solo dispararon después de que el *aprendiz* agrediera a uno de ellos. La pena por la agresión de un aprendiz a un guardia…

—Azote a mi hombre por agresión y yo ejecutaré a los suyos por intento de asesinato —la indiferencia en la voz de River resuena por toda la plaza. Se gira lentamente y, siendo el feérico más grande de la reunión, mira al capitán de la guardia desde arriba—. Vaya a jugar a la intimidación con otro, señor. Mi quinta está fuera de su alcance.

El capitán reflexiona un momento y luego asiente a regañadientes.

River me mira un instante, con una disculpa en sus hermosos ojos grises, y luego se vuelve hacia Tye.—Solicitaré la prueba final para mañana. Es lo mejor que puedo hacer.

—Bien —Tye agita de nuevo la mano y los collares de fuego alrededor de los cuellos de los guardias desaparecen.

Los dos hombres caen de rodillas mientras Tye se da la vuelta y se aleja a grandes zancadas.

De pie junto a River, observo cómo se aleja Tye y un escalofrío se me mete en los huesos.—Es culpa mía —susurro—. Quería entender por qué se había transformado y me lancé de cabeza. Si no hubiera intentado mover al tigre yo misma, si hubiera hecho caso a los guardias, si… Por las estrellas, River, si quieres gritarme, no creo que me importe. Quizá hasta me sentiría mejor.

River me coge por los hombros y me gira para que lo mire; su aroma a tierra me llena la nariz. A pesar de mi preocupación, el

vientre se me contrae cuando le miro a los ojos de tormenta, los pómulos altos y la mandíbula fuerte. Es tan guapo que duele.

—Que las estrellas me lleven —susurra River al cabo de un momento, atrayéndome hacia él.

Mi cara se aprieta contra su duro hombro mientras él apoya la cabeza sobre mi pelo.—No tienes ni idea de la suerte que hemos tenido de que esto haya acabado solo con unos cuantos rasguños.

—Eso no suena mucho a gritarme —intento bromear, pero me tiembla la voz mientras las imágenes de lo que podría haber sido llenan mis pensamientos—. ¿No estás furioso?

—Lo estoy —los brazos de River se aprietan a mi alrededor, acercándome más—. Conmigo mismo, no contigo. Nunca he visto a Tye tan enfadado, Leralynn; ni siquiera me había imaginado verlo tan cerca de perder el control. A Coal, sí, pero no a Tye. Es mi trabajo saber cuándo uno de los míos está al borde del precipicio, y se me ha pasado por alto. Estoy… estoy preocupado. Ni siquiera puedo decirte por qué el tigre de Tye estaba en medio de la plaza para empezar. Eso no es propio de él.

Ladeo la cabeza, estudiando el rostro de River. A nuestro alrededor, el grupo se está dispersando; el capitán de la Guardia de la Ciudadela despacha tanto a sus hombres como a los espectadores con la eficacia de un veterano hasta que solo quedamos River y yo junto a la fuente que borbotea.

River se frota los ojos con las palmas de las manos.

—Está bien, River —le bajo las manos y las sujeto con fuerza entre las mías—. Has tenido algunas cosas en la cabeza.

El peso de la responsabilidad que River carga sobre sus hombros me duele en el corazón.—Para empezar, encontrar una forma de salvar Lunos de tu padre y del emperador Jawrar. Ni siquiera tú puedes estar en todas partes a la vez.

—Eso no es excusa. Sea lo que sea esto, sea lo que sea que esté pasando con Tye, no puedo llevarlo a la batalla así —River exhala, negando con la cabeza.

—Te haría trizas si te oyera decir eso, ya lo sabes —murmuro en voz baja, con un nudo cada vez más pesado en el estómago.

—Tu fe en mis habilidades de autodefensa deja algo que desear —River presiona su frente contra la mía y luego desliza sus labios suavemente por mi mejilla, terminando en mi mandíbula.

Un rastro de calor le sigue.—Vamos. Si vamos a irnos de aquí tan rápido como parece que debemos, tenemos que hacer algunos planes.

—Claro —fuerzo una sonrisa en mi rostro—. El pequeño asunto de dar un golpe de Estado. Será mejor que nos pongamos a ello… el trono de Slait no se va a tomar solo.

RIVER



River examinó a su quinte, por fin reunido al completo en la sala común de la suite. A pesar de los intentos de Leralynn por localizar a Tye, el varón se había mantenido alejado hasta hacía apenas un instante, cuando había entrado con esa máscara de chulería tan familiar. Como si no hubiera estado a un pelo de matar a dos guardias esa mañana. Como si la transformación en un depredador salvaje en un lugar donde podrían liquidarlo por ello no fuera más grave que robar una botella de vino.

Era solo otro de los muchos delitos menores que River había intentado castigar durante siglos para corregir al varón, todo ello sin haberse molestado en averiguar por qué Tye hacía nada de eso. Trescientos años luchando juntos, viviendo juntos, capeando triunfos y penas, y no había sido hasta ahora que River había vislumbrado los demonios que acechaban tras la actitud despreocupada de Tye.

Algo que, por otro lado, a Leralynn parecía haberle llevado solo un puñado de semanas.

River se preguntó si la muchacha tenía idea del poder que ejercía sobre ellos. De la profundidad con la que abría sus almas. De lo jodidamente aterrador que era.

Relegando con firmeza cualquier pensamiento sobre Leralynn al fondo de su mente, River esperó a que Tye se sentara. En lugar de su sitio habitual en el sofá —y lo más cerca posible de Leralynn—, el varón cogió una silla para él solo y la balanceó precariamente sobre

las patas traseras, asegurándose de que nadie pudiera acercarse. Además de los cinco y de Autumn, Kora también estaba en la habitación, de pie, con la cadera apoyada en el reposabrazos más alejado del sofá.

La guerrera llevaba su habitual pelo castaño oscuro y corto, con un pendiente de esmeralda que brillaba en una oreja. Ahora que el quinte de Kora había superado todas sus pruebas y eran libres de hacer lo que quisieran —e ir adonde quisieran, que no parecía ser nunca muy lejos de Autumn—, River se dio cuenta de que el aire de confianza y autoridad de Kora se fortalecía día a día. Llevaba una túnica negra finamente confeccionada con un ribete verde pálido, pantalones de cuero que exhibían sus piernas delgadas y musculosas, y una fina cadena de plata alrededor del cuello que desaparecía bajo el cuello de la camisa. River se habría jugado lo que fuera a que era un regalo de Autumn; uno caro, si el nerviosismo con que jugueteaba Kora con él servía de indicio.

—Tengo entendido que, para mañana a estas horas, habremos terminado con la prueba que nos queda y estaremos de camino fuera de la Ciudadela —dijo Shade. Atrapando a Leralynn al vuelo —y a mitad de una trenza—, el licántropo la sentó en su regazo con una facilidad que hizo que a River se le contrajera la polla de celos. Su espeso cabello castaño rojizo se derramó sobre su pecho, haciendo que sus ojos marrones se entrecerraran con exasperación. Shade se recostó contra los cojines, acurrucando a la chica firmemente contra su pecho desnudo—. ¿Qué pasa después? ¿Vamos a por Griorgi?

Con el olor a pelea en el aire, Shade asumió su papel de segundo al mando de River con una facilidad producto de la práctica. Claro, tranquilo, listo para hacer cumplir las órdenes.

—Casi. —River asintió hacia él—. Respecto a la prueba, sí, será mañana. Fue Tye quien pidió acelerarla, pero de todos modos no podemos quedarnos aquí mucho más tiempo, no con Griorgi avanzando en sus planes con Mors. En cuanto a ir a por él y Jawrar..., eso es un poco más complejo.

—No sabemos dónde están, ¿verdad? —preguntó Leralynn.

River frunció el ceño al ver la vulnerabilidad en la curva de sus hombros, la tensión alrededor de sus ojos. —No —respondió con cuidado, observándola. De repente, parecía estar a años luz. A pesar de la conversación en curso, la necesidad de descubrir qué estaba pasando en esa preciosa cabeza suya golpeó a River como una tormenta, despertando cada instinto protector en su interior. Y ya que estaba explorando su cabeza, no le importaría descubrir también más de su cuerpo. Con todo lo que estaba pasando, habían pasado tres días desde su acoplamiento tras la batalla de Karnish, y eso eran tres días de más.

Malditas y abrasadoras estrellas. Estaban hablando de luchar contra Jawrar y destronar a Griorgi, y ahí estaba la mente de River, desplomándose hacia sus pantalones, de repente demasiado apretados. Su polla no se había puesto así de impertinente desde que River era un potrillo. Se aclaró la garganta. —La gente de Autumn informa de que no ha estado en Slait desde que escapó de Karnish. Autumn y yo hemos agotado todos los recursos a nuestra disposición para encontrarlo, pero... —miró a Autumn, que se acurrucó más en su chal plateado iridiscente— nuestro padre es escurridizo.

Leralynn se estremeció, disimulando el reflejo rápidamente.

—Creo que Jawrar está de vuelta en Mors, al menos —dijo Autumn, reclamando la atención de River—. Si entró en la Subpenumbra cuando Karnish se derrumbó, que debe de ser la forma en que desapareció tan rápido... —Autumn miró a Kora buscando confirmación antes de continuar—, entonces solo podrá salir en Mors. A diferencia de la Penumbra, la Subpenumbra es territorio exclusivo de Mors, lo que, con nuestras protecciones, lo convierte en un pasaje de un solo sentido sin importar por dónde entres. Esto significa que ahora debe esperar a que Griorgi abra un nuevo portal antes de poder regresar a Lunos.

—¿Deberíamos ir de caza? —preguntó Coal desde su lugar habitual contra la pared junto a la puerta, por si a alguien se le ocurría entrar para asesinarlos.

—No. —River se puso de pie para aliviar la presión que sus pantalones ejercían sobre su ingle en crecimiento—. No quiero que

nos metamos de cabeza en cualquier fortaleza que haya establecido, ya sea en otra parte de Lunos o en el propio Mors. Haremos que venga a nosotros, que venga al palacio de Slait.

—Tendrá que volver a casa en algún momento —añadió Autumn —. Y venir solo. Griorgi es demasiado listo para construir un portal que invite a los qoru directamente a Slait.

—Griorgi no es el único que estará solo —dijo Kora, pasando un brazo por los hombros de Autumn—. La Ciudadela no podrá enviar quintes a Slait para ayudaros.

River asintió y, al percibir la mirada confusa de Leralynn, se volvió para explicarle: —La Ciudadela no puede ayudar a destronar a un rey sin desestabilizar todo el reino. Blaze y Flurry se creerían vulnerables a tácticas similares, y en poco tiempo tendríamos a todo el mundo protegiéndose de la Ciudadela en lugar de centrarse en Mors.

—Además, una agresión abierta le daría a Griorgi el apoyo que necesita para reunir un ejército —dijo Autumn, recogiéndose las trenzas rubio plateadas en un moño alto como si se preparara para la batalla en ese mismo instante—. Los súbditos de Slait tomarían las armas para defender sus hogares. Mantenerlo como un asunto de familia significa menos muertes para todos.

—Hablando de menos muertes —dijo River, recogiendo hábilmente las palabras de Autumn mientras se preparaba para una tormenta—, de verdad que tienes que quedarte en la Ciudadela, Autumn.

—No —dijo ella de inmediato, sus afilados ojos grises desafiando a River a llevar esa conversación más lejos.

River se cruzó de brazos. A pesar de toda su brillantez, su hermana podía ser tan necia como un potrillo. —Para y piensa. Si fracaso...

—Oh, cállate. —Autumn agitó una mano esbelta hacia él—. He estado intentando verlo desde tu punto de vista, de verdad que sí, River. Pero no consigo meterme la cabeza tan adentro del culo.

La sangre de River se calentó, recorriéndole las venas. Con la mandíbula apretada, se encaró con su hermana, que le lanzó una

patadita con un dedo desnudo del pie, en el que brillaba un delicado anillo de plata.

—A menos que tengas escondido a otro erudito en mitos mágicos en la manga —dijo, antes de que él pudiera siquiera emitir un sonido —, vas a necesitar mi experiencia. ¿O acaso te habías imaginado un escenario en el que tú y padre lleváis un par de garrotes al salón del trono y os turnáis para golpearos en la cabeza? La verdad, no sé quién ganaría eso. —Añadió la última parte en voz baja.

Kora se interpuso entre ellos antes de que la mano de River pudiera cerrarse alrededor de esas malditas trenzas. —¿Quizás podría ofrecer una solución alternativa, príncipe River? —dijo la mujer de ojos azules, levantando las manos—. Si el príncipe de Slait tuviera a bien *invitar* a mi quinte a la corte de Slait, estaríamos encantados de proporcionar un destacamento de protección para su hermana. Creo que tal acuerdo sería lo suficientemente sutil como para evitar parecer una interferencia de la Ciudadela.

—¿Guardaespaldas siguiéndome como niñeras? —La furia de Autumn se volvió hacia Kora—. No.

—El acuerdo tendría algunos beneficios adicionales —murmuró Kora, pasando un nudillo por la mejilla sonrojada de Autumn, lo que, ridículamente, solo hizo que River deseara hacerle lo mismo a Leralynn. Una prueba más de lo irremediablemente distraído que estaba.

Autumn frunció el ceño a pesar de apoyarse en el toque de Kora como un gato. —La respuesta sigue siendo no.

La correa que aún sujetaba el control de River se rompió con un sonoro *chasquido*. Le dolían las pelotas, los compañeros de su quinte estaban tramando secretos y ahora Autumn se empeñaba en su postura solo por llevar la maldita contraria. Después de lo que Griorgi le hizo a su madre, que Autumn se opusiera a una precaución tan leve era ir demasiado lejos. El labio superior de River se curvó para mostrar sus caninos. —Has supuesto incorrectamente que había una pregunta por algún lado.

—No te atreverías.

—¿No me atrevería a qué? ¿A hacer valer mi rango e *imponer* esa orden? —River apretó la mandíbula. La sangre le subió a la

cabeza, el calor le quemaba las orejas. Cuando habló, su voz era tan baja y peligrosa que los varones intercambiaron miradas cautelosas —. ¿Quieres ponerme a prueba? Porque no creo que te gusten los resultados.

—¿Ponerte a prueba? —Autumn se deslizó hasta el suelo, sus manos se cerraron en puños mientras lo fulminaba con la mirada—. ¿Acaso te imaginas por un maldito segundo que...?

—Basta ya. —La voz de Leralynn cortó el aire, oprimiéndole el pecho a River. Poniéndose en pie, la mortal se plantó con las manos en las caderas y fulminó a River con la mirada, sus ojos eran fuego líquido. River, de hecho, retrocedió un paso ante la fuerza de su mirada. Incluso Tye bajó la vista de su inspección del techo el tiempo suficiente para mirarla con sorpresa—. Sea cual sea la imposición que estés a punto de amenazar, no va a sentar bien. Especialmente a ti, River. —El pelo de Leralynn se agitó tras ella mientras se giraba hacia Autumn—. Y en cuanto a ti, ¿de verdad vale la pena mantener a Kora alejada solo para dejarle las cosas claras a River? —Negó con la cabeza—. Quizá en lugar de discutir sobre la mejor manera de hacer las maletas para Slait, podríamos centrarnos en la prueba de mañana y largarnos de una puta vez de la Ciudadela. Yo, por mi parte, llevo aquí demasiado tiempo.

El silencio atónito de la habitación envolvió a Leralynn. Fulminando con la mirada a cada uno de ellos por turno, la hembra se dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio, su túnica de uniforme demasiado grande ondeando alrededor de su pequeña figura. —Llamadme cuando se os pase la estupidez —gritó por encima del hombro antes de cerrar la puerta de un portazo.

—¿Alguien sabe qué coño le ha pasado a nuestra mortal? —preguntó Coal, arqueando una ceja ante el sonoro golpe—. Porque me gusta.

LERA



Golpeo con las palmas de las manos el alféizar de la ventana, rechinando los dientes. Apartar a Griorgi del poder es lo único vital que debe hacerse para asegurar el futuro de Lunos..., y no tenemos ni idea de dónde está ese cabrón. ¿Por qué? Porque cuando teníamos a Griorgi en el punto de mira, perdí el control de la magia reverberada y dejé que escapara. Y ahora tenemos un lío más grande entre manos que antes.

—Leralynn.

Me estremezco al oír mi nombre en el pasillo. La puerta se abre y se cierra a mi espalda mientras miro por la ventana. Tras el cristal, el denso bosque que rodea los terrenos de la Ciudadela se ondula y agita con vida invisible, y nubes blancas se apresuran sobre nuestras cabezas con la brisa otoñal. Todo es de un verde, rojo y naranja tan intenso... La hierba y las plantas beben de la magia de la Ciudadela. Hasta el maldito follaje tiene más control que yo.

A mi espalda, River carraspea.

—¿Estabas desafiando a Shade por el puesto de segundo ahí fuera? —pregunta con suavidad—. ¿O a mí por el quinte entero?

Cuando me vuelvo, la visión de los penetrantes ojos grises de aquel gigante esculpido, su tenso abdomen y sus brazos fibrosos cruzados sobre un pecho duro me envía un escalofrío desde la columna hasta los muslos. Su rostro es un estudio de fuerza serena y control embriagador.

Que las estrellas me lleven. Sé que es el mismo hombre al que le he soltado una bordería hace unos minutos, pero eso ha sido fuera. En la sala común. Aquí, en mi dormitorio, es demasiado difícil levantar un muro contra los recuerdos de nuestras otras actividades, cuando el hábil dominio de River sobre mi cuerpo licuaba mis huesos y hacía que mis sentidos explotaran de placer.

Me abrazo a mí misma y me encuentro con la mirada de River, con la barbilla en alto.

—Si has venido a recordarme que eres el príncipe de Slait o el comandante del quinte, o a…

River da un paso adelante y me agarra por las caderas.

—No recuerdo que el comandante te molestara demasiado hace unos días —murmura en mi oído, su voz suave y retumbante haciendo que mi piel arda tanto que es un milagro que las cortinas no se incendien. River se ríe entre dientes antes de contener la voz —. Pero, en realidad, he venido a decirte que lo que has dicho en la sala común ha sido muy acertado.

—Yo… Espera, ¿qué?

—Autumn y yo tenemos tendencia a reñir. —Se encoge de hombros—. Shade dice que sigue esperando que se nos pase con la edad, pero que pierde la esperanza con cada década que pasa.

—Entonces no ibas a… Bueno, en realidad no estoy segura de con qué ibas a amenazar.

—Yo tampoco estoy del todo seguro. —A River se le contrae una comisura de la boca—. Pero habría sido muy firme. Y tan útil como que Autumn protestara por un destacamento de protección. Al final lo habríamos resuelto, tú solo has acelerado el proceso. —El humor se desvanece de sus ojos, demasiado perspicaces—. Lo que quiero saber ahora es qué te ha hecho estallar de verdad ahí fuera.

Aparte de ese pequeño detalle de que he dejado escapar a la mayor amenaza conocida en Lunos, nada.

—Yo… —Me froto la cara, debatiendo la mejor manera de abordar esto.

Los firmes dedos de River me cogen la barbilla, inclinando mi rostro hacia el suyo. La fuerza y el sentido de la responsabilidad del hombre me envuelven con mucha más potencia que antes de

nuestro acoplamiento de hace tres días. Quién iba a decir que compartir la cama con él —compartirla de verdad— haría que mi cuerpo y mi alma entraran en la misma espiral que mi magia.

—Te agradecería la verdad, por favor, Leralynn —dice—. Dado que tú esperas lo mismo de mí, parece justo, ¿no?

La lucha me abandona mucho más rápido de lo que debería, y sé que le daré la respuesta, aunque le lance una mirada fulminante. Estrellas. Esos penetrantes ojos grises podrían albergar más magia que solo terremotos.

—¿Por qué es mucho más fácil gritarte en la sala común que mantenerme firme en privado? —mascullo.

River sonríe, y sus centelleantes dientes blancos confunden aún más mis sentidos. Aún sosteniéndome la barbilla, se pasa el pulgar por la boca.

—Porque el dormitorio y el campo de batalla son dos lugares en los que nunca cedo —dice y, sin esperar invitación, presiona sus labios contra los míos. *Coge* un beso. Profundo, minucioso y tan jodidamente fuerte que se me humedece la ropa interior.

Se aparta, con las aletas de la nariz dilatadas de satisfacción. Oliendo mi excitación.

Se me caldea la piel.

Con una pequeña risa, River se sienta en el borde de mi cama, cuyo alto colchón es perfecto para su altura. Separa las rodillas y tira de mí para que me quede de pie entre ellas, con nuestros ojos casi al mismo nivel. Sus anchas manos rozan mis hombros, mis caderas, la curva inferior de mi culo.

Se me corta el aliento al recordar lo que hizo *ahí* la última vez que nos acostamos, y mi cara arde lo suficiente como para derretir el metal. Lo odié. Mi cuerpo traicionero, sin embargo… Aprieto los muslos e intento retroceder, solo para verme atrapada por los musculosos brazos del hombre.

—Es hora de que respondas a mi pregunta, Leralynn —dice River, sus ojos moteados de plata fijos en los míos—. Sin evasivas, sin medias verdades. Te quiero. Lo que significa que necesito saber qué hizo que te replegaras sobre ti misma ahí fuera. ¿Qué te hizo estallar de verdad?

Estrellas, ¿con cuánta atención me observaba River como para ver moverse mi cuerpo? Antes de que pueda apartar el pensamiento, los recuerdos que provocaron esa reacción vuelven a anegarme sin piedad.

Estábamos juntos, River, Coal, Shade, Tye y yo; mi cuerpo reverberaba el poder de los hombres. Contenía lo suficiente como para detener a Griorgi y a Jawrar. Pero no lo hice. En lugar de eso, derrumbé toda la maldita ciudad sobre nuestras cabezas. Si River, tan herido que solo podía arrastrarse, no hubiera llegado a mí a tiempo para tomar el control de la magia, estaríamos todos muertos.

—Soy la razón por la que Griorgi está libre —consigo decir finalmente—. Porque no pude controlar la magia. Y ahora todo el mundo lo está pagando.

River me estudia, sus anchos hombros llenan mi visión, sus pensamientos son demasiado profundos para leerlos.

—*Y* mañana tenemos nuestra prueba final, sin más oportunidades —suelto de repente—. Estamos a una explosión de locura de Lera más de que nos condenen a muerte, ya sea por mi mano o por los resguardos de la arena.

Aun así, River permanece en silencio. Observando. Escuchando.

Me retuerzo para retroceder, pero en su lugar me levanta para sentarme de lado en su regazo.

—Tranquilízate, Leralynn —dice en mi oído—. Y luego escucha lo que acabas de decir. Mi padre ha corrompido Lunos durante casi mil años, se las ha arreglado para romper los antiguos resguardos que cientos de miles de faes y mortales murieron por erigir, y se ha aliado con el emperador de Mors. ¿Y aun así eres tú a quien debemos responsabilizar del caos?

Niego con la cabeza. River no lo entiende.

—Lo teníamos en Karnish. Si no hubiera…

—Griorgi nos tenía *a nosotros* en Karnish. —La voz de River se endurece—. Y si no hubieras conectado al quinte, estaríamos muertos.

—Yo…

—No conseguiste derrotar por ti sola al rey de Slait, sí. Ya te he oído la primera vez. —River me desplaza para tener una vista

completa de mi rostro. Esos ojos profundos y hermosos me estudian con una intensidad desconcertante, como si no existiera nada más en el mundo. Sin su chaqueta formal, abandonada en algún lugar de la sala común, el calor de su cuerpo se filtra a través de su sencilla camisa blanca, llenando el aire entre nosotros. River me roza la mejilla con un nudillo—. Y te he dicho que nos salvaste la vida. No me gustaría tener que repetirlo, cariño.

¿Cariño? Calor. Un calor puro y abrasador envuelve mi piel, partiendo del punto de mi pómulo que el hombre acaba de tocar y atravesando directamente mi centro. Mi sangre y mi sexo se calientan al mismo tiempo; la indignación y el destello de furia son tan fuertes como el repentino agarre de la excitación. Vence la primera emoción y empujo el pecho de River.

—Cabrón.

Me sujeta la muñeca, su gran mano se cierra fácilmente alrededor de mi antebrazo.

—Por desgracia, no. —Su voz profunda y masculina me roza el cuello—. Me temo que mi linaje es algo de lo que todo el mundo está bastante seguro.

Aprieto los muslos, de repente muy consciente de estar sobre los suyos. La cama, el dormitorio en penumbra, la voz grave…, la mirada y el agarre inflexibles que el hombre tiene sobre mí. Me retuerzo bajo la presión de su atención, solo para descubrir una dureza decidida bajo mi culo. Al siguiente latido, ya no me importa el rey de Slait, ni el emperador de Mors, ni las pruebas.

Los ojos grises de River chispean, un deseo crudo destella a través de la máscara de control. Separa los labios, tomando pequeñas bocanadas de aire mientras la dureza bajo mi cuerpo palpita suavemente. Bajo su camisa impecable y entallada, sus músculos se contraen con tal fuerza que siento las diminutas vibraciones de su tensión ondulante.

—Leralynn… —Traga saliva y el brazo que me rodea me suelta para agarrar el borde del colchón con los nudillos blancos—. Están pasando muchas cosas ahora mismo. No creo que quieras… Será mejor que salgas de la habitación. No demasiado rápido, por favor.

Entrecierro los ojos, la sola idea de la negación pone mi cuerpo en alerta. Si soy la presa que los instintos del guerrero fae perciben que soy, soy una presa jodidamente dispuesta.

—Es *mi* dormitorio. —Mi voz resuena en el aire caldeado. Libre del brazo de River que me sujetaba —el cual mi cuerpo quiere de vuelta en su sitio, sin importar lo que susurre mi lógica—, me giro hasta quedar frente al hombre, a horcajadas sobre sus muslos como si montara a caballo—. No tienes derecho a ordenarme que salga de él.

Le paso la mano por el cuello, con el corazón desbocado mientras acerco su boca a la mía.

Un gruñido vibra en el pecho de River, su mano se enreda en mi pelo, inclinando mi cabeza bruscamente hasta el ángulo que desea. Cuando su boca toma la mía, el calor profundo y posesivo de esta me recorre hasta mi sexo húmedo. La intensidad de la sensación inunda mis sentidos y me echo hacia atrás. *Intento* echarme hacia atrás. El agarre de River en mi pelo se tensa, manteniéndome en mi sitio mientras su beso inflexible se profundiza, su lengua reclama mi boca.

Una nueva sacudida de llamas abrasa mis nervios, tensando mis músculos hasta los dedos de los pies, que se encogen. Estrellas, el hombre ni siquiera me ha tocado ahí abajo y mi cuerpo ya se acerca al límite, desesperado por más. Es una parte exasperante por tres de embriagador.

Desde el otro lado de la puerta, las voces suben y bajan en una conversación, los ecos de la risa sensual de Shade encienden llamas de otro tipo. Shade. Tye. Los otros, justo al otro lado de la puerta.

River se aparta de inmediato, estudiándome hasta que quiero volver a retorcerme bajo su intenso escrutinio.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta. *Esa* palabra otra vez.

—Nada. —Sueno sin aliento, mis labios hinchados tardan en obedecer.

Con la mano todavía enredada en mi pelo, River me levanta la cara hacia él.

—Dímelo. —Una orden.

Mi cuerpo traicionero, en lugar de patearlo por ello, se estremece de deseo.

—Los otros. Ellos, bueno… Están todos muy cerca ahora mismo. En masa. Yo… siento su magia más que antes. —Tras nuestra explosiva conexión en Karnish, sus hilos, sus esencias, son imposibles de ignorar. Casi siento como si estuviéramos todos juntos en esta habitación.

Un atisbo de diversión tiñe la mirada de River. Con una mano todavía en mi pelo, la otra se desliza por mi cuerpo; un lento gruñido de apreciación acompaña su viaje entre mis pechos pesados, por mi vientre y hasta la cinturilla de mis pantalones. Con la exasperante paciencia de un inmortal, pasa los dedos por mis pliegues húmedos.

—Los demás probablemente ya se hayan dado cuenta de lo que estamos haciendo. —Levanta sus dedos ahora relucientes e inhala mi olor, antes de arquear una ceja hacia mí—. ¿Querías que miraran?

Abro mucho los ojos, con el corazón martilleándome en las costillas.

—No te atreverías.

River se ríe entre dientes.

—Por un momento había olvidado lo mucho más… cerrados que sois los mortales con estas cosas. Los faes somos más viscerales. —Se lame la humedad de mis dedos—. Quizá algún día.

—No —digo con fuerza. Mi sexo palpita.

River me lanza una mirada que ve demasiado.

—En ese caso, quizá quieras controlar tu voz. —Baja la suya—. Una hazaña que pretendo que sea muy, *muy* difícil.

LERA



Se me escapa un grito ahogado y breve cuando River lanza una almohada sobre la cómoda. Me levanta y me inclina sobre ella, de modo que apenas toco el suelo con las puntas de los pies. Un instante después, sus manos me liberan expertamente de los pantalones, dejando mi trasero alzado al aire fresco del otoño y mi sexo abierto para *él.*

Oleadas de deseo me azotan el sexo y recorren la parte posterior de mis piernas. Me retuerzo para liberar la tensión entre mis muslos, para detener el dolor que ya crece, pero River me apoya una mano firme en la parte baja de la espalda y me presiona hacia abajo.

La palma de su otra mano, callosa, me masajea el trasero, despertando cada nervio a su tacto. —Eres preciosa —murmura, inclinándose para susurrarme al oído, con su dureza presionando contra mí—. Y ahora mismo, tienes la altura perfecta para mí.

Se me corta la respiración. Mi sexo se contrae, mis caderas ondean a mi pesar. —Deja de hablar —digo entre dientes.

River vuelve a reírse entre dientes; un sonido tan intenso e inusual en él que me hace vibrar hasta los huesos.

De repente, su voz cambia y adopta ese aire de autoridad que mi mente rechaza, pero que vuelve loco a mi cuerpo. —Ábrete para mí, Leralynn —ordena, con las manos ya en mis piernas húmedas y temblorosas. Me las separa hasta que no puedo cerrarlas en absoluto, y mis entrañas doloridas dependen por completo de él

para sentirse satisfechas. Mis rodillas intentan cerrarse por instinto, pero los muslos de River están ahí. Bloqueándome. Manteniéndome en mi sitio. Dejando que sienta la contención—. Quieta.

Inspiro. Espiro. Obligo a mis músculos a relajarse.

—Muy bien —dice River en voz baja, moviendo los dedos para masajear la curva inferior de mi trasero antes de deslizarlos por mi sexo dolorido—. Adelante y atrás, adelante y atrás; los sonidos húmedos y mi respiración entrecortada llenan la silenciosa habitación, y cada caricia termina exasperantemente lejos de mi clítoris.

Con un escalofrío, me arqueo hacia él y recibo un juguetón roce en mi botón que me hace jadear. Un grueso hilo de humedad se desliza por mi pierna.

River lo recoge, lo limpia con la mano y…

—¡No! —Me tenso, intentando apretar las nalgas justo cuando el varón me las separa. La última vez que se acercó ahí… Estrellas. Nunca he odiado y amado algo tanto en el mismo maldito instante. Nunca he sentido una liberación tan fuerte como cuando él… me llenó tan a fondo. La idea de ello, de él… el corazón se me acelera.

—Yo que tú, bajaría la voz —dice River en voz baja, mientras su mano libre vuelve a acariciar mis pliegues húmedos. Rodea mi abertura. Provoca a mi botón hinchado con suaves roces. Derecha. Izquierda. Derecha—. A menos que hayas cambiado de opinión sobre tener público, claro.

Me agarro a los lados de la cómoda, conteniendo a duras penas un gemido. Cada una de las despiadadas caricias de River envía una nueva oleada de deseo que recorre mi sangre. La sensación es tan fuerte que duele. Molesta. Grita. El sudor perla mis sienes y mi cuerpo tiembla ante el abismo que se acerca. Cuando la punta del dedo calloso de River roza la capucha de mi clítoris, me estremezco violentamente. Una caricia más y…

Se detiene.

Gimo.

La otra mano de River, que esperaba pacientemente en mi culo, recorre el espacio entre mis nalgas. —Ábrete.

Niego con la cabeza.

Otro círculo alrededor de mi abertura, mi humedad untada sobre mi botón hasta que me retuerzo de necesidad. Cerca. Tan, tan cerca.

—Por favor —suplico, mi cuerpo convulsionando contra las ataduras. Necesito la liberación que él me niega—. Duele. No puedo. Necesito…

River me da un golpecito en el culo y, esta vez, no me queda nada con lo que resistirme. Con firme insistencia, traza la entrada, lubricándola con mi propio deseo. —Un día seré yo quien esté aquí dentro —susurra, deslizándome el dedo. Dentro y fuera. Un poco más adentro. Fuera. Aún más adentro. El estiramiento y el ardor se fusionan con el latido de mi sexo hasta que no puedo distinguir el dolor del placer.

El peso de River cambia mientras se libera el miembro, y la dura punta de su verga se coloca en el borde de mi sexo. Con un giro de su dedo que activa cada nervio de mi interior, embiste, envainándose hasta la empuñadura.

La doble plenitud magnifica cada embestida de la polla de River, su ancha cabeza jugando con mis pliegues internos. *Embestida. Embestida. Embestida.* La cómoda cruje bajo su fuerza, y yo empujo contra él, haciendo que River gruña y se mueva más rápido. El varón pulsa dentro de mí, mi propio clítoris hinchado latiendo al mismo ritmo. Cuando su mano vuelve a acariciar mi botón una vez más, ya no me importa quién oiga mi grito mientras me desmorono.

—Estrellas —gruñe River, sincronizando su propia liberación para que siga a la mía. Su calor se derrama dentro de mí, una armonía para las réplicas que aún azotan mi carne. Unos instantes después, sus fuertes brazos me estrechan contra él. Sentado en la cama, me sube a su regazo, acariciándome con suavidad—. Eres preciosa cuando llegas al clímax —me murmura al oído—. Solo con oírte encontrar tu placer, yo encuentro el mío.

Sonrío, somnolienta y satisfecha, contra su duro pecho.

El pecho se mueve.

Parpadeando, me doy cuenta de que River me ha tumbado en la cama mientras se quita la camisa y ata la tela alrededor del poste de la cama. —¿Qué haces? —pregunto.

Él sonríe. —Esto no ha hecho más que empezar. Ahora, dame las muñecas.

* * *

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el resplandor de la intensa atención de River da paso a una ansiedad nauseabunda mientras los cinco llenamos la sala de preparación. Los ya familiares olores a cuero y ungüento, a sudor y a pulimento de espadas, me llenan la nariz. Sé que, fuera de este espacio sin ventanas, hordas de guerreros en entrenamiento de la Ciudadela están subiendo a lo alto de la arena en forma de cuenco, listos para ver el espectáculo matutino.

En su defensa, he de decir que cada una de nuestras sangrientas pruebas ha sido un espectáculo.

Incluso ahora, antes de que suene el gong, ya somos una anomalía exótica: un quinte con las runas de la segunda y tercera pruebas ya borradas, preparándose para repetir el primer desafío que una vez abandonó.

Mi uniforme holgado de color vino tinto me cuelga del cuerpo, revelando mi pecho vendado: la última vez que tendré que llevar la túnica extragrande, si las estrellas quieren. Vagamente, siento a mis varones moverse a mi alrededor, ajustándose la armadura, eligiendo armas y esperando con esa molesta indiferencia que parece que no consigo dominar.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos, y frunzo el ceño al ver a Klarissa, su pelo oscuro y su túnica champán ondulando en la penumbra.

—Por favor, disculpen la intromisión. —La melódica voz de la mujer pasa de largo junto a mí para envolver a River como una bufanda de seda. Cuando el varón levanta sus ojos grises hacia ella, Klarissa sonríe, sosteniendo una nota doblada que hace que se me encoja el estómago de pavor—. Después de algunas deliberaciones, el Consejo de Ancianos ha decidido añadir una pequeña condición a su prueba. Estoy segura de que comprenderán la sabiduría de la decisión del consejo una vez que reflexionen sobre ella.

—¿Lo haré? —La voz de River es lo bastante dura como para resquebrajar la piedra.

—Por supuesto. —Klarissa utiliza su larga uña pintada para perfeccionar el pliegue del pergamino y le entrega el mensaje al príncipe—. Después de todo, a fin de cuentas, es realmente el poder de la tejedora el que debe ser demostrado. Si usted mismo no confía en Leralynn en la seguridad de la arena, ¿cómo puede el Consejo de Ancianos confiar en ella en el mundo exterior? Ese es, simplemente, un riesgo que no estamos dispuestos a asumir.

Klarissa se ha ido antes de que River pueda desdoblar la carta. Él aprieta la mandíbula al hacerlo. —El Consejo de Ancianos ha ordenado que nuestra tejedora se haga cargo de los movimientos mágicos durante la prueba. —River dobla el papel con cuidado, toda su atención puesta en la tarea durante varios segundos antes de que su mirada se encuentre por fin con la mía—. Además, el consejo desearía que la tejedora fuera quien recuperara la bandera.

—¿Qué? —Deteniéndome en medio de la sala de preparación, me quedo mirando al comandante. Después de la destrucción que causé en Karnish, ninguna persona cuerda me dejaría acercarme al poder de los varones. Y, a pesar de toda su crueldad, Klarissa no es tonta —. No puede estar hablando en serio.

—Puede, y lo hace. —River se pasa una mano por el pelo, con la espalda recta—. El resto de nosotros podemos ayudar, pero la magia principal debe provenir de ti, Leralynn.

El silencio se instala en el aire, filtrándose lentamente en mis huesos. Antes de que pueda volver a encontrar la lengua, un cuerpo corpulento se acerca por detrás de mí, trayendo el olor a lobo y a lluvia. —Estarás bien, cachorra —me susurra Shade al oído, sus pesados brazos descansando sobre mis hombros—. Te lo prometo.

—¿Yo? —Aprieto los puños, la sangre se me calienta. Me alejo de Shade y me vuelvo hacia el varón. Hacia todos ellos—. No soy yo la que me preocupa. Hemos agotado nuestras rendiciones. Si no conseguimos recuperar la bandera en esta ronda, las protecciones os matarán a todos. No es momento para que yo juegue con mis nuevos juguetes, y River tiene que ir a ver a Klarissa y dejárselo claro.

—No creo que pueda —dice River con una suave disculpa.

—Bien. —La voz de Coal chasquea como un látigo, partiendo la energía nerviosa de la habitación. Dejando a un lado la hebilla de la espada que se estaba ajustando, Coal se yergue en toda su altura. Vestido con sus habituales pantalones y chaleco de cuero negro —un desafío silencioso a las camisas y fajines de uniforme granate que llevamos los demás— y un moño bajo y rubio, el duro rostro del varón tiene un filo de acero—. Porque Klarissa tiene razón.

—¿Qué? —Me giro completamente hacia él.

—La batalla de Karnish te ha afectado, mortal. —Se cruza de brazos—. Esconderte de tu poder bajo una manta calentita no te está haciendo ningún favor, ni a ti ni a nadie.

—¿Estás loco? —Por un momento, lo digo en serio—. Puedo enfrentarme a mis malditos miedos en una arena de prácticas, cuando tu vida no depende de que yo mantenga el control.

—¿Arena de prácticas? —Los ojos de Coal arden—. ¿Qué tal ha funcionado eso en los últimos días? Porque no he visto más progresos en ti que en ese saco de boxeo de ahí.

—Ya basta —gruñe Shade, enseñándole los dientes al varón.

—No, no basta. —La violencia contenida en los ágiles músculos de Coal resuena con fuerza suficiente para llenar la sala—. En la arena de prácticas no hay suficiente tensión como para que entienda de verdad su poder. Ya lo hemos intentado, lo hemos intentado todo. El consejo, por una vez, tiene toda la maldita razón: *es* hora de un cambio. Hora de que deje de esconderse del colosal poder que lleva dentro. —Coal se vuelve hacia mí, sus ojos son llamas azules—. Porque cuando nos marchemos de aquí, mortal, habrá más en juego que perder la vida en una prueba.

La sangre me martillea en la cabeza. —¿Quieres sermonearme sobre enfrentarme a los miedos? —Avanzo hacia el varón, mis dedos se cierran en puños—. Empecemos por cómo apenas me has tocado desde…

—Basta. —River se interpone entre Coal y yo, y su pesada mano se posa en mi hombro—. Los dos tenéis razón, y no importa. Dejando a un lado la estrategia de motivación de Coal, el consejo no

estaba haciendo una sugerencia, Leralynn. Cuando suene ese gong, tendrás que tomar la iniciativa.

—Bien. —Levanto la barbilla, apartándome del alcance de River mientras trago la bilis que me sube por la garganta—. El consejo quiere que vaya a por la bandera, pues iré a por la bandera. Vosotros podéis manteneros tan lejos de mí como queráis. Mejor aún, lo más lejos posible. —Me froto la cara, la realidad de la situación por fin calando, reemplazando la furia, si no el miedo—. Cuantos menos de vosotros tenga que preocuparme por mutilar, mejor.

—No vamos a abandonarte, cachorra —dice Shade, haciéndome girar para que lo mire. Con su largo pelo negro recogido, la luz del farol juega sobre el fuerte ángulo de su mandíbula y le da a sus ojos amarillos un tinte dorado. Su pulgar traza mi pómulo y roza ligeramente mis labios—. Somos tu manada, y confiamos en ti para que nos guíes en la prueba. Ahora eres una guerrera por derecho propio. Solo necesitas verlo para creerlo.

La calidez de las palabras de Shade se extiende sobre mí. Manada. Sí. Somos una manada, y la fuerza de ese conocimiento ralentiza mi corazón desbocado. Antes de que pueda decir algo, Shade me agarra por las caderas y me levanta en el aire hasta que mi cara está a centímetros de la suya.

—Pero *vas* a tener cuidado, cachorra —añade en voz baja, la orden llena de suficiente poder como para enviarme un pulso por la columna vertebral. Sus fosas nasales se ensanchan delicadamente, absorbiendo mi olor, mientras su masculinidad se arremolina a mi alrededor, saturando mis sentidos.

Empiezo a asentir con la cabeza, pero me quedo helada cuando los ojos de Shade brillan con el hambre de un depredador. Con un rápido mordisco de lobo, sus dientes atrapan mi labio inferior, los caninos con la fuerza suficiente para sacar pequeñas gotas de sangre. Cuando mi boca se abre con un jadeo, Shade sella sus labios sobre los míos. Su lengua invade mi boca, reclamándome con caricias que son nada menos que una posesión. Ninguno de los otros varones se atreve a acercarse mientras Shade me marca así. Mientras yo le devuelvo el beso.

Puede que el lobo mantenga su instinto de apareamiento bien controlado la mayor parte del tiempo, pero la manada sabe cuándo darle su espacio. Igual que supieron darnos nuestro tiempo a River y a mí anoche. Una calidez se extiende por mi interior, la conexión de los cinco envolviendo mi alma.

—Os quiero —susurro cuando Shade me devuelve al suelo, mi mirada compartiendo las palabras entre todos ellos. Incluso Coal—. Os quiero.

Shade gruñe en señal de acuerdo. Coal asiente, sus ojos ardiendo en los míos. River deja que una comisura de su boca se alce con placer. Cuando mi atención se vuelve hacia Tye, el varón pelirrojo se estira perezosamente.

—Claro que nos quieres, Chica Lila —dice con su acento cantarín —. ¿Quién no lo haría?

Antes de que pueda responder, el gong de la arena resuena por la sala. Shade cambia de forma en un destello de luz, haciendo que se me corte la respiración. Luego, noventa kilos de lobo letal se aprietan contra mi muslo, haciéndome compañía hasta la puerta de la arena que se abre lentamente.

Nuestra última prueba ha comenzado.

LERA



Arena, grandes dunas de arena que relucen bajo el sol. El desierto se extiende a nuestro alrededor por todas partes y ocupa todo mi campo de visión. Sé que la inmensidad es una ilusión de los resguardos de la arena —los mismos resguardos que impiden a los espectadores de arriba entrar en la arena u oír lo que se dice dentro—, pero la sensación de estar en un lugar completamente distinto no deja de ser desconcertante.

El sol mágico de la arena achicharra la tierra, a nosotros, todo lo que hay a la vista. Hace calor, más calor del que he sentido nunca, aunque puede que solo sea cosa mía. El calor nos iguala a todos, se asegura de que estemos incómodos y motivados para ganar y largarnos de aquí. A los pocos instantes, el sudor me brota de las sienes.

—¿Es ese de ahí el quinto del pequeño Viper? —dice Tye, protegiéndose los ojos con una mano y señalando con la barbilla hacia el otro lado de la arena. Se agacha para asegurarse la bandera de nuestro equipo, de color rojo vino, al cinturón—. Son un grupo de tíos majos. Nada que ver con los de Malikai.

Sin los sentidos sobrenaturales de los fae, lo único que veo es un grupo de cinco guerreros con túnicas a juego de color azul celeste. El más pequeño de los cinco imita a Tye y se ata la bandera a la ropa. *El más pequeño*…, hasta el más diminuto de los guerreros fae

pesa la mitad más que yo. Me humedezco la boca seca. —¿Viper se convierte en una víbora?

—No —gruñe Coal—. Presta atención, mortal. Es tu magia, no la de Viper, la que hemos venido a poner a prueba.

River me pone una mano en el hombro y me aparta de Coal. —El objetivo es sencillo: conseguir la bandera del otro equipo y traerla hasta aquí. —Sus palabras son tranquilas y sencillas—. ¿Dónde está la bandera?

—La tiene Viper.

—Correcto. Así que quiero que uses tu magia para aislar a Viper de los demás. Vamos a añadir las cuerdas de poder una a una. Ve tan despacio como necesites. ¿Entendido?

No. El corazón me martillea, golpeándome contra el pecho. —¿Y una vez que aísle a Viper?

—Una vez que aísles a Viper, el resto de nosotros contendrá a sus compañeros de quinto mientras tú coges la bandera. —La tranquila confianza en la voz de River es tan reconfortante como aterradora.

—Pero… —Me callo al ver el destello en los ojos de Coal. Vuelvo a mirar a Tye y veo nuestra propia bandera en su cinturón, ondeando como una diana que gritase «mátame ya». La tela burdeos desentona con el pelo alborotado y rojizo de Tye. Si todo va según lo planeado, él se quedará atrás y fuera del camino para proteger la bandera, y nos dejará la lucha a nosotros. A mí.

Tye sonríe. —Me acobardo indefenso tras tu esbelta espalda, oh, Gran Protectora.

—Tienes dientes, garras y varios cientos de kilos de músculos letales en cuanto los quieras, gatito.

Una sombra cruza el rostro de Tye, casi demasiado fugaz para verla. —Muy cierto. —Su rápida sonrisa y su voz ligera me revuelven las tripas—. Pero aun así sonaba bien.

Antes de que pueda responder, River me coge de la mano, y su magia despierta inmediatamente un eco en mi interior. Es tan fuerte la intensidad de su poder que me tambaleo cuando mi cuerpo reacciona. El miembro fantasma de la magia, completamente

ausente hace un momento, se desenrosca ahora como un oso que patea el suelo. *Ba-bum. Ba-bum. Ba…*

—Tranquila, Leralynn —murmura River, haciendo señas a los demás para que se unan a nosotros. Los varones se conectan a mí lentamente, alimentándome con su poder con toda la delicadeza de la que son capaces. No obstante, cuando las cuatro cuerdas de magia se iluminan en mi interior, el repentino tsunami de fuerza mágica me deja sin aliento. El corazón me late con fuerza. Los pulmones se me expanden. La energía de mi interior ruge con una furia indómita, lo bastante fuerte como para eclipsar el sol.

Lo bastante fuerte como para hacerme pedazos.

Al otro lado de la arena, el quinto de Viper está ocupado dibujando algo en la arena. Puede que los guerreros de azul sean nuestros oponentes asignados, pero sé que nuestro verdadero enemigo es el que arde dentro de mi pecho.

—Tranquila —repite River, con voz firme pero tranquilizadoramente baja—. El poder te obedece a ti, no al revés. Eres una tejedora. Siente cada flujo de magia.

Respiro hondo, temblorosa, y hago lo que dice River, centrando mi conciencia en una cuerda cada vez. El poder terrenal de River es de un color marrón oscuro, pesado, fuerte, con toda la delicadeza de un oso pardo. El fuego felino de Tye es una impertinencia naranja y candente. El plateado del poder sanador de Shade conlleva la necesidad de un lobo de conectar, de reunir y proteger a una manada. Lo uso para envolver los dos primeros, combinando las retorcidas cuerdas marrón y naranja en una única y ancha soga. Y luego está Coal.

El poder del último varón es diferente al de los demás. Todos esos años como esclavo de los Mors volvieron la magia de Coal hacia dentro; su cuerda púrpura se divide en hebras que se abren paso por todas partes. Me llenan los músculos, me despiertan los nervios, me agudizan los sentidos hasta que cada grano de arena parece una piedra individual. Las finas hebras púrpuras se extienden por todo y se aferran con fuerza.

El grueso tejido de cuerdas plateadas, marrones y naranjas se azota con violencia en mis manos, pero las hebras púrpuras de Coal

refuerzan mi cuerpo. Me hacen lo bastante fuerte como para soportar la presión de las otras.

Esto parece nuevo. Una ligera mejora con respecto a cualquier otra vez que haya empuñado la magia. Dejo que una cautelosa esperanza me llene los pulmones. Quizá Coal tenía razón al estar de acuerdo con el consejo; quizá ahora, en la arena, sea el momento en que tome el verdadero control.

—Estoy bien —le digo a River, con una voz que solo tiembla un poco—. Puedes soltarme. Ya no necesito el contacto directo para reflejar tu magia.

Obediente, River retira su mano de la mía y desenvaina la espada sin filo que lleva atada a la cintura. A mi izquierda, Coal hace lo mismo y saca una espada de su espalda. Empiezan a separarse en ambas direcciones, formando una corta línea a través de la arena. El lobo de Shade me dedica una mirada desolada y luego trota hasta el otro lado de River.

Un ataque de pánico me cierra la garganta al darme cuenta de que estoy sola, sin River para tomar el control del poder si las cosas se tuercen.

—Todavía no has destruido la arena ni el sol —dice Coal con sorna, enarcando una ceja rubia, como si me leyera el pensamiento —. Un comienzo mejor del que esperaba.

Le hago un gesto obsceno, aunque el corazón me late más despacio.

Me lanza su espada y desenvaina para sí mismo la hoja de repuesto que lleva en la espalda.

—¿En serio? —exclamo, dividiendo mi atención entre el arma que de repente tengo en la mano y la espiral de magia que se agita en mi tejido sobrenatural—. No estoy segura de necesitar otro medio de destrucción ahora mismo, Coal.

—No, pero intentar matar a alguien puede calmar los nervios. — Ajusta su segunda espada para agarrarla mejor—. Pruébalo tú misma contra Viper.

Miro a través de la arena y veo que Viper se ha separado oportunamente de su quinto; los otros varones se despliegan en una línea tras él. Viper me busca con la mirada y pone rumbo en mi

dirección. La bandera azul que ondea en su cinturón es claramente un cebo, pero yo tengo mi propio plan y esto me viene bastante bien. A medida que se acerca, nuestras miradas se cruzan sobre la arena y Viper sonríe con suficiencia, aunque en su sonrisa torcida hay más picardía que malicia. Sus compañeros de quinto se mueven más despacio tras él, apuntando a mis varones.

Miro compulsivamente a Tye, que tira de un hilo de la manga de su uniforme con expresión aburrida.

—Mortal —espeta Coal, con la paciencia a punto de agotársele—. River, Shade y yo intentaremos proteger a la princesita pelirroja mientras tú vas a jugar con Viper. Espabila.

Vale.

Apretando con más fuerza la hoja, camino hacia Viper, que se va haciendo más grande en el calor reluciente. Su sonrisa se ensancha. De cerca, su menor estatura deja paso a una muralla de músculo fibroso y magro. Tiene rasgos afilados, una constelación de pecas, el pelo de un rojo pálido y ojos azul verdoso. Puede que la espada que tiene en las manos no tenga filo, pero el acero sigue brillando bajo el sol de la arena. *No estás sola*, me digo, con la boca seca, mientras Viper y yo entramos en el radio de alcance de las armas. *No estás sola. No estás sola.*

La espada de Viper se lanza hacia mi cabeza con un golpe limpio. Preciso. Con una fuerza capaz de romperte el cráneo.

Levanto la espada bruscamente para parar el golpe, con el poder de Coal recorriéndome los músculos. Las hojas chocan con un estruendo ensordecedor cuya fuerza me hace vibrar los huesos.

Viper me aparta de una patada, con su bota hundiéndose dolorosamente en mi vientre.

Caigo hacia atrás, intentando desesperadamente coger aire. Apenas me da tiempo de rodar sobre el hombro y ponerme en pie a toda prisa antes de que la espada de Viper se clave en la arena donde yo yacía un momento antes.

El calor seco me está quitando la energía más rápido de lo que estoy acostumbrada en los entrenamientos.

Estrellas. Apuntando con la punta de mi espada al corazón de Viper, bajo mi centro de gravedad hasta que mis muslos rugen y

embisto.

Viper se aparta de mi línea de ataque, su espada trazando un poderoso arco. La hoja silba en el aire, la luz que refleja en ella me hace entrecerrar los ojos. El corazón se me para, la respiración se me atasca en los pulmones. Giro por instinto. Angulo mi espada hacia abajo. Recibo el golpe con el centro de mi acero.

—Alguien ha estado entrenando con Coal —dice Viper con un deje de aprobación en la voz, como una chispa de luz en la oscuridad. Un instante después, su voz baja y su acento —un eco del de Tye, con sus sílabas cantadas y sus erres fuertes y vibrantes— se endurece—. Vas a necesitar más que eso para cazarme el rabo, chiquilla.

Viper ataca de nuevo, moviéndose tan rápido como el reptil que le da nombre; el *zas, zas, zas* de su espada me asalta sin un momento de pausa. Bloqueo cada golpe, con los músculos gritando entre estocada y estocada. Cada choque me obliga a retroceder, paso a paso.

Golpe, bloqueo. Golpe, bloqueo. El ataque creciente me obliga a una retirada sin fin. El sudor me resbala por la cara, me escuece en los ojos, mientras trocitos de arena me cubren la lengua jadeante. El sonido de mi propia respiración agitada es áspero en contraste con los suaves gruñidos de Viper, con el tintineo del acero al chocar.

Golpe, bloqueo. Golpe, bloqueo. Sin fin. No acaba nunca.

A lo lejos, percibo movimiento en los límites de mi visión. Cuerpos en combate mientras mi quinto se defiende de los otros guerreros, el estruendo del metal tan constante que sé que mis varones no juegan para ganar, sino para darme tiempo.

Y Viper tampoco juega para ganar. Está jugando por una razón diferente. Mis ojos se abren de par en par mientras me recupero de otro golpe. —Me estás… acorralando. —Mis palabras salen entre jadeos.

—Así es —sonríe Viper.

—¿Adónde?

—Oh, pues justo hasta… aquí. —Antes de que pueda gritar, el varón chasquea los dedos y un escudo de plata reluciente y opaca nos rodea a los dos en un espacio de veinte pasos de ancho y al

menos cinco metros de altura, lisos e impenetrables. Un muro de magia que me aísla de mi quinto. El cielo quemado sobre nosotros solo intensifica la sensación de estar enjaulada.

—¿Qué demonios es eso? —Con la espada entre Viper y yo, corro hacia el muro reluciente y lo encuentro sólido como la piedra—. ¡River! —bramo con todo el aire que me queda en los pulmones.

River, River, River, responde el eco.

—No pueden oírnos. —La autosatisfacción en la voz de Viper me abrasa por dentro—. Es un escudo estático. Ahora existe por sí solo, sin necesidad de que lo sostengamos. Ha requerido toda nuestra magia y mucho estudio.

Busco desesperadamente la conexión con mis varones… y me encuentro con el silencio. Incluso mi percepción de Coal ha desaparecido, aislada de mí por ese escudo. No habrá más magia que reflejar, pero mi actual tejido de poder, esa gruesa trenza de cuerdas plateadas, marrones y naranjas, sigue agitándose, con jirones púrpuras magnificando su fuerza. Un gran tejido del poder completo de un quinto, todo dentro de mí, y ninguna forma de llegar a River para aliviarme. Ninguna válvula de seguridad. Nadie que me ayude a controlar al monstruo salvaje que he tejido.

Aislada. Sola. incomunicada.

La visión se me oscurece por los bordes, borrando mi fatiga. Los músculos se me tensan. Los pulmones se me expanden, cada fibra de mi cuerpo tiembla de energía mientras la tormenta de pánico burbujea en mis venas. Fuera. Necesito salir de aquí. Ahora.

Golpeo el escudo con el puño; los nudillos me gritan por el impacto. Nada. Otra vez. El dolor estalla en mis huesos y me quedo mirando la sangre que ahora mana de mi mano.

La magia trenzada en mi interior se agita, escapándose de mi control.

La tierra bajo nuestros pies sufre una sacudida ominosa. Lucho por volver a aferrar la magia, y las náuseas por el esfuerzo me suben por el estómago.

—Para —grita Viper, con la diversión borrada de su voz—. No te tocaré. El escudo…

Los oídos me empiezan a pitar, ahogando cualquier sonido. Las cuerdas de magia se me escapan aún más, incluso cuando les clavo las uñas. La espada cae a la arena con un ruido sordo, la respiración se me detiene, y toda mi concentración se centra en aguantar mientras la magia se encabrita como un semental aterrorizado.

Con la siguiente sacudida, el grueso tejido se libera de mi agarre y azota como un látigo contra el escudo.

Golpea. Rebota. Ricochetea contra el suelo.

La tierra tiembla, partes del suelo suben y bajan como olas. Otra vez. Y otra. Cada temblor es mayor que el anterior. Sube y sube, antes de caer bajo nuestros pies.

—¿Qué estás haciendo? —brama Viper—. ¡Para! Por las estrellas, para.

—¡No puedo! —Intento atrapar desesperadamente a la bestia desbocada, solo para encontrarla aún más salvaje, vengativa por las ataduras anteriores que la llevaron a esta trampa. Decidida a hacer añicos ese escudo opaco que nos aprisiona aquí.

La tierra herida vuelve a temblar, levantándose en una ola tan masiva que me lanza por los aires.

Viper se abalanza sobre mí, girando para recibir la peor parte del impacto cuando salimos despedidos contra el escudo. Un hilillo de sangre le resbala por la frente sudorosa cuando aterrizamos. Abro la boca para preguntarle si está bien, para exigirle una explicación por haberme protegido, pero las palabras cambian antes de que pueda pronunciarlas. —¡Cuidado, Viper! —Señalo una grieta que empieza en el borde del círculo y se extiende por el suelo a través de su centro. Partiéndolo en dos.

Ignorando mi último intento de detenerla, la cuerda marrón oscura de la magia terrestre de River se suelta del tejido que ahora se desenreda y desciende sobre la tierra cambiante. El suelo se resquebraja bajo la presión, y lo que empezó como una pequeña grieta estalla en una fisura de cinco pasos de ancho que se traga a Viper en su oscuridad.

TYE



El suelo retumbó bajo Tye, un terremoto tan violento que lo derribó de espaldas. Para cuando se puso en pie rodando, con la boca llena de arena caliente y áspera, el mundo había cambiado.

Donde antes las arenas del coliseo se extendían sobre un terreno llano, ahora una enorme fisura partía el campo en dos. Los bordes del nuevo cañón se elevaban por encima de la cabeza de Tye, la tierra lacerada mostraba sus entrañas rocosas. Y en medio de todo, seccionado por el nuevo abismo, se alzaba un muro centelleante que rodeaba a su Chica Lila y a Viper.

—¡Leralynn! —gritó Tye, llenando el coliseo con su bramido.

Ninguna respuesta. Ni siquiera un gemido lejano.

Coal ya estaba allí, mirando el muro, dándole puñetazos con la fuerza suficiente para romperse un hueso. Tye corrió hacia él tan rápido como pudo sobre la arena suelta. Cuando llegó, Coal se volvió hacia él con unos ojos azules llameantes y negó con la cabeza. Impenetrable.

Con un gruñido, Tye se abalanzó sobre el compañero de la quinta de Viper más cercano, ataviado de azul, y lo agarró por la túnica para levantarlo en vilo. —¿Qué demonios es eso? —exigió Tye, lanzando al hombre contra el muro plateado con tal fuerza que oyó el sonido de un cráneo al chocar contra metal.

—Es un escudo estático —respondió el hombre rápidamente desde el suelo, levantando las palmas de las manos. Tenía los ojos desorbitados, el rostro pálido en contraste con su pelo negro como el carbón y el olor a miedo emanaba de él en oleadas—. Usamos un resguardo para aunar todas nuestras magias en un escudo. Solo queríamos separaros. El terremoto no es cosa nuestra.

Lera.

Un escalofrío atenazó el pecho de Tye. La muchacha había sostenido cuatro hilos de magia, había entrado en pánico y había perdido el control sobre ellos. Y lo único que él podría haber hecho para ayudarla a aumentar su control —el acoplamiento— se lo había negado egoístamente.

Todo porque se había enamorado, en cuerpo y alma, y quería lo mismo a cambio. Tye quería *aparearse*, y al anhelar ese vínculo inalcanzable, había puesto a la muchacha en peligro.

Un rugido sordo le llenó los oídos mientras contemplaba el muro centelleante. Lera estaba allí dentro. Sola. Quizá herida. Asustada, sin duda. Tye levantó la mano y rodeó el cuello del hombre con un collar de llamas, manteniéndolo tan cerca de la piel del cabrón que le quemaría al menor movimiento. —Baje su escudo. *Ahora.*

—Tye —lo llamó River desde el otro lado de la grieta, con una voz que atravesó la confusión de Tye, demasiado tranquila y firme para la realidad. River sujetaba a un guerrero jadeante por un brazo—. Suéltalo. El escudo es estático, no pueden quitarlo. Se mantendrá durante… ¿Para cuánto tiempo es el resguardo? —espetó River las últimas palabras al hombre que sujetaba.

—Una hora. —El hombre tragó saliva—. Nuestra quinta no tenía ninguna posibilidad de venceros. Nosotros lo sabíamos y vosotros lo sabíais. Viper solo quería demostrarle al consejo que lo intentamos. Alejar a la chica, separaros. Hacer que perdierais el tiempo durante una hora. Nadie iba a salir herido.

Tye dejó que el collar se estrechara, abrasando la piel del hombre. El olor a carne quemada se elevó en el aire, junto con un grito ahogado. —Pues ahora alguien *ha salido* herido. —La voz áspera de Tye sonó extraña incluso para sus propios oídos—. Así que ríndase y ponga fin a esto ahora mismo.

—No puedo. —El hombre se mantuvo quieto a pesar del dolor, con el sudor corriéndole por las sienes hasta los ojos—. No nos queda la opción de rendirnos. Si lo intentamos, las runas nos matarán.

—Suéltalo. —Coal agarró a Tye por la muñeca, aunque Tye apenas recordaba que el guerrero se hubiera acercado a él.

—¿Por qué?

Coal cambió su peso, colocándose justo delante de Tye, con sus ojos azules claros y fieros. En otro mundo, la idea de que Coal apaciguara a Tye habría sido para morirse de risa. Ahora, no era más que ruido.

—Porque la quinta de Viper ha seguido las reglas —dijo Coal en voz baja—. No había malicia. Hasta ahora. Hasta ti.

Las reglas. Una mano fantasmal estrujó el alma de Tye, hundiéndole dagas en el corazón. Sí, él había seguido las malditas reglas una vez. Justo hasta que se volvieron contra él. Lo partieron en dos. Lera, tan llena de vida y de bondad… Se merecía algo mejor que el hombre roto que era Tye. Debería haberse acostado con ella, mostrarse agradecido y luego haberla dejado marchar.

El agarre de Coal se intensificó, doblándole la muñeca a Tye con tanto dolor que cayó de rodillas bajo la presión, lo que provocó que el hombre de pelo negro gimiera con un nuevo dolor. Sin alterar su expresión pétrea, Coal lo miró desde arriba, haciendo valer su rango en silencio. —Retírate, imbécil, y canaliza lo que sea que tengas por cerebro para encontrar una forma de superar este muro. Es infinitamente más eficiente si me dejas a mí los asesinatos. Se me da mejor. —Esto último lo dijo entre dientes, probablemente sin intención de decirlo en voz alta.

Tye bufó, pero soltó al compañero de la quinta de Viper, que se escabulló con un grito ahogado.

Coal asintió y alivió la presión sobre la articulación de Tye, aunque no lo soltó del todo, como si temiera que Tye pudiera atacar a alguien más. Coal era listo. —El muro es demasiado liso para escalarlo —dijo, señalando con la barbilla el escudo centelleante que se alzaba cuatro metros y medio en el aire detrás de él—. ¿Podría tu tigre superarlo?

A Tye se le revolvió el estómago. Sí, el tigre podría superar el muro, tal vez. Al menos lo suficiente como para enganchar las zarpas en el borde superior. Pero Tye no podía obligar al animal a que decidiera hacerlo. Así como Tye no podía hacer nada para evitar que el tigre atacara a todo el mundo en el coliseo. Tye le había fallado al tigre igual que le había fallado a Lera, sacrificando las necesidades del vínculo en desarrollo cuando era un potro por algo que él había querido —la embriagadora emoción de fardar— solo para acabar sin nada en absoluto.

—Tye. —Los ojos de Coal brillaron con hielo azul—. Te he preguntado…

Tye giró la muñeca para liberarse del agarre de Coal, hinchó el pecho y le gruñó al otro hombre. —Te he oído. Y no, el tigre no puede dar el puto salto.

LERA



—¡Viper! —Sin fiarme de mis piernas, trepo por el borde elevado de la grieta. La arena se me clava en los cortes y aprieto los dientes para soportar el dolor. Una cuña de profundidad infinita me devuelve la mirada; sus paredes, de piedra anaranjada y rojiza que se desmorona, se pierden en la negrura. De la grieta emana un calor sofocante, como si el mismísimo núcleo de la tierra hubiera quedado al descubierto—. ¡Viper!

Mi voz resuena y rebota por las paredes como un guijarro al caer.

—Aquí. —La voz contenida del varón atrae mi mirada hacia un diminuto saliente a unos quince pies por debajo de donde estoy arrodillada. De pie sobre una pierna, Viper se aferra a un asidero. Su otra pierna, doblada en un ángulo antinatural, cuelga sobre el abismo. Maldice y suelta una mano para desenganchar la bandera del cinturón. Todavía preocupado por ganar la maldita prueba.

—A ninguno de los dos nos queda una rendición —dice Viper, como si hubiera oído mis pensamientos. Su voz suena forzada, las palabras le salen entrecortadas—. No quiero que la bandera caiga conmigo. No hace falta que tu quinteto muera.

Trago saliva, con las manos aferradas a la roca. —No vas a caer a ninguna parte hasta que yo lo diga —le grito, con un tono que se parece más al de Coal o River que al mío. Se me encoge el estómago al sentir la necesidad de tener a los varones cerca, pero aparto ese dolor. Tengo que hacerlo. Por Viper.

Me llega una risa ahogada por el dolor. —¿Una mortal dándome órdenes?

Paso la mano por la roca roja. Blanda. Porosa. Inestable. Y la única opción para salvarle la vida a Viper. —Una *tejedora* te está dando órdenes. —El corazón me late con tanta fuerza que es un milagro que la roca no tiemble con cada latido—. Y cuando termine esta prueba, tendré un rango superior al tuyo, ¿no?

Me responde el silencio.

—¡Viper! —Examino la caída mortal en busca de un modo de bajar.

—Sí. —La palabra suena débil y borrosa; la fuerza del varón se desvanece con cada latido.

—Sí, *¿qué*? *Ahí.* Un saliente de dos pies de ancho, justo por encima del precario agarre de Viper. Si consigo llegar, podría bajarle algo para que se agarre. Para anclarlo. Pero entre el saliente y yo hay una docena de pies de roca quebradiza, y la muerte aguarda a que resbale—. Viper. Sí, *¿qué*?

—Sí, señora —dice el varón, sin ni siquiera luchar contra el insulto. Maldita sea.

Me miro las manos temblorosas, los nudillos todavía sangrando por intentar golpear el escudo. Respiro con jadeos rápidos, el pulso desbocado, la boca seca y llena de motas de tierra. Antes de que el valor me falle por completo, me descuelgo por el borde, enviando arena y pequeñas piedras al abismo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —La voz de Viper, de repente despierta, rompe el aire—. ¿No basta con una muerte? ¿Tienen que ser dos?

—Tu confianza en mí es abrumado… —El borde al que me sujeto se desmorona, y mi cuerpo se desliza dos pies por la afilada y quebradiza piedra antes de encontrar un punto de apoyo, agarrándome a diminutos salientes de roca. *Estrellas.* ¿Me lo estoy imaginando o ya hace más calor? No puedo respirar por la opresión en el pecho, la sensación de hundimiento en el estómago.

—¡Leralynn! —me llama Viper.

—Estoy bien. —No estoy bien. Voy a morir. Pero no es necesario que él lo sepa. Apoyo la mejilla contra la roca, forzando el aire a

entrar en mis pulmones contraídos. Una vez. Dos. A la tercera inspiración, cierro los ojos para apartar la vista del abismo y concentrarme solo en la roca que tengo debajo. Piensa. Siente. Sigue viva. Mantén a Viper con vida.

Con cuidado, busco con la pierna el siguiente punto de apoyo y golpeo el saliente con la bota antes de confiarle mi peso. Busco el siguiente. Y el siguiente. Me duelen los brazos, y mis dedos, ya ensangrentados, dejan una prueba húmeda de mi descenso. Diez pies para llegar al saliente. Ocho. Seis. Aprieto las caderas contra la pared de roca, intentando quitar presión de mis brazos, que me arden.

El agarre me falla justo cuando busco un asidero sólido, mis dedos se niegan a resistir un instante más. Con un grito, caigo el resto del camino hasta el saliente. Primero llega el golpe del impacto, un entumecimiento y un zumbido sordo que resuenan por todo mi cuerpo. Luego, el dolor. Un cuchillo al rojo vivo clavándose en mi tobillo, líneas de fuego a lo largo de mi espinilla. El mundo tiembla. Se oscurece.

Mi primer pensamiento, ridículo, es lo enfadado que se pondrá Coal por mi aterrizaje fallido. El siguiente es una lista de variaciones cada vez más groseras del «te dije que no estaba preparada» que le gritaré a ese cabrón.

—¿Leralynn? —La debilidad en la voz de Viper descorre el velo de oscuridad que me nubla la vista.

Primero, Viper. Segundo, morir. Entremedias, gritarle a Coal.

Con la lengua cubierta de tierra, inhalo el polvo calcáreo con cada jadeo. Pero respiro. Y me incorporo sobre manos y rodillas, a pesar de que la piel me arde y el sudor y la sangre me empapan la ropa. Obligándome a mirar hacia abajo, veo la mano de Viper dos pies por debajo de mí… y un abismo de la más absoluta nada más allá.

Con movimientos espasmódicos, me desabrocho el cinturón. Anudando un extremo alrededor de mi muñeca, le tiendo el resto al varón herido. —Agárrate.

En lugar de alcanzar el cuero, Viper echa la cabeza hacia atrás, con los ojos turquesa desorbitados de dolor. —¿Estás bien sujeta? —

jadea—. No quiero arrastrarte conmigo.

—Hay una púa aquí. Estoy anclada con mi armadura. —Aprieto los dientes, obligándome a creerme mi propia mentira antes de que Viper se dé cuenta—. Deja de titubear y usa el maldito cinturón para subir antes de que decida que no mereces la pena.

La mano de Viper se despega de la piedra, y el saliente al que se había estado agarrando se rompe con el cambio de peso. Por un segundo, queda suspendido sobre el abismo, con un pie y una mano como únicos anclajes a la vida. Entonces se agarra al cinturón, y mi hombro ruge mientras resisto su ascenso.

La imagen del líder de mi quinteto enemigo subiendo junto a mí en el saliente es una de las cosas más hermosas que he visto en mi vida. Echando la cabeza hacia el cielo de la arena, hago un gesto grosero que espero que Klarissa sepa que va dirigido a ella. A mi lado, Viper se ríe suavemente y apoya la espalda contra la roca.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto.

—Ahora esperamos. El escudo estático desaparecerá en unos treinta minutos y nuestros quintetos entrarán para un gran rescate. Entonces tú ganas, y nos vamos a desayunar.

Se hace el silencio.

La respiración de Viper es ahora entrecortada, su piel grisácea y húmeda.

—Seguro que ahora desearías que fuera uno de esos escudos de media hora, ¿eh? —digo.

Viper me mira con los ojos muy abiertos y, de repente, los dos nos echamos a reír.

—Que lo sepas, mortal —dice una vez que la absurda alegría se desvanece en el silencio y el dolor punzante de nuestras heridas se alza para llenar el vacío—. Hoy has ganado más que mi bandera. La magia no se equivocó al elegirte para Lunos.

LERA

—¿Has usado la bandera de vida o muerte como un pañuelo? —River niega con la cabeza y me sienta en el borde de la mesa de trabajo de la sala de preparación, con los vítores del estadio resonando aún en mis oídos.

—Necesitaba limpiarme la cara. —Intento sonreír, pero en su lugar hago una mueca—. Viper y yo no teníamos mucho más uso que darle en ese momento. —Me duele el cuerpo. Me duele la cabeza. Un cuchillo al rojo vivo me apuñala el tobillo cada vez que me atrevo a cambiar el peso de mi cuerpo. Siento a los otros machos cerca, reprimiendo el impulso de arremolinarse a mi alrededor por orden de River: Tye paseándose de un lado a otro sin descanso, Coal entreteniéndose con la armadura, Shade preparando el material médico con una furia tormentosa en sus ojos dorados. Los cuento a todos, una y otra vez, necesitando la certeza de que están bien.

—Desde luego. —River me aparta el pelo de la cara; sus sienes empapadas de sudor y su pelo alborotado y color arena son probablemente un reflejo del mío.

—Podría haberos matado. Casi mato a Viper. —Le lanzo una mirada sombría a Coal—. ¿Aún crees que el consejo tenía razón?

A Coal se le contrae un músculo de la mandíbula y, acto seguido, lanza el pulimento de su armadura a una caja de madera y sale por la puerta, cuyo portazo resuena tras él.

—¡Coal! —gimo, e intento ir tras él, pero la pesada mano de River me mantiene en mi sitio—. Era una maldita broma.

—La prueba de hoy... Ha sido la hora más larga de mi vida, Leralynn —dice River en voz baja—. Estando al otro lado de ese escudo, sin poder llegar a ti. No recuerdo haber estado nunca tan aterrorizado. Y dudo que Coal tampoco. Dale tiempo para que lo asimile.

Apoyo la cabeza en River, inspirando su aroma terroso. Mi mejilla roza la suave piel de su cuello, ahora libre de runas. Se ha acabado. De verdad que se ha acabado. Las pruebas, la Ciudadela, el poder sin control de Klarissa sobre nosotros. Intento comprenderlo, dejar que me cale que por fin somos una quinta oficial y reconocida. Que por fin podemos dejar esta pulida y venenosa Ciudadela. Irnos y no volver jamás.

Excepto que, por supuesto, *no* se ha acabado. Soy demasiado lenta para ocultar mi escalofrío.

—¿Qué ocurre? —La mirada de River me atraviesa.

—Quiero sentir que algo monumental acaba de terminar, pero la verdad es que todo acaba de empezar, ¿no es así? Lo que tenemos que hacer antes de que Lunos esté a salvo.

River asiente, mientras su pulgar me recorre la mejilla. —Cierto. Por ahora, sin embargo, vamos a ponerte de nuevo en pie. —Mira por encima del hombro hacia donde Shade ha terminado de organizar ungüentos, vendas y varios instrumentos de aspecto desagradable en una bandeja—. ¿Por qué no la llevamos a los baños?

Shade niega con la cabeza. —No hasta que le haya estabilizado el tobillo. —Interrumpiendo sus preparativos, se acerca a River y me posa una mano en la cara. Sus ojos amarillos son claros y están concentrados, sus emociones a fuego lento, al igual que su pelo negro recogido en una cola. Shade en modo sanador—. Lo siento, cachorra. Tenemos que hacer algunas reparaciones antes de que puedas ir a ninguna parte. —Se inclina para besarme la frente antes de volver a su trabajo. Cierro los ojos momentáneamente ante el calor que dejan sus labios aterciopelados y el persistente aroma a bosque húmedo, deseando que se hubiera quedado allí más tiempo.

Ocupando el espacio que Shade ha dejado, Tye se acuclilla a mi lado, sus músculos ágiles ondeando bajo una túnica desgarrada. En cuanto cayó el escudo estático, el macho había bajado por la roca con tal gracia felina y tan poca preocupación por la gravedad que incluso Viper soltó un silbido de apreciación. Ahora, todo ese poder parece contenido tras unos penetrantes ojos verdes. Es embriagador, después de toda su distancia y evasivas de los últimos días, tener toda su atención sobre mí. Me pregunto qué significa; probablemente solo es la emoción de la prueba que arde en su interior. Levanta la mano y coge las mías, las yemas de sus pulgares recorriendo ligeramente mis nudillos heridos. —Quiero acostarme contigo.

—¿Qué? —Me echo hacia atrás y al instante me arrepiento del movimiento cuando el dolor de cabeza, el tobillo y la piel cortada chocan—. ¿Ahora?

—No. Sí. —Tye se encoge—. Si no hubiera sido un idiota egoísta, todo esto podría haber sido diferente. Estrellas. Mi Lila... Yo...

—Si te crees responsable del terremoto que he provocado, le das demasiado crédito a tu polla —mascullo.

El rostro de Tye se ensombrece y el dolor en sus afilados rasgos me oprime el corazón. Ojalá entendiera lo que pasa por su cabeza. —No sé qué decir, muchacha.

—Eso suele ser una buena señal para callarse —dice Shade desde donde me quita los cordones de las botas—. Y si queremos tener alguna posibilidad de salir de aquí hoy mismo, te sugiero que me dejes hacer mi trabajo. ¿A menos que tu polla haya desarrollado de repente poderes curativos?

Tye se echa hacia atrás sobre los talones. —No, esa sería la de *Coal*. Estoy llevando la cuenta, ¿sabes?

Las puntas de mis orejas se calientan y se convierten en carcajadas espasmódicas cuando el macho menea las cejas. Intento reprimir la risa por el bien de mis maltrechos huesos, pero el primer *ja* se me escapa con la fuerza de un semental encabritado. Mi espalda se arquea y agarro la mano de Tye, apretándola en un intento de estabilizar mi cuerpo.

Es inútil, no cuando la tensión de las últimas horas rompe cualquier presa que la contuviera y se derrama en una tormenta. —«Llevando... la... cuenta» —digo sin aliento—. Eres... insufrible. — Mi risa llena la sala de preparación, profunda, desesperada e imparable, incluso cuando las lágrimas por fin empiezan a correr por mis polvorientas mejillas.

* * *

FIEL A SU PALABRA, River no nos retiene en la Ciudadela ni un momento más de lo necesario. Cambiando una cena de celebración por unas pocas horas más de luz, empaquetamos nuestras cosas y nos dirigimos a los establos justo cuando el campanario da las cuatro de la tarde. Saboreo mi último paseo por los terrenos de la Ciudadela, inhalando el aire dulce con aroma a vino, el ajetreo de los guerreros en entrenamiento. No lo echaré de menos, pero ahora que me voy puedo apreciar su belleza desinhibida.

El olor a caballos y heno que trae una brisa vivaz me saluda como una vieja amiga. La hiedra que crece alrededor de las largas vigas de madera flota con la brisa de la puerta abierta, y muy por encima, los faroles iluminados por arte de magia siguen dando su brillo constante, incluso a plena luz del día. Anhelo rodear a Sprite con mis brazos, pero está ocupada en este momento; la yegua gris observa al nada divertido semental de Coal mientras el guerrero comprueba ambos juegos de arreos.

De pie y con los brazos a la espalda, River escucha algo que le dice Klarissa. El vestido de la hembra, de color miel, se ciñe a sus esbeltas caderas y se enreda seductoramente alrededor de sus tobillos. Estrellas, hasta el vestido de la hembra parece empeñado en invitar a River a su cama. Cuando Klarissa extiende una mano hacia la mejilla de River, un sabor amargo me llena la boca.

River retrocede, fuera de su alcance.

La sonrisa de Klarissa se tensa.

Mira en mi dirección, me dedica una pequeña mueca con sus perfectos labios rojos y una delicada despedida con la mano, y luego

sale por la puerta sin esperar mi respuesta.

Me paso los dedos por el cuello libre de runas y por mi nuevo atuendo, que Autumn ha confeccionado con el deleite de una niña. La túnica bordada de color verde bosque es a la vez ajustada y flexible, y el escote bajo y redondeado consigue parecer sensual en lugar de lascivo. Un colgante de plata de un dragón —un regalo de Shade para celebrar la conclusión de la prueba— cuelga justo por encima de la curva de mis pechos, mientras que el mejor cuchillo de Coal descansa en una ingeniosa vaina sujeta a mi muslo para facilitar el acceso.

Autumn me entrega una capa forrada de piel, con una amable sonrisa en el rostro. Está resplandeciente con un ajustado traje de viaje blanco y una larga capa blanca. —Sé que ahora no lo parece, pero el camino de la montaña se volverá helador. ¿Estás segura de que quieres quedarte con los machos en lugar de viajar con Kora y conmigo? Los cabrones quieren caminar por la Luz durante dos semanas, todo en nombre de... ¿qué era, River?

—Prudencia —grita River—. Quiero estar en plena forma en el palacio y echar un vistazo a las tierras mientras tanto... y dejar que las tierras me echen un vistazo a mí. Espero que, si los espías de Griorgi nos ven de camino a Slait, incluso llegue antes que nosotros, en lugar de que tengamos que sacarlo de su escondite.

—Sí, bueno, parece que tenéis muchos ojos de sobra, así que no necesitáis los míos. —Autumn se echa las trenzas por encima del hombro y me dedica una mirada compasiva—. Sé que el Tenebror absorbe energía, pero también lo hacen el frío y el viento. Yo quiero tener las necesidades básicas de la vida.

—¿Necesidades básicas como una biblioteca? —pregunto.

—Precisamente. —Haciéndome un gesto para que me dé la vuelta, la hembra se encarga de mis rebeldes mechones pelirrojos.

—¿Tuviste demasiadas muñecas de pequeña? —pregunto, sintiendo unas manos seguras tirando de mi cuero cabelludo.

—Nunca se tienen demasiadas muñecas. —Autumn baja la voz—. ¿Puedes creer que Kora no me deja elegirle nada de ropa? Ayer saqué un pintalabios y salió corriendo más rápido que Tye a la vista de un libro. Eres mi última esperanza.

—Supongo que has cedido a que Kora nos acompañe mientras destronamos al rey de Slait, volvemos a sellar a Jawrar dentro de Mors y le damos la vuelta a nuestra relación con el Consejo de Ancianos.

—Solo porque prometí llevar chocolate para el viaje —dice Kora, acercándose a Autumn y a mí. Los ojos azules de la alta guerrera examinan los preparativos de la partida, suavizándose al posarse en Autumn—. Aunque no estoy segura de dónde cabrá, teniendo en cuenta la cantidad de libros que le gustaría llevar. ¿Podríamos discutir si tomar prestada la mitad de los fondos de la Ciudadela y transportarlos a Slait es... prudente para unos textos tan frágiles y valiosos?

Tragándome un bufido, me excuso del par solo para ver a Shade entrando en el patio de los establos.

Mi cuerpo se tensa de inmediato, el débil latido de mi corazón resonando a través de mis músculos, que de repente no pueden decidir entre quedarse paralizados o salir huyendo. Las dos horas que Shade pasó trabajando en mí antes, limpiando sin piedad los restos de los tajos, colocando huesos y clavando afiladas agujas en la carne herida (para sentar las bases de la posterior —y poco más agradable— curación mágica), hacen que sea incapaz de mirar rocas sin palidecer. Mucho menos al propio macho.

De repente, soy consciente de un dolor sordo en mi tobillo, un corte en mi hombro donde uno de los puntos se ha abierto, los intermitentes pinchazos de dolor que harán que sentarme erguida en la silla de montar sea difícil... cada herida un blanco para un sanador tan seguro como una diana lo es para un arquero. Incapaz de contenerme, doy un paso atrás. En lugar de escapar, choco contra un cuerpo duro, su aroma masculino ligeramente metálico mezclado con la dulzura de un caballo. Coal. Que estaba con los caballos hasta hace unos momentos. El calor me sube a la cara, hormigueándome en las orejas. Me ha pillado con las manos en la masa: una guerrera que teme a los sanadores. Que Shade sepa la verdad ya es bastante malo; que Coal se dé cuenta de lo que está pasando lleva la humillación al límite.

—Cachorra. —Los ojos amarillos de Shade se ablandan con compasión mientras se acerca. Vistiendo unos suaves pantalones negros y un suéter de cachemira gris que se ciñe a su duro pecho, con el pelo negro suelto sobre los hombros, es la mezcla perfecta de lobo y fae. Suave calidez que envuelve dientes mortales. Impresionantes ojos dorados que te atraen y que pueden seguirte en la oscuridad. Piel aterciopelada y bronceada que cubre músculos que podrían romperte el cuello de una sola sacudida. ¿Qué fue lo que dijo Coal una vez? *No dejes que los buenos modales de Shade en la mesa te distraigan de lo que come para cenar.* —Deja que te eche otro vistazo antes de que nos vayamos.

—Por supuesto. En un momento. Con permiso. —Intento zafarme de las manos de Coal, que se han posado pesadamente sobre mis hombros—. Necesito hacer mis necesidades.

—No, no es cierto. —La voz baja y grave de Coal me roza la nuca, el calor de su cuerpo un escudo contra el viento—. Eres tan mala mentirosa como dice Tye.

Genial. ¿Dónde está la magia de River para abrir la tierra cuando la necesito?

Dándome la vuelta hacia él, Coal me pone un dedo calloso bajo la barbilla, levantando mi rostro encendido para encontrar sus fríos ojos azules; me mira por primera vez desde que salió furioso de la sala de preparación hace horas, aunque su rostro cincelado no revela nada de sus pensamientos.

Me tenso.

Los ojos de Coal se desvían por encima de mi hombro por un momento, sin duda para examinar los de Shade, antes de volver a mí.

Mi corazón se agita y un nuevo calor me invade a pesar de todo lo que sucede a nuestro alrededor. Me muerdo el labio, una pequeña defensa contra la fuerza de la mera presencia de Coal. No he conocido a ningún otro ser que maneje el silencio como el guerrero que tengo delante, y solo eso me acelera la respiración.

—El dolor contra el que no puedes defenderte es el peor de todos —dice en voz baja, bajando esas barreras suyas para dejarme ver la comprensión en sus ojos. Imágenes golpean mi mente

suavemente. Grilletes. Un látigo. Y luego otra: la mano de Shade brillando con magia plateada mientras el resto de la quinta me inmoviliza —no, a *Coal*— contra el suelo—. Cuando acababa de atravesar el muro, odiaba mucho a Shade.

Me muerdo el labio. —¿No soy solo yo, entonces?

—Para nada. —Los músculos de Coal se tensan—. Intenté exponerte a más riesgos de los que podrías haber corrido esta mañana. Y veo que todavía estás pagando las consecuencias. Al menos, puede que yo pueda hacer algo al respecto.

Inclinando la cabeza, Coal presiona su boca sobre la mía. Su aroma y sabor masculinos me rodean. La intensidad de sus labios pone en alerta cada uno de mis agotados nervios, y mis manos se alzan para clavarse en los duros bíceps de él. Un instante después, un poder fantasma se agita en mi interior, reflejando la repentina hinchazón de mis pechos y una necesidad acuciante en mi bajo vientre. El dolor punzante de mi tobillo se calma. Una energía que es un eco de la magia de Coal infunde nueva fuerza a los músculos cansados, enmascarando el dolor y las molestias.

—Coal. —La áspera reprimenda de Shade hace que la mano de Coal se enrede en mi pelo mientras se detiene para levantar una ceja al cambiante. Detrás de mí, Shade gruñe suavemente.

Yo también.

—Hay un coste en que ella haga eco de tu magia. —El macho, normalmente apacible, suena como el lobo que es. Un depredador defendiendo su territorio; no a mí, sino mi bienestar—. El cuerpo de Lera hará eco de tu fuerza y curación por un tiempo, y luego se derrumbará aún más que ahora. Cualquier otra reparación debe hacerse a la antigua usanza hasta que su cuerpo se recupere. Déjamela a mí.

—Vuelve a tocarla y a pincharla ahora mismo y la mortal te dará un puñetazo —dice Coal con calma—. Y yo la ayudaré. Vete.

Un gruñido y un destello de luz son la única respuesta de Shade. Sin embargo, mientras la boca de Coal desciende sobre la mía, alcanzo a ver a un lobo gris levantando la pata para orinar sobre la vaina de Coal, con el hocico negro echado hacia atrás sobre unos largos dientes blancos. Enredando mis manos en el pelo de Coal

antes de que pueda darse cuenta, respondo a su beso exigente con una fuerza propia. Nuestras lenguas chocan dentro de nuestras bocas unidas, la batalla hace que mis caderas se presionen contra la dureza de Coal, mi cuerpo cantando con una nueva fuerza.

El último pensamiento coherente que tengo antes de liberar a la bestia que despierta en mi interior es darme cuenta de que no he visto a Tye en horas. Alejo la preocupación por él, el dolor, las preguntas, y simplemente me permito vivir en el ahora un poco más.

TYE



Apoyado en la valla de madera, Tye dejó que la brisa le apartara el pelo de la cara. Lejos de los preparativos para la partida que se estaban gestando, el ring de entrenamiento, lleno de arena, estaba en silencio, a excepción del leve silbido del viento. De eso y de los fantasmas.

No había podido llegar hasta ella. No pudo atravesar el escudo estático por su magia impenetrable. Ni saltarlo, por su propia deficiencia. Peor aún, todo el percance había sido culpa suya. Tye conocía la fuerza de su magia, la naturaleza salvaje que albergaba y que rivalizaba con la de cualquier semental. No, «semental» era un término demasiado domesticado. La magia de Tye tenía las necesidades viscerales del tigre sin ninguna de las salvaguardias del varón fae. Eso era con lo que le había hecho lidiar a Lera mientras se contenía de realizar el único acto que podría haberla ayudado a controlar esa fuerza.

Lera había resultado herida. Y no era la primera vez que alguien a quien Tye apreciaba salía herido por culpa de sus decisiones.

Mientras clavaba los dedos en la valla, Tye se quedó mirando la barra fija que alguien había arrastrado desde la zona de prácticas hasta este lugar en desuso. Incluso de pie junto a la valla, Tye podía sentir la suave flexión de la barra, oler la magnesia que siempre lo ensuciaba todo por mucho cuidado que se tuviera, saborear la

euforia de volar por los aires, con su magia y sus músculos cantando al unísono. Todo estaba ahí, al alcance de la mano.

Un trozo de queso en una ratonera.

El sonido de unos familiares pasos arrastrados a su espalda fue tan inesperado como inevitable. Tye seguía sin entender cómo Elidyr había logrado entrenar en flex, si parecía incapaz de caminar bien sin un caballo bajo él. Demonios, Tye ni siquiera lo creería posible si no lo hubiera visto competir en persona.

Elidyr había competido en el circuito de flex-aire, como Tye lo había hecho en el de flex-fuego. En su apogeo, el anciano había estado varios niveles por debajo de Tye, pero eso en sí mismo era un logro que pocos podían reclamar. En cuanto al nivel en el que Tye había estado, bueno, las cosas se veían muy diferentes desde allí arriba.

Apoyándose en la valla junto a Tye, Elidyr dejó que el semental que sujetaba pastara la hierba exuberante.

—¿Lo echa de menos? —le preguntó, sujetando una larga brizna de heno entre los dientes.

De poco servía fingir que no lo entendía, así que Tye no se molestó.

—No.

—Juraría que lo vi disfrutando ahí por un momento, antes de que empezara la clase —dijo Elidyr con tono pausado, y una sonrisa surcó su rostro ovalado y bronceado—. Realizando su rutina en el aire, desafiando a la muerte, exhibiendo el control y la precisión totales de su poder.

—Sí. —Tye se dio la vuelta y se apoyó en los brazos—. A cualquier otro le habría dicho que se fuera a paseo, fuera anciano o no. Pero usted vivió y respiró este deporte durante un siglo, y el peso de la cortesía profesional me hizo atender sus preguntas más tiempo de lo que lo habría hecho con otro. —Pero supuse que me preguntaba si echaba de menos el estilo de vida, no dar unas cuantas volteretas cuando nadie mira.

—¿Y no es así?

—¿Acaso echo de menos pasar diez horas al día entrenando, la mayor parte del tiempo sufriendo una agonía u otra? ¿Escuchar al

sanador advertirme una y otra vez que, si sufro una lesión más en el hombro, la magia o la columna, no habrá poder suficiente en Lunos para recomponerme? ¿Que me llamaran imbécil de tres formas distintas una y otra vez?

—Je. —Elidyr chasqueó la lengua—. Desde donde lo veíamos los demás, estaba usted a un paso de ser un dios. No había un solo atleta allí que no adorara el suelo que pisaba. Que no hubiera cambiado cualquier cosa por ser usted.

—Sí, bueno, siempre parece más glamuroso desde fuera. —Sobre todo porque, al final, ni su habilidad ni su entrenamiento habían importado—. Se acabó la autocompasión. ¿Qué puedo hacer por usted?

El semental alazán de Elidyr le dio un empujoncito en la cadera, frotándose contra él con fuerza suficiente para haber derribado a un ser inferior. El anciano irguió los hombros y miró fijamente al caballo hasta que este retrocedió y bajó la cabeza.

—Mejor. —Elidyr le rascó la cabeza al animal antes de volver a centrar su atención en Tye—. Se me ha ocurrido que le debo una disculpa. Que tal vez, cuando ayudé a forzarlo a enseñar flex a los aprendices, no comprendí del todo las heridas que reabriría.

—Yo era un iniciado de la Ciudadela. Su orden era totalmente lícita. —Tye alzó el rostro al viento—. No hay nada por lo que disculparse.

Elidyr chasqueó la lengua.

—Algo pasó justo antes del campeonato al que nunca llegó.

—Todo Lunos sabe lo que pasó, Eli. Me emborraché lo suficiente como para que me metieran en una celda y perdí mi turno de salida.

—Mmm. —Elidyr emitió un sonido evasivo, con la atención de nuevo en el caballo, acariciándole el cuello distraídamente con una mano callosa—. Oí algo de eso. Se me ocurrió, después de verlo dar clase, que quizá había algo más. Que tal vez sus hermanos de quinta saben tan poco de la verdad como yo.

Tye se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de montar de cuero y sonrió. Puede que Coal pensara que el silencio meditabundo era la forma más eficaz de quitarse de encima a los

cabrones entrometidos, pero, en realidad, la arrogancia funcionaba mucho mejor.

—Le aseguro que mis hermanos de quinta saben más de mi pasado que mi propia madre. —Le lanzó una mirada de complicidad al otro varón—. De hecho, creo que la idea de hacernos pasar dos pruebas extra para compensar mis indiscreciones fue idea suya. Espero no habérselo agradecido nunca por accidente.

La carcajada esperada no llegó. Mal asunto. Dentro de los bolsillos, las manos de Tye se cerraron en puños.

—Debería contárselo a ellos —dijo Elidyr, colocando las riendas del caballo en su sitio y montando con ligereza en la silla—. Al menos a esa hembra suya.

Tye apretó la mandíbula, y la ira afloró un instante antes de que hubiera podido librarse.

—Usted y Klarissa hicieron un buen trabajo aireando mi vida personal a los cuatro vientos. Me perdonará si no quiero sus consejos sobre qué más debería hacer.

—Tye… —empezó Elidyr, pero Tye se adentró en la Penumbra y ahogó la voz del anciano.

LERA

No me doy cuenta de lo oprimido que he tenido el pecho hasta que respiro por primera vez esa libertad con aroma a pino. La silla de Sprite se mueve bajo mi peso mientras los silenciosos goznes de la intrincada verja metálica de la Ciudadela se cierran a nuestra espalda y el muro, de un blanco cegador, se alza sobre nosotros. A pesar de ser apenas audible, el chasquido de la cerradura retumba en mi interior como un trueno. En el de todos.

Me muerdo el labio mientras observo a mis machos reunirse a unos pasos de distancia, en la pendiente irregular. El camino de tierra compacta desciende serpenteante ante nosotros, flanqueado por brillantes arces y fresnos, con el trino de pájaros ocultos por todas partes. Parece que fue ayer cuando los cinco subimos por aquí, seguros de que nos iríamos en cuestión de días para hacer lo que nos viniera en gana, no que partiríamos semanas más tarde para destronar a uno de los machos más poderosos de Lunos.

Shade, que viaja en su forma de lobo, mantiene la distancia con los caballos, pero aun así estos patean el suelo, resoplando, ansiosos por ponerse en marcha. Los sementales de los machos están majestuosos bajo el sol del atardecer, con la cabeza alta y sus poderosos músculos vibrando de orgullo y energía. Igual que los machos que los montan. Los machos que fueron a la Ciudadela por mí. Los que se arrodillaron e inclinaron la cabeza para aceptar runas, pruebas y humillaciones que deberían haber quedado siglos atrás.

Solo ahora que nos vamos de la Ciudadela siento de verdad la magnitud de su sacrificio.

—¿Ocurre algo, pequeña? —me pregunta Tye a voces por encima del viento. La brisa fresca le aparta el pelo rojo de los ojos: verdes, traviesos y teñidos de una tristeza que no logro descifrar. El macho ha aparecido en el establo hace solo un momento, dedicándonos a todos su sonrisa socorrona y un simple «Bueno, ¿a qué esperamos?». Pensé que el trueno en la mirada de River podría haber derrumbado el edificio sobre nosotros; ya se estaba preparando para registrar la Ciudadela él mismo.

Asiento con la cabeza mientras contemplo las ondulantes copas de los árboles y las escarpadas montañas que nos rodean. Y mucho más abajo, en el valle, los verdes prados y los densos bosques se extienden por las tierras neutrales hacia Slait. La naturaleza en su magnificencia más pura. Espoleo a Sprite hasta colocarla junto al pelirrojo, le cojo la mano y me la llevo a la cara, frotando mi mejilla contra sus ásperos nudillos. —Tye...

—Coge las riendas, mortal, o te juro que te llevaré con una maldita cuerda —dice Coal, y su voz se interpone entre Tye y yo.

Le dedico un gesto grosero a Coal, pero cojo las riendas de cuero. Con eso, River acelera el paso y nos guía hacia casa.

* * *

A SOLO UNAS millas de la Ciudadela, la otra razón de River para insistir en que viajáramos solos por las montañas se vuelve evidente. Cuando nos adentramos en el espeso bosque que cubre la cordillera, Tye frena junto a Coal y se baja de la silla de un salto, entregándole su caballo al guerrero vestido de negro.

—¿Adónde...?

River niega con la cabeza, con expresión preocupada.

Se me oprime el pecho, y el dolor es aún más agudo cuando, sin siquiera mirarme, Tye desaparece entre los pinos. Unos instantes después, una luz brillante destella entre las ramas y el crujido de las hojas al paso de un gran tigre que corretea por el bosque llega hasta

nuestro pequeño claro. Las manchas naranjas entre el verde pasan fugazmente como estrellas en un cielo nocturno. Contemplo los puntos brillantes mientras se alejan y solo me doy cuenta de que me he quedado rígida cuando el caballo que tengo debajo piafa, descontento.

—Lo siento, bonita. —Con los ojos todavía fijos en el bosque, me bajo de la silla de un salto y aterrizo en la tierra compacta; mis músculos se quejan en señal de protesta. Después de no haber montado en la Ciudadela, incluso la última hora sobre la silla me ha pasado factura.

—¿Piensas ir andando a Slait? —pregunta Coal.

—¿Y tú piensas ser un gilipollas hasta Slait o estás equilibrando alguna balanza cósmica entre ser una persona normal y un cretino integral que tu beso ha desestabilizado? —le espeto, viendo cómo su mandíbula, de rasgos afilados, se tensa al mencionar el beso. Ante la condena, afilada como un puñal, en la mirada amarilla del lobo, clara incluso a diez metros de distancia.

Genial. A menos de un día de la Ciudadela, y un macho se larga a corretear por el bosque sin dar una mísera explicación mientras otro vuelve a encerrarse en sí mismo, probablemente por deferencia a alguna lógica idiota de «proteger a Lera de mí mismo». Me froto los ojos con la base de las palmas de las manos y me concentro en el murmullo de un río cercano. —Olvídalo. Iré a llenar los odres mientras esperamos. ¿Quieres darme el tuyo?

Coal resopla. —Primero, lo que oyes es agua salada de un manantial de los Acantilados Blancos. Segundo —levanta los dedos como si le preocupara que fuera demasiado tonta para seguirlo—, Tye no volverá hasta dentro de una semana, como mínimo. Y tercero, o vuelves a subirte a la silla o caminas, pero no vamos a detenernos aquí mucho más tiempo.

—¿*Una semana*? —Se me seca la boca cuando River asiente, dándole la razón.

—Hay pocos lugares seguros para que el tigre de Tye campe a sus anchas —dice River, con la atención puesta en el bosque—. Y ha pasado demasiado tiempo sin hacerlo. Creo que podría ser una de las razones por las que ha estado tan... raro últimamente. Ya que

estamos aquí, más vale que aprovechemos el tiempo. —Espolea a su caballo para que avance y se vuelve al ver que no lo sigo de inmediato—. Vamos, Leralynn. Es probable que la bestia se quede en nuestras inmediaciones mientras avanzamos —más o menos—, pero quiero poner la mayor distancia posible entre nosotros y la Ciudadela antes de que acampemos para pasar la noche, por si se aleja mucho.

Ahora que no estamos dentro de los altos muros de la Ciudadela, veo que River se ciñe aún más su capa de comandante. Estamos sueltos en las peligrosas tierras neutrales y el peso de nuestra supervivencia aquí recae sobre sus hombros, demasiado tensos.

Para cuando River por fin ordena detenerse, la predicción de Shade sobre los efectos de la magia de Coal en mi cuerpo se hace realidad con creces. Me agarro a la silla para no caerme mientras Sprite camina, y no me doy de bruces al desmontar solo porque Shade me baja del caballo, asegurándose de que Coal lo vea. La mandíbula del guerrero rubio se tensa y casi puedo ver cómo el muro a su alrededor se hace más alto. Los inútiles y castigadores pensamientos que no puedo hacer que deje de pensar. *Lera está herida. Culpa mía. Culpa mía. Culpa mía.*

—Basta ya. —Le doy un empujón a Shade en el pecho. Pierdo el poco equilibrio que mis piernas temblorosas me concedían. Me caigo justo delante de las botas de Coal y casi me vuelvo a torcer el tobillo en el proceso.

Capto un destello de alarma en los ojos de Coal, que él oculta con la misma rapidez. Se agacha para ayudarme a levantarme, pero Shade se lo impide con un brazo.

—La próxima vez que te diga lo que puedes o no puedes hacer con mi paciente, me escucharás —dice Shade, y su murmullo silencioso está tan lleno de autoridad como el de River. Espera un instante, dejando que la orden cale—. Recoge leña. La necesitaremos esta noche.

Abro la boca para protestar, pero Coal se ha ido antes de que pueda articular palabra. Mi cuerpo se rinde a los temblores a pesar de todo lo que hago para controlarlos. River me envuelve en una capa y me guía hasta una cueva en la montaña que, para mis ojos

de mortal, no parece más que una enorme mancha negra. Paso las manos por la pared húmeda, inhalando el olor a tierra y musgo. Para cuando Coal regresa con la leña y enciende un fuego rápidamente, estoy acurrucada contra la pared de la cueva, manteniendo la boca cerrada mientras Shade me examina el tobillo y varias de las heridas más profundas, tomándose cada corte agravado como una afrenta personal.

—¿No puedes hacer nada por ella? —le pregunta River a Shade, sentándose a mi lado y rodeándome con un brazo.

—Si te refieres a usar magia, nada que no empeore las cosas a largo plazo. —Shade me aparta un mechón de pelo de la cara y sus ojos amarillos se suavizan—. Puedes forzar a un cuerpo a curarse más rápido, igual que puedes espolear a un caballo para que galope más deprisa... pero solo hasta cierto punto. No pasa nada porque necesites descansar un poco, cachorra. Nadie espera que finjas que la prueba nunca ocurrió, que no estás dolorida. ¿Vale? ¿Puedes dejarnos abrazarte una noche?

—No te molestes en responder —dice River, acercándome más a su costado. Su calor y su fuerza me envuelven—. Voy a abrazarte tanto si me dejas como si no.

Todavía estoy sentada cuando me quedo dormida.

* * *

Me despierto con el pesado brazo de River rodeándome, la tenue luz del amanecer apretando mis párpados y el olor a sangre llenándome la nariz. Ya estoy tan acostumbrada al olor cobrizo de mis propias heridas que por un momento me acurruco más profundamente en el pecho desnudo y cálido de River, y sus músculos lisos se tensan a mi alrededor. Entonces el olor a sangre me golpea de nuevo, más fuerte.

Abro los ojos, me quedo mirando un par de ojos vidriosos y muertos, y grito mientras mi mente todavía procesa la escena. Coal se pone en pie de inmediato, espada en mano, con el pelo rubio suelto sobre los hombros tensos. Con el corazón desbocado, me

incorporo para contemplar el conejo recién cazado que uno de los cabrones juveniles ha decidido dejar a centímetros de mi cara. —¡Shade!

—Yo no he sido. —Shade parpadea, con sus largas pestañas, desde su sitio en la boca de la cueva—. Habría traído un par por lo menos. ¿Tan mal cazador crees que soy?

Le lanzo el conejo muerto al pecho del cambiante, me pongo las botas y bajo a un arroyo cercano, que al menos tiene agua fresca, aunque helada. Entre Tye, que se ha largado a correr, la personalidad de sanador con aires de «ya te lo advertí» de Shade y Coal, que se retrae más con cada hora que pasa, mi sentido del humor se está llevando una paliza de mil demonios. Quizá haya alguna planta por ahí que les pique a los lobos. Sí, esa habría sido una forma mejor de empezar la mañana.

Saboreando esa posibilidad, cojo agua con las manos ahuecadas y me salpico la cara rápidamente. El frío glacial me atenaza los pulmones de inmediato y tardo varias respiraciones en poder volver a mirar el arroyo. En el agua cristalina, mi propio reflejo me devuelve la mirada.

Esa, y la cara peluda de un tigre de ojos verdes.

LERA



Conteniendo la respiración, me giro lentamente. Muy, muy lentamente.

Da un paso adelante, el tigre deja caer una liebre muerta a mis pies y se dirige al agua, bajando la cabeza para beber del riachuelo hasta saciarse.

Trago saliva. —¿Tye? ¿Puedes entenderme?

Ninguna respuesta, salvo el vaivén rítmico de su cola de punta negra.

—Me lo tomaré como un no —mascullo, retrocediendo un paso, y luego otro.

La cabeza del tigre se alza y se vuelve hacia mí, la luz del sol esculpe los ágiles músculos bajo su pelaje aterciopelado. Sus ojos verdes se entrecierran, clavándose en mí, se desvían un instante hacia la liebre que he dejado intacta y luego vuelven perezosamente al agua, donde sigue bebiendo.

No vuelvo a ver a Tye mientras ayudo a recoger el campamento y tengo un combate de entrenamiento con Coal, que por el momento solo parece dispuesto a conversar conmigo a través de espadas de práctica; que hoy no golpean ni rápido ni fuerte. Para cuando estamos montados, Czar parece haber absorbido suficiente del humor de su jinete como para lanzar dentelladas a cualquiera que cabalgue a su lado, incluida la pobre Sprite. Manteniendo a la yegua

a distancia, examino el camino en busca de cualquier señal de compañía felina. No hay ninguna.

Hasta esa noche, claro, cuando vuelvo al campamento después de hacer mis necesidades y me encuentro un ciervo muerto encima de mis alforjas.

La bilis me sube por la garganta al ver la viscosa sangre del ciervo empapando mis alforjas y la ropa de dentro. —Oh, estrellas. —Me tapo la boca con las manos, intentando no inhalar el denso olor a cobre—. Qué asco.

Shade aparta el cadáver de mis cosas, sus brazos desnudos apenas se esfuerzan. —¿Eso es la cena a domicilio?

Cojo una piedrecita del suelo y se la lanzo con todas mis fuerzas al hombro de Shade. El macho encaja el golpe con un gruñido y una sonrisita. —¿Entonces no lo vas a desollar tú?

Negándome a dignificar al cabrón con una respuesta, saco la ropa empapada en sangre de mis alforjas y, como no quiero contaminar el pequeño arroyo de agua potable, me pongo en marcha hacia el río, bien abajo del campamento. Con el cielo despejado, River ha optado por pasar la noche en el espeso bosque en lugar de en las opresivas cuevas de la ladera, lo que —hasta ahora— iba a significar menos caminatas ladera arriba y abajo.

—Te queda como una hora de luz —me grita Shade a mis espaldas—. Ten cuidado.

—De algún modo me las he apañado para saber cuándo se pone el sol antes de conocerte, Shade —le grito por encima del hombro al sobreprotector macho—. Al menos Tye ha elegido el atardecer para dejar su ofrenda, lo que significa que la colada tiene una oportunidad de secarse durante la noche. O eso, o convertirse en placas de hielo.

Esquivando ramas de pino espinosas y rocas del tamaño de un caballo, llego por fin al agua, que corre veloz sobre piedras lisas. Con el vasto horizonte a un lado y una gran montaña nevada alzándose al otro, la belleza de Lunos se posa como un chal sobre mis hombros. Tras encontrar una roca lo bastante grande para extender mis cosas y lo bastante metida en el río como para poder alcanzar el agua que fluye rápida sin tener que meterme en ella,

dejo la colada a mi lado. Tres camisas y dos pares de pantalones, todo empapado de sangre de ciervo y…

Mi pie resbala en una zona húmeda de la roca y lanzo los brazos hacia delante. Apenas logro evitar caer al agua, pero aun así aterrizo sobre la ropa sucia. —Maldita sea. —Respiro entrecortadamente mientras examino mi antebrazo izquierdo, que me escuece. Un largo corte sangriento lo recorre desde la muñeca hasta el codo. Para colmo de males, la sangre del ciervo me está empapando los calzones. Llevándome la herida a la boca, me siento sobre los talones y gruño al cielo frío.

Un animal me devuelve el gruñido.

—Ahora no, Tye —digo sin darme la vuelta—. Eres, al menos en parte, responsable de todo esto, ¿sabes?

A mi espalda, el gruñido se repite, esta vez con el *clic, clic, clic* de unas garras contra la piedra. Luego… nada.

Un escalofrío me recorre la columna, el murmullo del río se torna de repente demasiado silencioso. —¿Tye? —Saco el cuchillo de la vaina de mi muslo, me levanto y me giro lentamente.

El tigre está ahí, a dos pasos.

—Estrellas, gato, pensaba que era otra persona —digo, dejando que los familiares ojos verdes y el movimiento de su cola calmen mis nervios mientras vuelvo a envainar la hoja.

Las fosas nasales del tigre se dilatan, sus ojos se entrecierran, clavándose en las gotas de sangre que caen de mi brazo. En la sangre de ciervo que impregna mi olor. La cola deja de moverse. Sus orejas se erizan y se quedan quietas.

Trago saliva. Un fino temblor de miedo me recorre, mis músculos se despiertan con la necesidad de estar en otro lugar. Ahora.

El tigre avanza, sus enormes fauces de dientes blancos relucen bajo la luz del atardecer. Una gran lengua rosada sale disparada para lamer una nariz que se contrae. El chasquido de las garras en la piedra reverbera por mi cuerpo mientras la atención del depredador se centra de nuevo en mi sangre. Cuando el tigre suelta un rugido, este tiene un sonido diferente. Uno que no he oído antes.

Trazando mi ruta de escape, me deslizo lentamente hacia un lado.

El tigre cambia su peso para bloquearme el paso, sus penetrantes ojos verdes no se pierden nada.

Detrás de mí, el río helado y caudaloso golpea contra las rocas. Delante, hay un muro de garras, dientes y músculo. *¿Luchar o paralizarme? ¿Luchar o paralizarme?* Contengo la respiración. *¿Luchar o…?—*

Mi bota pisa la tela, el tejido húmedo se desliza sobre la piedra resbaladiza. Apenas registro el destello de pelaje naranja en el tiempo que tardo en caer.

El dolor de mi cadera al golpear la piedra no es nada comparado con la agonía de la mandíbula del tigre cerrándose alrededor de mi hombro, sus grandes dientes hundiéndose profundamente en el músculo.

El dolor explota en mi hombro y me muerdo los labios para no gritar. Puede que el tigre de Tye me deje vivir, pero es poco probable que extienda la misma cortesía a mis machos, si es que vienen. Reuniendo todas mis fuerzas, intento quitármelo de encima a patadas, mi pie golpeando músculos macizos.

Sin inmutarse, el tigre se da la vuelta y me arrastra, mis botas rebotan contra las piedras lisas. Levanto el otro brazo y me aferro al pelaje de su cuello, intentando aliviar la presión de mi hombro. Entre el dolor y las gruesas extremidades del tigre, algunos destellos de la orilla me muestran que nos alejamos del río hacia la oscuridad de la montaña. El fuego me abrasa el hombro con cada sacudida, hasta que, varios pasos después, mi cabeza golpea una piedra y el mundo se desvanece.

LERA

La consciencia me inunda como un sueño, llenándome la nariz con los olores de una cueva cubierta de musgo, pelaje de animal y sangre. Al entreabrir los ojos, veo la luz del atardecer brillando más allá de la entrada, tan cálida y dorada como antes. No he estado inconsciente mucho tiempo, entonces. Solo lo suficiente para que el tigre de Tye me haya arrastrado hasta… dondequiera que sea esto.

Aprieto la mano contra mi hombro, que me duele a rabiar, y me aparto el cuello de la túnica. No sé cómo, pero parece que me ha arrastrado hasta aquí sin desgarrar ni romper nada demasiado vital. Moretones de un azul oscuro, morado y rojizo florecen sobre mi pecho y clavícula, y desaparecen alrededor de mi hombro.

Terminado el examen, miro lentamente a mi alrededor. La cueva tiene unos tres metros de profundidad y es lo bastante alta como para que pudiera ponerme de pie, si consiguiera hacerlo. A un paso de distancia, el tigre de Tye está sentado sobre los cuartos traseros y me observa.

—¿Es esta tu guarida? —mascullo—. Y, lo que es más importante, ¿estoy aquí como amiga o como cena?

El tigre abre las fauces y ruge de nuevo, ese mismo sonido antinatural que he oído antes. Ese que me sacude hasta la médula, especialmente ahora que retumba en las paredes, rodeándome con

su fuerza. Violencia, sí, la hay, pero mezclada con algo mucho más aterrador. Deseo.

Nada bueno. El fuego de mi hombro se reduce a una voz insistente en el fondo de mi mente mientras repaso mis opciones a toda prisa. Busco en mi interior cualquier chispa de la magia de Tye. Nada. El tigre de Tye no utiliza la magia como lo hace su forma fae, y no hay nada que mi cuerpo pueda reflejar. Bien. Extendiendo lentamente el brazo sano, busco a tientas una piedra de buen tamaño y la agarro con los dedos.

—Tranquilo, Tye. —Le hablo con voz grave y tranquilizadora, como si calmara a un caballo asustadizo. Apoyándome en las piernas, me pongo de rodillas—. Solo voy a salir. —Como el tigre no se mueve, me atrevo a empezar a levantarme.

El tigre de Tye ruge de nuevo, arañando el suelo con una de sus patas delanteras; un brillo febril consume sus grandes ojos verdes. Se me corta la respiración cuando el tigre se levanta, con el lomo erizado, su virilidad colgante y pesada por la excitación.

Un terror gélido recorre mis nervios, el corazón me late tan fuerte y rápido que el cuerpo me tiembla con cada latido. Cuando el tigre da el primer paso hacia mí, le lanzo la piedra a la cabeza y salgo disparada hacia la salida.

Un aullido de dolor me oprime el pecho y no puedo evitar detenerme. Darme la vuelta. Sentir que el ácido me sube por la garganta al ver la sangre empapar el precioso pelaje de Tye, tiñendo de rosa y rojo los mechones blancos de sus orejas. —¿Estás bien?

El tigre me lanza un zarpazo, con las garras fuera y afiladas.

Me aparto de un salto, saco mi cuchillo y lo sostengo entre el depredador y yo. Me escuecen los ojos, el terror me ahoga. *Error*. Ha sido un error de bulto dudar. El arma en mi mano tiembla, pero se mantiene firme.

El tigre de Tye se deja caer sobre los codos, con la cola en alto. Sus ojos verdes brillan con necesidad y placer. Al depredador le gusta el juego. Sabe exactamente cómo quiere que acabe. Y al siguiente latido, se abalanza.

Siento cómo el cuchillo se hunde en el músculo antes de que la enorme fuerza del tigre me lo arranque de la mano. Caigo de

espaldas, con las anchas zarpas del tigre clavándome al suelo y su aliento caliente en mi cuello.

—¡No! —grito con todo el aliento que me queda—. ¡No, Tye, para! ¡PARA!

El destello de luz es tan brillante que me hace daño en los ojos. El peso que tengo encima desaparece de inmediato, y la forma fae de Tye se aparta de mí rodando, con su hermoso rostro de un blanco cadavérico. Un manchón de sangre le apelmaza el pelo justo encima de la oreja puntiaguda y otro más grande empapa el pecho de su camisa verde, donde debió de clavarse el cuchillo. Sus atormentados ojos verdes se encuentran con los míos mientras retrocede, paso a paso, hasta que choca contra la pared de la cueva.

Me inunda un alivio tan intenso que me deja mareada.

—Tye —jadeo, incorporándome hasta quedar sentada. Espero a que venga hacia mí.

Tye se desliza por la piedra hasta que sus rodillas tocan la tierra. Con las manos curvadas como garras, se cubre la cara, dejando que la herida del hombro gotee sin parar. —Lo siento. —Su voz tiembla, sus dedos se aferran a su pelo—. Estrellas. Estrellas. Estrellas. —Las palabras salen en un susurro, cada una más frenética y desesperada que la anterior—. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

—Tye. —Gateo hacia él, apartándole las manos de la cara hasta que puedo ver sus ojos brillantes—. El tigre no eres tú. Lo sé. No es culpa tuya que no puedas controlarlo.

Tye resopla con amargura. —Pero lo es, muchacha. —Se libera de mi agarre y se aprieta tanto contra la pared que parece que intenta escapar a través de la piedra—. ¿Crees que puedes volver con los demás? No deberías tener que estar cerca de mí.

—Tomaré mis propias decisiones. —Suspiro, sintiendo que las fuerzas me abandonan. Me acerco a su camisa empapada de sangre y me detengo—. Si te hago daño, ¿hay alguna posibilidad de que tu tigre vuelva y me ataque por ello?

—No. —Es un susurro. Las lágrimas que llenan los ojos esmeralda de Tye se desbordan, deslizándose silenciosamente por sus fuertes mejillas. Su salpicadura de pecas, normalmente ocultas,

resalta contra su pálida piel. Cuando se las seco con el dorso de la mano, el fae se aparta con un respingo.

—No hagas eso. —Lo agarro por el hombro ileso—. No te apartes de mí. Ya hemos pasado por esto con el lobo de Shade…

—Esto no es como lo de Shade —dice Tye con voz sombría.

—Explícamelo. —Rasgándole la túnica, examino la puñalada en la parte superior de su pecho, justo en la base del hombro. El mío me arde en señal de protesta, pero el dolor parece más una agonía general que la anormalidad de una verdadera lesión, gracias a las estrellas… o al tigre. El gran felino pretendía capturarme y aparearse, no matarme.

—Mi tigre no intentó aparearse contigo. Lo intenté yo. —Tye sisea de dolor, pero se mantiene inmóvil como una roca. Por el sangrado oscuro y lento, creo que la hoja no ha tocado ninguna arteria principal, aunque la visión de la carne desgarrada es suficiente para que se me revuelva el estómago. Cuando presiono un trozo de camisa hecho un ovillo contra la herida, las manos del fae se aprietan contra la pared de piedra—. Te deseaba tanto que mis necesidades se filtraron a través del muro que separa al tigre de mí. El animal sintió mi deseo y actuó en consecuencia para complacerme, aunque abandoné a la bestia hace siglos. —Tye traga saliva; el esfuerzo por mantener sus ojos fijos en mí parece consumirle el cuerpo. La vergüenza empaña sus perfectos rasgos, haciendo que las lágrimas me quemen en la garganta—. Y tenía tan poco control sobre la bestia que no pude detenerlo.

Intento procesar las palabras de Tye, pero solo encuentro confusión. Si el fae de verdad quisiera aparearse conmigo, no me habría rechazado una y otra vez. Aprieto la mandíbula. Tye ha escogido un mal momento para mentir. Retiro las manos. —Tú eres el que se ha mantenido alejado de mí.

—Te mereces algo mejor que yo, muchacha. Soy… —Tye se tensa, pasando de herido a depredador en un instante—. Alguien se acerca. —Con la mirada fija en la entrada de la cueva, me empuja detrás de él.

—¡Lera! —La voz de Shade se oye unos instantes antes de que aparezca el propio cambiante, que mira con el ceño fruncido el

interior de la cueva. Está sin camisa y reluciente de sudor, y casi le sale vaho en el aire que se enfría rápidamente. Su pecho bronceado y esculpido sube y baja con respiraciones rápidas—. ¿Tye? Me ha parecido oír un grito.

—Sí, así ha sido. —Tye relaja los hombros y se aparta, abriendo la línea de visión entre Shade y yo—. Menos mal, además. La muchacha está herida.

—Ya lo huelo. —Las fosas nasales de Shade se ensanchan y me estremezco al pensar en todo lo que el fae podría estar oliendo. Sangre, sin duda. La de Tye y la mía. ¿Algo más? Shade aprieta la mandíbula—. ¿Cómo?

—Yo. —Tye levanta la cabeza y se acerca a Shade. Provocándolo para que le dé un puñetazo. Para que me aparte de su lado.

—Basta ya, Tye —le digo.

El fae me ignora. Da otro paso hacia la entrada… hacia los puños de Shade. —He herido a tu pareja, Shade.

Se me encoge el estómago.

Con un esfuerzo visible, Shade retrocede un paso, agarrándose con una mano a la parte superior de la cueva. —¿La has herido, cabrón? Pues arréglalo. —La tensión en la cara del cambiante me llama, pero cuando empiezo a caminar hacia él, niega con la cabeza y se aparta aún más—. No te acerques más por ahora, cachorra. Por favor. Voy a… —Los dedos de su mano libre forman un puño, que se mete en el bolsillo—. Os veré a los dos mañana.

TYE



Tye se quedó paralizado mientras Shade se alejaba con paso pesado, sintiendo a la vez amor y desprecio por su hermano de quinteto por confiarle a Lera. Claro que Shade no sabía todo lo que había sucedido, la verdad que le provocaría pesadillas a Tye durante años. Lo peor era que no recordaba nada de cómo había ocurrido. El último recuerdo que podía evocar era adentrarse en el bosque, con el tigre de su interior tan desesperado por liberarse que Tye no se había atrevido a despedirse de la muchacha. Y entonces…

«No. ¡Tye, para! ¡PARA!». El tigre no había entendido las palabras, pero de algún modo sabía que eran importantes. Lo sentía. Y, superando sus propios instintos, el tigre cedió a la forma feérica de Tye. Era un tigre realmente bueno, un tigre que merecía un compañero mejor que el imbécil que le había tocado.

La polla de Tye todavía palpitaba cuando cambió de forma y contempló a la aterrorizada mujer. Al siguiente latido, la comprensión de lo que casi había hecho le desgarró el alma.

—¿Molesta porque Shade no ha querido quitarme un peso de encima? —la voz de Lera atravesó el aire musgoso de la cueva, y el dolor en sus ojos de chocolate iba más allá de su ropa ensangrentada. Arañada, despeinada e insegura, la muchacha aun así conseguía parecer hermosa. Su largo pelo castaño caía suelto sobre sus hombros, sus suaves labios estaban rosados de tanto

mordérselos, y sus ojos, grandes y oscuros, contrastaban con su pálido rostro. Estrellas, solo con las curvas y la personalidad de Lera, estaba preciosa hiciera lo que hiciera.

Al darse cuenta de que lo que Lera estaba haciendo en ese momento era caminar hacia la salida de la cueva, Tye se interpuso en su camino. —Hubieras estado más segura y cómoda con…

—Dónde me siento cómoda no es algo que tú debas decidir —. Lera golpeó con su hombro el hombro herido de Tye mientras pasaba a su lado—. Acepto los instintos de un tigre, pero que intentes provocar a Shade para que te haga pedazos y así evitar pasar una noche conmigo es harina de otro costal.

—¡Lera! —a Tye se le hizo un nudo en la garganta cuando la forma en que ella se había tomado la conversación le penetró en el cráneo. Solo que ahora era demasiado tarde. La muchacha ya había salido de la boca de la cueva y en ese momento subía con cuidado por el sendero por el que Shade había desaparecido no hacía mucho —. Espera. Lera, no me refería a eso en absoluto.

Ella aceleró el paso.

Unos pasos más y no habría vuelta atrás, Tye podía sentirlo. Y la sola idea de perder a su Chica de las Lilas le infundió terror por toda la espina dorsal. —¡Lera! —corrió tras ella, y sus largas piernas cubrieron la distancia con facilidad. Una vez a su espalda, Tye mandó toda la prudencia y la sensatez al garete y rodeó a la muchacha con los brazos, atrayéndola hacia él.

La suave calidez de su pequeño cuerpo llenó un vacío sangrante en su pecho.

Ella le dio un codazo en las costillas. Fuerte. Maldito Coal y su maldito entrenamiento.

—Suéltame —dijo Lera, enunciando cada palabra.

Tye la giró, capturando su mirada llena de furia. —No —levantó la barbilla—. Saben las estrellas que hay un sinfín de razones para que te alejes de mí, pero esta no está en esa maldita lista. Así que elige una mejor o…

Lera le dio un puñetazo. Justo en el hombro, enviando cuchillos de dolor que le desgarraron el costado izquierdo. Mientras ella retiraba la mano para el siguiente golpe, Tye le agarró la muñeca a

medio movimiento, se encontró con su mirada encendida y capturó su boca con la suya, la necesidad carnal consumiéndole el cuerpo entero.

Lera tiró de su mano contra el agarre de Tye incluso mientras su boca se abría a su exigencia. El olor de su excitación lo golpeó tan fuerte como un rayo, endureciéndolo al instante, y cuanto más luchaba ella, más intensamente llenaba el aire su aroma húmedo. Incitado por ello, la lengua de Tye reclamó la boca de Lera, hundiéndose profundamente en su calidez para poseer cada centímetro, cada fibra. Tan cerca, Tye sentía los latidos acelerados del corazón de Lera, y el suyo propio retumbaba con fuerza en armonía.

Retirándose, Tye agarró la barbilla de Lera con su mano libre para estudiarle el rostro. Los labios de la chica estaban hinchados por el beso; los olores de la excitación y la furia, de la necesidad y el dolor, se mezclaban en un buqué que era solo *ella.*

—Ya he pasado por esto —las palabras que Tye nunca quiso decir salieron de su boca sin control. Leralynn podía tener cualquier pedazo de su alma que deseara. Y si no quería ninguno, Tye también necesitaba saberlo—. He herido a mi familia, he herido a mi tigre, y ahora te he herido a ti. Le pedí a Shade que te llevara porque soy infinitamente mejor creando problemas que solucionándolos. Y porque… —inspiró, contuvo la respiración y exhaló lentamente antes de hablar—. Está pasando algo que no entiendo. Algo de lo que quiero mantenerte a salvo.

Lera lo estudió; sus ojos grandes e inteligentes le atravesaron el pecho hasta llegarle al corazón. —¿Qué está pasando?

—Mi tigre está… resurgiendo, exigiendo más atención. Debería haberte hecho pedazos, muchacha. Realmente no tengo consciencia de la bestia. O al menos, no la tenía hasta… —le rozó los labios con el pulgar, saboreando su suavidad—. Hasta ti. De alguna manera, mi tigre supo que eras vital para mí, lo sintió con tanta fuerza que me lo hizo saber a *mí*. Fue la primera vez que nos comunicamos desde que intenté asesinar a la bestia en la niñez.

Lera se quedó inmóvil, con la atención tan centrada en Tye que a él se le paró el corazón. Tras un instante, su cuerpo se ablandó; su

disposición a darle a Tye otra oportunidad era tan valiosa como un fuego en invierno. —Cuéntamelo —dijo en voz baja—. Todo. Sin mentiras ni evasivas esta vez, Tye.

Soltándola, regresó a la cueva, oyendo los pasos ligeros de ella a su espalda, y se sentó en el suelo. Extendió la mano y el torniquete alrededor de su corazón se aflojó cuando la muchacha la tomó. Le permitió acercarla y saborear el calor de su cuerpo mientras confesaba la verdad que nunca antes había expresado. Ni siquiera a sus hermanos de quinteto.

—El vínculo entre la forma feérica y la animal de un cambiante es sagrado, pero tarda mucho en desarrollarse, sobre todo durante los años de potro. Es entonces cuando el cambio madura y pasa de ser un instinto ciego a una asociación.

—Pero la tuya nunca pasó del instinto —dijo Lera, con su dulce voz vibrando contra el pecho de él—. ¿Te pasó algo?

El cuerpo de Tye se tensó; la pregunta le dio en el centro del corazón. —No. Quizá si me hubiera pasado algo, todo lo que siguió no habría sido culpa mía. Pero no. Todo lo que ocurrió fue cosa mía —suspiró; el corazón se le aceleró aun sabiendo que era tarde para echarse atrás—. Yo quería entrenar en flex. Tenía talento para ese deporte, estaba embriagado por la emoción. Por las posibilidades que podía ofrecer. Mi familia es… bueno, lo contrario a la de River. Mis victorias en flex iban a cambiar nuestra fortuna.

Tye cerró los ojos y los vítores de multitudes fantasmales le llenaron los oídos. —Una vez que me lo propuse, el entrenamiento se convirtió en todo mi mundo, y no podía permitir nada que interfiriera. Incluidos los cambios que mi cuerpo necesitaba para madurar —tragó saliva, sintiendo que las palabras que nunca podría retirar le subían por la garganta—. La primera vez que cambié de forma, me perdí el entrenamiento por culpa de ese maldito tigre. Y supe que iría a peor, que el animal seguiría robándome tiempo, que el cambio afectaría a mis músculos y a mi magia, tan bien afinados. El tigre amenazaba mi futura gloria, y eso significaba la guerra.

—¿Una guerra contra ti mismo? —dijo Lera.

Tye se encogió de hombros. —Contra aquello en lo que mi cuerpo se estaba convirtiendo. No podía ser un cambiante *y* un

campeón del reino en flex. Así que intenté cortar el vínculo. Hierbas, magias, cualquier cosa. Algunas eficaces, todas peligrosas. No conseguí matar al tigre del todo, pero hice un trabajo excelente destrozando el vínculo hasta dejarlo irreconocible. Retrasé los cambios de mi cuerpo lo suficiente para ganar los campeonatos. Para cuando maduré, había pasado tan poco tiempo en mi forma felina que ni siquiera mantenía mi propia consciencia.

Lera le pasó los dedos por el pecho y dudó sobre su corazón palpitante. Él se estremeció ligeramente. —¿Alguien más lo sabía?

—Mis entrenadores, pero estaban dispuestos a ayudarme a reprimir a mi tigre. Tenía demasiado talento. Cuando mi familia empezó a sospechar… bueno, aprendí a mentir de forma convincente.

Lera frunció el ceño. —¿Haces todo eso y luego te emborrachas la víspera del Campeonato del Reino? No tiene mucho sentido.

Una risa sin humor escapó del pecho de Tye. —A medida que aumentaba el nivel en el que competía, también lo hacían los… incidentes. Un juez comprado por aquí, una barra defectuosa por allá. Por desgracia para mis oponentes, podía superarlos igualmente. Pero cuando mi camino me llevó a enfrentarme al príncipe de Blaze, las cosas se intensificaron —cogiendo los dedos de Lera, Tye los llevó hasta su frente, donde aún se podía sentir una hendidura en el hueso bajo una pequeña cicatriz—. Recibí esto como incentivo para fallar un aterrizaje. Otra vez, una costilla rota fue un mensaje para que fallara un objetivo.

—¿Así que empezaste a perder? —dijo ella en voz baja—. Para estar a salvo, tenías que perder.

—No. Intenté armar jaleo, pero mi palabra no valía nada contra la del príncipe. Así que empecé a competir herido. Y era lo bastante bueno para ganar aun así. La noche antes del Campeonato del Reino… no estaba en casa cuando se produjo el ataque. Mi madre y mi hermana pequeña sí. Cuando los cabrones terminaron con ellas, entendí el mensaje. Al día siguiente, me emborraché tanto para hacer lo que tenía que hacer —amañar la competición— que ni siquiera se me ocurrió apostar en mi contra. Creo que ya sabes el resto.

—Te perdiste el torneo, que el príncipe de Blaze acabó ganando —dijo Lera, y su mente corría tras su mirada—. Y estuviste entrando y saliendo de celdas hasta la llamada del quinteto.

—Había muy pocos incentivos para seguir las reglas a esas alturas —dijo Tye con sencillez—. Y el contrabando se paga bien — tragó saliva con dificultad, incapaz de mirarla para esta parte, de ver en sus ojos el momento en que se diera cuenta de que había tenido razón al alejarla—. ¿Ves ahora por qué pensaba que debías irte con Shade? Si por mí fuera, Chica de las Lilas, no te perdería de vista en lo que me queda de vida. Pero no depende de mí, sobre todo ahora que sabes toda la verdad. Te mereces algo mejor, Lera. Te mereces el mundo.

El silencio pisó los talones a las palabras de Tye; la cueva a su alrededor era una cápsula de secretos. Cada recuerdo que emergía insistente de su escondite en las profundidades de la mente de Tye le clavaba otra aguja en el alma. Apretando los dedos en la áspera piedra, Tye inhaló el aire húmedo y musgoso y esperó el veredicto.

Pasaron varios latidos antes de que Lera se arrodillara y le sujetara la cara con sus manos frías. La inclinó para mirarlo tan profundamente a los ojos que Tye sintió su alma desnuda bajo su intensa mirada de chocolate. Estrellas, si la chica podía hacerlo sentir tan vulnerable con una mirada, ¿qué podría hacer con una palabra? ¿Un paso? El miedo crepitó por sus venas, pero cuando intentó retroceder, escapar en busca de un poco de aire, Lera no se lo permitió.

—Te veo, Tye —sus palabras resonaron suavemente por la cueva, deteniendo el corazón de Tye—. Y te quiero. No para jugar. Te quiero a *ti*, para siempre.

La sangre de Tye se agitó, despertándolo a las palabras de Lera. Ella lo quería.

Lo quería a *él*.

De la forma en que él siempre la había anhelado, pero había estado tan seguro de que ella nunca sentiría lo mismo. La miró a los ojos, apenas atreviéndose a creerlo.

—Y quiero que ese para siempre empiece ahora, Tye —dijo ella en voz baja.

La sangre le rugió en los oídos. Estrellas, la creía. Con cada gramo de su alma. Y con cada latido de su palpitante polla.

LERA



Se me parte el corazón ante la mirada vulnerable de Tye, la lenta dilatación de sus ojos a medida que mis palabras por fin calan en su mente. Mi promesa de querer a su verdadero yo acaba por derretir el muro que nos separa.

—¿Estás segura, mi chica de las lilas? —pregunta con la voz tensa, como si temiera espantar un espejismo.

Me inclino hacia su aroma a pino y cítricos y rozo sus labios suavemente con los míos. —Completamente segura. —La comisura de mi boca se tuerce y me paso la lengua por los dientes—. Aunque quizá debería probar el producto primero, dado tu historial delictivo y todo eso.

El rostro de Tye se ilumina con una deslumbrante sonrisa blanca, y en sus ojos verdes brilla esa picardía felina que tanto, tanto he echado de menos. —Oh, sí. Pero aquí no. Hay poca luz. —Antes de que pueda siquiera jadear, Tye me acerca a él de un tirón y me sienta sobre sus caderas mientras se levanta y sale de la cueva, bajo la suave luz del atardecer.

Junto a la orilla, el río corre con fuerza, con una superficie brillante y traicionera a partes iguales. Con la puesta de sol, el horizonte empieza a refulgir con tonos anaranjados brillantes, y el *kraa-kraa* de los pájaros blancos que vuelan en círculos sobre nuestras cabezas es una armonía para el rugido del agua.

Tye se detiene a medio paso, con la atención absorta en los pájaros. —Hay un recuerdo que me cosquillea en el fondo de la mente. No es una imagen, sino una sensación. —Un atisbo de sonrisa asoma a su rostro—. Recuerdo querer saltar al cielo y atrapar ese pájaro entre los dientes.

—¿Tu tigre quería comerse un pájaro? —pregunto—. ¿O solo cazarlo?

—Ninguna de las dos cosas. Quería llevárselo a alguien muy importante. —A Tye se le sonrojan las orejas—. ¿Acaso yo…?

—Un conejo. Una liebre. Un ciervo. Ni me hables. Espera. Dijiste que el tigre no intentaba aparearse conmigo, ¿por qué molestarse entonces con las ofrendas?

—Creo que me está dando otra oportunidad —susurra Tye, mientras una diminuta y brillante gota se forma en el rabillo de su ojo—. Cree que mereces la pena.

—Y que *tú* la mereces. —Rodeo el cuello de Tye con los brazos y frunzo el ceño—. Aunque no sé qué pensar de un tigre entrometido de más de trescientos kilos que se dedica a hacer de celestino. Por cierto, ¿adónde vamos?

Tye señala con la barbilla el río, donde un círculo de piedras forma una poza a varios pasos de la orilla. El agua dentro de las piedras está más quieta que sus bravas hermanas, lo que sugiere cierto aislamiento de las corrientes principales del río, pero desde luego no de su temperatura.

—Creo que el tigre se llevó el cerebro de los dos. Por lo menos él me trajo a una cueva bonita y seca —digo, esperando una aclaración. Cuando en vez de eso Tye se adentra en el agua, doy un chillido y clavo los talones en su trasero para impulsarme más arriba —. No. Tiene. Gracia. —Mis palabras escapan de unos pulmones que ya se están contrajuzgando por el frío. Empiezo a forcejear para alejarme del fae, pero luego me lo pienso mejor. Si me bajara ahora, el agua solo me cubriría más—. Voy a matarte. A matarte, a matarte y a matarte.

Tye se ríe, encogiéndose ligeramente cuando una ola rebelde lo empapa aún más. La ropa mojada del guerrero se le pega a los músculos, mostrando unas líneas esbeltas que se tensan y flexionan

con cada controlado cambio de peso. Un tigre hecho fae. Hundo la cara en el cuello de Tye, inhalando su limpio aroma masculino. El calor de su cuerpo se vierte en el mío a pesar de la humedad, mientras sus pasos seguros desafían las olas hasta llegar al pequeño círculo de piedras.

Siento que la magia de Tye despierta en el instante en que entramos en la poza, con su mano rozando la superficie del agua. El poder emana de su núcleo, gradual y controlado, hasta que las primeras volutas de vapor se elevan en el aire y el agua cede lentamente al toque de Tye. Tras una respiración profunda y cautelosa, inhalo los vapores cálidos y saboreo el toque de alga que se eleva con el vapor. Un gemido se me escapa mientras hundo la cara más profundamente en el hombro de Tye.

Una dureza repentina y deliciosa presiona contra mí como respuesta.

Al encontrar un saliente, Tye me baja y me sumerge en el agua exquisitamente cálida mientras las piedras protegen debidamente el oasis de las frías salpicaduras del exterior. Me muevo para acomodarme más abajo en el…

Un dolor agudo dispersa mi placer y me estremezco, apretando la palma de la mano sobre los lívidos moratones de mi hombro. *Respira hondo.* Me repito la instrucción con la esperanza de que mis pulmones obedezcan, mientras la carne despierta grita su protesta.

Agachado frente a mí, Tye me acaricia el pelo. —Sé que duele —susurra, sin hacer ningún gesto para cubrirse su propia herida de arma blanca—. Déjame ver los daños.

—Estoy bien. —Trago saliva, intentando ocultar el dolor.

—Sí, bueno, de todas formas pensaba quitarte la túnica. —Sonríe con picardía, pero sus ojos esmeralda delatan su preocupación. Sin esperar respuesta, el fae se inclina para desabrocharme la túnica, abriendo los cierres de plata uno por uno. Si su hombro le duele por el gesto, no se nota en absoluto en las fuertes líneas de su rostro concentrado. Su pelo revuelto se eriza en mechones de fuego, y paso mi mano sana a través de él mientras trabaja, haciendo que su respiración se acelere ligeramente.

Clic. Clic. Clic.

Mi propia respiración se detiene cuando Tye abre el último cierre y aparta la tela mojada de mis hombros, depositando un beso en un arañazo en la base de mi clavícula, en el lado de mi cuello, en la parte superior de mis costillas. Sus manos se deslizan por mis brazos, masajeando los músculos doloridos hasta que recuerdo cómo respirar. Cuando mi cuerpo por fin se relaja bajo su suave toque, Tye desenvuelve la faja de mi pecho para dejar que mis pechos se liberen contra el agua burbujeante.

Sosteniendo un pecho en cada mano, lenta, casi reverentemente, Tye me mira a los ojos, los suyos ardiendo con intensidad. Muy diferente de las otras veces que me ha tocado.

Estoy sin aliento, casi nerviosa. Después de haberlo deseado durante tanto tiempo, todavía me maravilla darme cuenta de que Tye también me ha deseado a mí. Todo este tiempo. Que fue la profundidad, y no la falta, de sus sentimientos por mí lo que mantuvo alejado al fae.

—¿Puedo hacer que te olvides del dolor? —pregunta, mientras sus pulgares rozan mis pezones erectos.

Descargas de sensación recorren mi cuerpo desde los pechos hasta los dedos de los pies. Trago saliva, con la boca de repente seca a pesar del agua salada y el vapor. Mi mente lucha por mantener la claridad contra el insistente latido de mi sexo, y pierde.

—¿Eso ha sido un sí? —murmura Tye.

—¿Cuál era la pregunta?

—Esta. —Los labios de Tye descienden sobre los míos, su lengua se desliza hábilmente en mi boca e incita a la mía a un beso profundo y absorbente que me hace gemir contra sus labios. Su aroma me envuelve; su delicioso sabor y sus cálidos labios. Con el siguiente latido, la mano del fae se desliza para enredarse en mi pelo, y su agarre se tensa hasta el borde del dolor, lo que de alguna manera magnifica el placer de su pulgar acariciando mi pezón. No puedo moverme, como si estuviera encadenada por un nuevo tipo de magia, incapaz de pensar más allá de mi creciente necesidad.

Me derrito contra Tye, mis caderas presionando hacia delante en busca de su dureza. Mi mente se nubla a todo pensamiento que no sea la tensión atenazante que se enrosca en mi cuerpo. Paso la

mano por la musculosa espalda de Tye y él gruñe, su beso se profundiza con un hambre voraz. Su lengua se desliza sobre la mía, ya no dulce ni juguetona, sino lo suficientemente carnal como para despertar cada uno de mis nervios. Para robarme el aliento.

Esta vez, cuando Tye me suelta, con mis labios hinchados hormigueando por la pérdida de los suyos, estoy tan envuelta en la neblina de su esencia que Tye me sujeta por los hombros solo para evitar que me caiga. Cielos. Las cosas que este hombre puede hacer solo con un beso…

Me sacudo para volver a la realidad. Me froto la cara. Inhalo la mezcla de aire frío y vapor caliente. Forzar mi mente a ir más allá de mi sexo palpitante requiere más esfuerzo que cualquier combate con Coal, pero una vez que lo consigo, recuerdo dónde estamos. Cómo hemos llegado hasta aquí.

—El hombro. —Extiendo la mano para acariciar el brazo de Tye. El corte junto a su clavícula parece limpio, pero sus músculos tensos y el recuerdo de mi cuchilla cortando su carne dicen la verdad. He dejado que el fae me *cargara* hasta aquí—. Estás herido.

Tye apenas parece oírme, sus intensos ojos vidriosos por la misma necesidad que late dentro de mí. —Mmm. Me había olvidado de eso.

—Mentiroso.

En lugar de responder, Tye me levanta y se deshace de mis pantalones con gran eficacia. Los suyos le siguen un momento después, y por mucho que me gustaría ayudar, no puedo apartar los ojos de la eficiencia de sus movimientos, de la forma en que su cuerpo utiliza solo los músculos que debe y ni una sola fibra más.

—No soy un mentiroso —murmura Tye en mi oído, su suave aliento cálido y cosquilleante—. Soy un hombre. Uno con otra cosa en la cabeza.

Y no solo en la cabeza, observo por la dureza que choca contra mí; su cabeza aterciopelada, imposiblemente grande y con carácter.

—¿Puedo tocarte? —pregunto, avergonzándome de la torpeza de mis propias palabras.

En lugar de reírse, Tye nos da la vuelta y se sienta en mi antiguo saliente bajo el agua. Con su miembro erecto y en alto, me levanta

por las caderas y me sienta con cuidado encima de él. Con mi entrada justo sobre su miembro, siento cada centímetro de él mientras me deslizo hacia abajo, mi estrechez estirándose para acomodar su tamaño. Gimo y los ojos de Tye se estremecen en respuesta. Las fuertes manos del fae se hunden en mis caderas, guiándolas, controlando el descenso que me empala. Un par de centímetros. Cinco. Siete. La plenitud dentro de mí palpita y me aprieto a su alrededor, aun sabiendo que hay más. Más de lo que posiblemente pueda albergar en mi interior.

LERA



Cuando dejo escapar un suspiro entrecortado, el dedo de Tye separa mis pliegues y recorre los sensibles tejidos que rodean mi ápice, tentando el capuchón con caricias pausadas que provocan espasmos en mis muslos.

Su plenitud late y me estira con tanta insistencia que gimo mientras la cabeza de su polla conquista cada surco de mi interior, enviando una nueva oleada de necesidad con cada *pum, pum, pum.* Cuando mi peso por fin se asienta sobre el regazo de Tye, con su polla viva y palpitante, se me corta la respiración.

Por un instante, nuestras miradas se encuentran y se sostienen. Advierto nuevas motas plateadas en los brillantes ojos verdes de Tye, nuevas pecas en sus pómulos. Una diminuta cicatriz sobre el labio que atraigo a mi boca y que provoca un suave gruñido en su pecho.

El pecho de Tye sube y baja con respiraciones aceleradas mientras desliza las manos desde mis caderas hasta mis pechos y los atrapa en sus grandes y callosas palmas. Sus pulgares acarician mis sensibles pezones antes de que su boca se cierre sobre el izquierdo y lo succione hasta endurecerlo. Cuando jadeo, Tye añade un mordisquito a su asalto antes de atender de igual manera a mi pecho derecho, avivando el fuego de mi interior hasta que resulta casi imposible de soportar.

Con un gruñido, me abalanzo contra él. Otra vez. Más fuerte. La necesidad de sentir toda su longitud a lo largo de mi canal es tan intensa que duele, y el dolor se extiende hasta la punta de mis dedos. Maldiciendo a Tye en voz baja, me deslizo sobre él cada vez más rápido, saboreando su plenitud dentro de mí. Mi respiración se acelera, los tejidos húmedos e hinchados de mi entrada se ondulan al ritmo de la palpitante polla de Tye mientras me muevo con el batir de las olas.

Me apoyo en los hombros de Tye mientras él me agarra una cadera para ayudar, levantándome y bajándome con una urgencia creciente. Su otra mano sustituye a su boca en mi pecho; sus dedos juguetean con mi pezón al ritmo de nuestras embestidas. Bajo la luz crepuscular, los bíceps de Tye se marcan, sus ojos verdes brillan. Es demasiado. Verlo y sentirlo. Con un impulso repentino, reclamo su boca en un choque de dientes y lenguas.

«Más, más, más», exige mi cuerpo mientras el vapor que se eleva del agua llena mis pulmones de forma tan absoluta como la polla de Tye llena mi sexo.

Sin embargo, en lugar de satisfacer mis ansias, cada bombeo a lo largo del miembro de Tye no hace más que avivar el deseo en mi interior. Gimo de frustración y por el calor abrumador. Los músculos de mis muslos tiemblan, y descargas de sensación recorren mi piel.

Una satisfacción depredadora brilla a través de la lujuria salvaje en los ojos verdes de Tye. El muy cabrón sabe exactamente lo que me está haciendo con esas manos. Con esa boca.

Dos pueden jugar a este juego, tigre. Agarrándole del pelo, le obligo a girar la cabeza hacia un lado.

Él se sobresalta, pero me permite descubrirle el cuello.

Mostrando los dientes, se los clavo en la piel y…

Tye se pone en pie con un gruñido antes de que pueda conquistarlo, y el infierno ardiente de sus ojos refleja ahora al depredador que es.

—Creo que ya he permitido bastante que mi comida juegue conmigo —rumia, bajándome hasta que mis pies tocan el suelo. Empujándome al otro lado de la poza, me tumba sobre el borde liso y usa los codos para separarme los muslos. Un vapor tan caliente

que roza lo doloroso se apresura a explorar mi sexo expuesto y mi trasero abierto. Cuando una diminuta chispa de fuego muerde justo encima de mi excitado clítoris, grito y mis caderas se sacuden contra la sensación, contrayéndose contra el vacío de mi interior.

La fuerte mano de Tye me presiona la cadera, manteniéndome abajo. Inmovilizada. Una segunda chispita mordisquea el otro lado del capuchón. Luego la parte de arriba.

—Estás… usando… magia. —Mi acusación sale entre jadeos, la necesidad ardiente sacude mi cuerpo con cada latido salvaje de mi corazón.

—Sí, así es. —Tye me frota la cara interna de los muslos, un movimiento tranquilizador que contrasta por completo con el caos que está desatando más arriba—. La magia es tan parte de mí como mi sangre. Pero también tengo otras partes, chica.

Echándome una pierna sobre su hombro, Tye se acerca a mi entrepierna para acariciar mis pliegues húmedos. Un instante después, su dedo se desliza en mi interior. Un segundo dedo. Un tercero. Cada aumento se ve reflejado por el mismo número de chispas que tientan mi clítoris. El filo del dolor despierta cada uno de mis nervios y magnifica cada sensación hasta una agudeza insoportable.

Me retuerzo sin control, presionando contra los dedos de Tye, que se niegan a moverse más rápido. Cuando la cabeza de su polla los sustituye en mi entrada, estoy a punto de llorar con la promesa de la liberación que se avecina. Con una embestida brusca, Tye se hunde en mí y la sensación es tan abrasadora que casi me caigo por el precipicio en ese mismo instante.

Excepto que… excepto que de repente siento una humedad que rodea mi otra abertura y me quedo helada al reconocer la sensación.

Mi cuerpo se retuerce en rebeldía, deteniéndose de golpe cuando las chispas de Tye mordisquean como castigo la parte más sensible e hinchada de mi ápice. En el instante en que me quedo quieta, el dedo en mi trasero se desliza hacia dentro.

Mis músculos sufren un espasmo por la doble plenitud en mi interior. La polla de Tye, hasta ahora inmóvil, embiste profundamente para golpear el punto sensible de mi interior. En mi

trasero, su dedo imita a su polla, entrando y saliendo en perfecto contraste. El vaivén de sensaciones me haría dar botes como una loca si la mano libre de Tye no me sujetara con firmeza. Haciendo que no pueda hacer otra cosa que sentirlo *a él.*

Embestida. Embestida. Embestida. Cada penetración envía una nueva sacudida de necesidad a través de mi vientre, la parte posterior de mis piernas, mis dedos de los pies. Cada chapoteo húmedo suena ensordecedor en medio del grave rumor del río y los ocasionales graznidos de los pájaros. El hermoso rostro de Tye está tenso por la concentración, conteniendo su propia liberación para prolongar la mía. Jadeando, lamo las gotas saladas del rocío del río de mis labios. *Embestida. Embestida. Embestida.*

Cuando las diminutas chispas vuelven a rodear mi ápice, acechando cada vez más cerca como las afiladas garras de un tigre, el abismo que he estado esperando se abre ante mí.

—¡Tye! —Me ahogo en mi desesperación, sabiendo que no puedo aguantar ni un segundo más y, sin embargo, siento cómo una necesidad más profunda se despliega en mi alma—. Quiero estar más cerca de ti.

Tye duda solo un instante. Retirándose, me rodea la cintura con mis piernas y se pone de pie, envainándose de nuevo en mi interior con una sola estocada certera. Le aprieto los tobillos sobre el trasero y los brazos alrededor del cuello. El aire fresco se arremolina sobre nuestra piel desnuda. Los ojos verdes del macho están febriles por el mismo deseo que me oprime el núcleo.

Le sostengo la mirada, nuestros rostros a apenas unos centímetros. —Te quiero, Tye.

Tomando mi boca con la suya y embistiendo de nuevo, aún más profundo, Tye libera su magia a lo largo de mi sexo hasta que pellizca mi clítoris en un maremoto de éxtasis.

—Cielos, te quiero —jadea, y sus palabras nos envían a ambos al abismo.

* * *

Regresamos a la cueva y descubrimos que alguien —probablemente Shade, dada la presencia de un frasco de ungüento verde que hace que Tye se estremezca al verlo— nos ha dejado un fardo de provisiones y comida. Dejamos la ropa fuera para que se seque y nos acurrucamos desnudos sobre una capa, mientras que la hoguera cuidadosamente preparada por Tye calienta el espacio. La fatiga y la satisfacción me invaden como las olas que lamen las rocas.

—¿Podemos mantener las llamas encendidas toda la noche? —pregunto con los párpados pesados. Ahora que la oscuridad total cubre las montañas, la temperatura es lo suficientemente baja como para que mi aliento se convierta en vaho.

—No sería seguro, Chica Lila. —Tye me besa la coronilla—. No con tanto viento y maleza seca alrededor. Pero puedo hacer una cosilla. —Juntando unas cuantas piedras del tamaño de un puño, Tye posa las manos sobre ellas. Cuando, unos minutos después, mete las piedras bajo la capa, el calor se filtra a través de la tela. Sonriendo ante mi suspiro de felicidad, Tye apaga el fuego, me acerca a él y nos susurra que durmamos.

Cierro los ojos y siento que el mundo se desvanece por un tiempo. Pero no por mucho. La noche es tan fría que ni siquiera los brazos de Tye a mi alrededor son suficientes para ahuyentar el frío, y una vez que las piedras se enfrían, no me atrevo a pedirle a Tye que las caliente de nuevo. Entre sus heridas y el calentamiento de la poza, hasta yo sé que ha usado demasiada magia.

Manteniendo los ojos cerrados, dejo que la fatiga y la gélida noche de montaña luchen en silencio. Al final, de alguna manera, me sumo en un sueño cálido que huele mucho al espeso pelaje de un tigre que envuelve mi cuerpo.

LERA



Durante algo menos de dos semanas, caminamos por las montañas y llanuras de las tierras neutrales, y luego por las onduladas y boscosas colinas de Slait, en días largos y cada vez más tensos. River alterna entre esbozar y reesbozar nuestros planes —que se reducen a atraer a Griorgi al palacio— y largos y gélidos silencios que ni el mejorado humor de Tye puede romper. Tye ha estado cambiando de forma más a menudo desde nuestra unión, desde que compartió conmigo la verdad de su pasado y me dio permiso para informar al resto del quinteto sobre lo que sucedió. Los destellos de verdadero humor que regresan lentamente a los ojos de Tye, sobre todo cuando se encuentran con los míos, son la mejor parte del frío viaje. La única parte buena del maldito viaje.

Las noches son tan frías que tengo que tumbarme junto al fuego (cuando se nos permite encender uno), bajo mi saco de dormir y apretujada entre dos machos solo para poder conciliar el sueño. River y Shade. Shade y Tye. Tye y River. Nunca Coal. Como si tumbarse a mi lado solo fuera a avivar un desastre inevitable.

Aunque Coal sigue entrenándome con la espada —bajándome de la silla a la hora de comer, antes del amanecer o en cualquier otro momento terrible que pueda aprovechar para amargarme la existencia—, el escudo con el que se ha encerrado, en torno a la extraña magia que nos conecta, se vuelve más impenetrable cada día. Como si el macho se estuviera entrenando para excluirme. Las

únicas veces que puedo sentir las hebras púrpuras de poder de Coal son cuando River supervisa mi práctica del eco. En un claro, en la cima de una colina ondulada sobre un bullicioso pueblo de Slait, en una vasta ladera rocosa; esta última casi acaba en una avalancha.

—¿Puedes decirle a Coal que retiras la reprimenda por nuestro beso? —le pregunto finalmente a Shade, después de que hayamos terminado de desayunar en lo que River promete que será el último día de travesía. Los otros machos ya están montados y listos para cabalgar; Sprite piafa, descontenta por la proximidad del lobo metamorfo. Le doy una palmadita tranquilizadora en el cuello a la yegua—. Dile que una mala elección del momento para compartir su magia no es motivo para pasarse dos semanas meditando con aire sombrío.

Shade se balancea sobre los talones, con la voz lo bastante baja como para que solo yo la oiga.—¿Por qué iba a querer hacer eso?

Lo miro con el ceño fruncido mientras mi mente rebusca en mis recuerdos algo que se me pudiera haber pasado.—¿Y por qué no?

—Rara vez doy órdenes, cachorra —dice Shade; sus ojos amarillos atraviesan los míos. No es el lupino impertinente ni el macho amable al que estoy acostumbrada, sino el segundo al mando de River. Acero bajo el terciopelo—. Cuando lo hago, espero que se obedezcan. Y en lo que respecta a la seguridad, sobre todo a la tuya, no tengo ningún deseo de andarme con juegos.

—Shade…

Niega con la cabeza, interrumpiendo mis palabras.—Soy consciente de que Coal teme que su magia te haga daño. Calculó mal al presionarte en la arena. No consideró lo que pasaría en el dormitorio, lo que te dejó con las costillas rotas…

—Fue culpa mía. Yo lo presioné…

—E ignoró las consecuencias de ofrecer magia en contra de las órdenes de un sanador. No me importa que sienta un poco el escozor por ello. —Antes de que pueda apartarme, el dedo de Shade me sujeta la barbilla y el poder de su presencia me arrolla en una gran oleada. Su tono se vuelve amable, pero no débil—. Y tampoco me importa que tú también sientas el escozor, cachorra. Erais dos los que compartíais ese beso, los que compartíais la cama antes de eso.

No me imagino que te guste ver a Coal sufrir más de lo que a él le gusta verte sufrir a ti. Pero si queréis arreglar lo que está roto, tendréis que hacerlo vosotros mismos. Mantengo mi decisión anterior.

Shade me besa en la coronilla y se transforma en lobo, sin dejarme más opción que subirme a lomos de Sprite.

El toque fantasma de sus labios y sus palabras permanece conmigo hasta bien entrada la tarde, cuando la visión de las altísimas torres de mármol del palacio de Slait, que se elevan majestuosamente sobre el horizonte, me inunda con una oleada de alivio. Un sentimiento que no todos comparten, a juzgar por cómo Coal va apartando a su semental cada vez más hacia la retaguardia de nuestra comitiva.

—¿Hay algún destino al que realmente disfrutes llegando? —pregunto, maniobrando a Sprite junto al macho.

—A un campo de batalla —contesta, con la voz tan oscura como su ropa. Con el pelo recogido en un moño apretado y la empuñadura de una espada asomando por encima de cada hombro, Coal desde luego parece más preparado para pisar un matadero que las mullidas alfombras del palacio—. ¿Por qué estás tan condenadamente feliz?

—Cama. Baño. Verduras. —Cuento las comodidades con los dedos.

El rostro de Coal permanece impasible.

Cuando alargo la mano para tocarle el antebrazo, él cambia de peso y espolea al caballo para apartarse.

Aprieto la mandíbula.—Coal…

—¡Leralynn! —llama River desde la cabeza de la columna, con la mano extendida hacia mí y sus ojos grises indescifrables.

—Ve. —Coal hace un gesto con la barbilla hacia delante antes de hacer girar a Czar para poner aún más distancia entre nosotros.

Reprimiendo el ceño, empujo a Sprite a un medio galope lento para ver qué quiere River. Sentado cómodamente sobre su semental, River tiene todo el aspecto de un comandante y un príncipe. Su abrigo de un azul intenso está de algún modo limpio e impecable, y sus botas de cuero hasta la rodilla brillan bajo el sol. Si el frío viento

que le alborota el corto pelo castaño le molesta como a mí, River no deja traslucir ninguna incomodidad. Cuando me detengo a su lado y alcanzo su mano extendida, se inclina desde su caballo y, sin pudor, me arranca de mi silla.

Ignorando los sonidos de protesta tanto de Sprite como míos, River me sienta delante de él, con sus poderosos muslos y su torso rodeándome por tres lados.—La última vez que vinimos a Slait, alguien te secuestró. Esta vez, voy a tomar precauciones.

—Sí, solo que esas precauciones van a empezar a doler de un momento a otro —dice Tye, cogiendo las riendas sueltas de mi yegua mientras me doy cuenta de que la dureza de River, en efecto, presiona contra mi trasero.

Se me calienta la cara, pero River se limita a rodearme la cintura con los brazos y a poner a su semental a un galope tendido que me hace agarrarme al pomo de la silla para salvar la vida.—No dejes que Coal te vea hacer eso. —La voz de River es apenas audible por encima del viento mientras su caballo toma el ancho camino de tierra con una carrera suave—. Agarrar la silla te desequilibra.

—Montar a la grupa a un ritmo vertiginoso me desequilibra a *mí.*

River resopla, pero sus brazos se aprietan más a mi alrededor mientras cabalgamos hacia las afueras de la limpia y extensa capital, con sus ordenados edificios blancos y sus llamativas fuentes, rodeada de ondulantes céspedes y flores de invierno. Ricas cortinas cuelgan de casi todas las ventanas, las macetas rebosantes de flores colgadas en el exterior, coordinadas por colores. La gente del pueblo se inclina formalmente a nuestro paso y River, incluso con prisa, levanta una mano amistosa a modo de saludo, arrancando cálidas sonrisas a los, por lo demás, reservados fae.

Varios de los niños sacan tímidamente trozos de carne de sus bolsillos, tentando al lobo de Shade a que se acerque trotando con sus sigilosas patas. Todos felizmente ignorantes de por qué estamos aquí, de la silenciosa batalla por el trono que estamos a punto de desatar.

—Espero que a Shade le duela la tripa —murmuro, observando cómo el lobo gris se despatarra sin pudor ante varias niñas, todas

deseosas de rascarle la barriga peluda y las orejas mientras sacan más y más golosinas de bolsillos y bolsas.

—Oh, le dolerá —me asegura River, guiándonos por el camino empedrado que serpentea hacia el palacio. Como Autumn me trajo a través de un pliegue de la Penumbra en mi primera visita, esta es la primera vez que me acerco a las puertas del palacio, y su belleza me deja sin aliento. River frena ante ellas, dejándome admirar el hierro elaboradamente tallado, con incrustaciones de relieves dorados y piedras azules opacas que combinan con el color de la bandera de Slait, la cual ondea al viento desde la torre más alta—. Como decía, la última vez que vinimos, Autumn estropeó la llegada. Esta vez, puedes disfrutar de la experiencia completa.

Abro la boca para señalar que es a River, no a Autumn, a quien hago responsable del desastre de mi primera visita al palacio —gracias a que me ocultó la verdad sobre su linaje real—, pero la tensión en el cuerpo de River detiene mi réplica. Dejando a un lado las palabras amables, River regresa a casa no como hijo o príncipe, sino como aspirante al trono que nunca ha querido. Apoyo la palma de la mano sobre sus nudillos endurecidos y él me aprieta más contra sí, depositando un beso en mi oreja.

—¿Cuánto crees que tardará en venir Griorgi? —pregunto. La red de patrullas de Autumn ha informado de que el rey se ha mantenido alejado del palacio desde el enfrentamiento en Karnish, pero ni siquiera ellos conocen todos los pliegues de la Penumbra que Griorgi seguramente ha creado. Espero que hayamos estado fuera, en el campo, el tiempo suficiente para que el rey haya recibido el mensaje de River—. ¿Podría haberse escondido?

—Griorgi no se esconde, maquina. —Tye se acerca al trote, con las riendas de mi yegua en una mano—. Nos… —Tye se interrumpe cuando dos docenas de guerreros armados atraviesan el aire ondulante desde la Penumbra, con espadas y arcos ya desenvainados. Un muro del azul marino y dorado de Slait, la luz del sol brillando sobre el metal.

Al mirar una punta de flecha imposiblemente grande que apunta a mi pecho, mi corazón se dispara. El viento que me golpea la cara de repente se siente caliente, el mundo sofocantemente pequeño.

Dos docenas de guerreros armados contra nosotros cinco. Mis muslos aprietan el caballo bajo mí y el sensible semental bailotea hasta que la mano tranquila de River sobre las riendas lo calma.

—Tienes un peligroso sentido del humor, Destellos —exclama Tye, echando la cabeza hacia atrás—. Guarda tus juguetes antes de que Coal los rompa.

Una oleada de alivio me relaja la columna vertebral mientras el aire vuelve a ondular, esta vez dando la bienvenida a Autumn, despampanante con un vestido gris brillante con hebras de seda a juego entretejidas en su corona de trenzas. Estar de vuelta en casa, con todo su vestuario a su disposición, claramente le sienta bien. Caminando a través del mar de guerreros que se abre a su paso, mi amiga me sonríe por un segundo —tomándose otro segundo para examinar mi atuendo desgarrado, manchado y gastado por el camino con una mirada oscura y un suspiro audible— antes de sopesar a River con su mirada gris.—¿Es mucho esperar que se te congelara algo en esas montañas?

—¿A qué viene esta exhibición? —River hace un gesto con la mano hacia el pequeño ejército, que justo ahora se digna a bajar las armas—. ¿Presumiendo?

Autumn le lanza a River una mirada sombría.—Ojalá. Kora está más paranoica aquí que Tye cuando hay demasiados guardias. Hace que las patrullas sigan a todo el que se acerca al palacio.

En efecto. —River se baja de la silla y luego me ayuda a bajar para que me quede a su lado. Inspecciona a los guerreros una última vez antes de fijarse en Kora, cuyos hombros se tensan. River asiente hacia ella—. Gracias por mantener a Autumn a salvo. A ella y a nosotros.

Kora se lleva el puño al corazón.—Hemos registrado el palacio en busca de pruebas de la actividad de Griorgi y no hemos encontrado nada, señor. Ni comunicaciones ni rastros mágicos. No estaba trabajando desde aquí para establecer ese portal.

—No, no me imaginaba que lo hubiera hecho. —Entregando el caballo a uno de los guardias, River pone una mano en la parte baja de mi espalda para guiarme y se pone a caminar junto a Autumn y Kora—. No querría darle a Jawrar la llave de Slait, de ahí el montaje

en Karnish, por mucho que quede aún del pueblo. —El macho me aprieta el hombro y se vuelve hacia su hermana—. ¿Alguna nueva teoría sobre por qué Griorgi intentó ponerme de su lado? No creo que Padre sea un sentimental.

—De acuerdo. Se necesita conciencia para el sentimentalismo. —Autumn saca un diario de una cartera que lleva al hombro y hojea las páginas con las esquinas dobladas—. Llevo un tiempo dándole vueltas a eso. Lo más probable es que… —Frunce el ceño mirando sus notas y se interrumpe; el silencio pasa lentamente de expectante a denso.

—¿Autumn? —la apremia River.

—¿Mmm?

River emite un breve gruñido.

Los ojos azules de Kora se atreven a fulminar con la mirada al macho, que se limita a señalar a su hermana con exasperación.

—No ha dormido más de cuatro horas por noche desde que nos fuimos. —Kora le roza el antebrazo a Autumn, esperando a que la mujer más menuda la mire antes de preguntar, con más delicadeza que River—: ¿Qué ibas a decir sobre el rey Griorgi?

—Ah. Jawrar y Griorgi también hablaron de que me querían a mí, ¿verdad? —Autumn retrocede en su diario—. Alguna tontería sobre querer mi ayuda para manejar las patrullas de la Penumbra de Slait.

—Dado que las patrullas de la Penumbra han respondido ante ti durante varios cientos de años, parecía una proposición lógica —dice River.

—Lógica en apariencia, desde luego. Pero Griorgi nunca confiaría en un ejército que no controla directamente. —Autumn da un golpecito en una línea de texto—. Creo que Padre está desviando la atención de Jawrar sobre la razón por la que nos quiere a River y a mí. Y si descartamos el sentimentalismo, la única conexión que queda entre los tres es la sangre.

Un escalofrío me recorre, resonando con la tensión que satura el aire. Donde había pensado encontrar comodidades, el palacio de Slait se parece más al campo de batalla que Coal buscaba. Incluso sin el enemigo aquí, la guerra ya ha comenzado. El pavor que había logrado evitar durante nuestro largo viaje se filtra ahora en mi

sangre, similar a lo que solía sentir cuando trabajaba en el establo de Zake; cuando, a pesar del dulce olor a heno, a caballo y a vacío, sabía que el amo de la finca *vendría.* Y con él, una paliza. Me obligo a que mi voz suene firme. —¿Qué tiene que ver la sangre con esto?

—En lo que respecta a las antiguas magias con las que Griorgi está jugando, hay pocas cosas más poderosas que la sangre, especialmente la sangre llena de magia de nuestro linaje —dice Autumn—. No lo olvides, la mayoría de los fae ni siquiera pueden entrar en la Penumbra. Creo que Griorgi usó su propia sangre para abrir el portal en Karnish; es la única sustancia con suficiente poder y lealtad a él como para resquebrajar el muro entre Mors y Lunos. Y creo que la próxima vez necesitará mucha más sangre de la que puede prescindir, cuando intente abrir una grieta lo suficientemente grande como para hacer pasar a un ejército.

LERA

Las palabras de Autumn flotan en el aire y hacen que un escalofrío me recorra la piel como un reguero de hormigas mucho después de que se disculpe para volver a la biblioteca y de que la patrulla se desvanezca en silencio de vuelta a sus puestos en la Penumbra. Coal se separa en el momento en que entramos en el patio de palacio, que tiene un aspecto muy parecido al de la última vez que nos fuimos, con sus vivos parterres y las cúpulas del castillo que se alzan hacia el brillante cielo azul. Salvo que ahora el aire se siente diferente. Una tensión como a azufre que vibra con un peligro invisible.

Y, aun así, a pesar del mortal enfrentamiento con Griorgi que se cierne sobre el oscuro horizonte, ver a Coal escabullirse solo en el establo me oprime el pecho. Las palabras de Shade resuenan en mi mente, un eco de las que le había dicho a Tye. En esencia: «Tú lo has roto, tú lo arreglas».

Haciéndole un gesto al mozo de cuadra que aparece para hacerse cargo de los caballos para que se marche, cojo a Sprite y a los dos sementales restantes y me dirijo yo misma al establo. Abro la puerta, que se desliza con facilidad por unos raíles bien engrasados, e inspiro los reconfortantes olores. La mezcla de grano, paja y sudor de caballo. Cálida y acogedora. Con el anochecer en pleno apogeo, los mozos de cuadra ya se han ido, dejando atrás cubos de agua llenos, boxes limpios y heno fresco.

Coal, como esperaba, sigue aquí, cepillando el ya reluciente pelaje de Czar. Observo al fae, los músculos contrayéndose bajo su chaleco de cuero mientras mueve el áspero cepillo. Junto a Coal, Czar parece un caballo de tamaño normal, aunque nadie en su sano juicio pensaría tal cosa del semental. Me estremezco al recordar que pensé que podría montar a la bestia. Y luego, con otro recuerdo: la vez que compartí la silla de montar de Coal, con su cuerpo cálido y fuerte sujetando el mío. Su polla endureciéndose contra mi trasero.

¿Adónde se ha ido *ese* fae?

El semental de River relincha, disgustado por la espera.

Coal se gira, sus ojos de un azul sobrecogedor. —¿Mortal? —La cautela en su voz es embriagadora. Frunciendo el ceño ante el semental de River, que ahora piafa, el fae se acerca y me coge las riendas, mirando con severidad al impetuoso caballo antes de llevarlo a un box. Cuando el guerrero regresa a por la montura de Tye, su almizcle masculino con toques de cuero hace que apriete los muslos. Tras dejar al caballo en un corral esquinero, Coal se detiene, todavía de espaldas a mí—. ¿Hay alguna razón por la que estés aquí?

—No. —De repente, incapaz de quedarme quieta, meto a Sprite en un box, dejándole puesto el ronzal, pero soltando el ramal de la cabezada—. Sí.

Coal se gira y enarca una ceja, molesto.

Atravieso el establo, le rodeo el cuello al fae con los brazos, con el corazón desbocado mientras tiro de su boca hacia la mía. Su sabor —metálico, potente y muy masculino— me llena incluso antes de que nos toquemos. Me preparo para el contacto de sus duros labios y…

Nada.

Coal se aparta antes de que podamos conectar y desliza una mano fuerte por mi brazo para deshacer mi agarre de su nuca.

Por mucho que me haya preparado para ello, la punzada del rechazo duele lo suficiente como para cerrarme la garganta por completo. —Capullo —le lanzo la palabra con todas mis fuerzas, apartando la mano bruscamente—. ¿Era solo un juego para ti? ¿O

una maldita herramienta para compartir magia? Desde luego, no algo por lo que valga la pena luchar después de un único error.

Coal me agarra la muñeca de nuevo, con fuerza. —No ha sido un *único* error, mortal. Cuando se trata de permitirte reflejar mi magia, ni siquiera mis propias decisiones son acertadas. En cuanto a entregarnos a la lujuria —por si se te ha olvidado, la última vez que dejé que mi polla pensara por mí en lugar de mi cabeza—, acabaste con las costillas rotas y cosas peores. Joder, te *besé* al salir de la Ciudadela e incluso eso costó más de lo que aportó. Hay cosas que no están destinadas a ser. Ya nos arriesgamos bastante yendo contra Griorgi y sus hordas de pesadillas mors sin que tú te arriesgues a un pulmón perforado solo para satisfacer mi polla.

—Eso no es justo.

—Si buscas una vida justa, que las estrellas te bendigan —gruñe Coal, con los bordes de su impresionante rostro ensombrecidos por la luz tamizada—. Maldita sea, Lera. Cuando entreno contigo en el círculo de combate, sé exactamente dónde aterrizará cada uno de mis golpes, cuán profundo será cada moratón. Puede que salgas del círculo dolorida por todas partes, pero nunca saldrás realmente herida. No puedo prometer lo mismo con mi magia. Ni siquiera cuando tengo el control total. Si no me controlo, puedes ver mis malditas pesadillas, sentirlas como si fueran tuyas… por no hablar del daño que podría hacerle a tu cuerpo. No sé qué es seguro. —Pronuncia las últimas palabras como si le hablara a una niña—. No sé qué es lo correcto. No. Lo. Sé.

—¿No lo sabes? —El pecho me sube y me baja, y la sangre me ruge en la cabeza tan fuerte que apenas oigo mis propios pensamientos. ¿Cómo se atreve el capullo a tomar esta decisión él solo? A decidir por los dos lo que mi cuerpo necesita. Quiere. Merece —. ¿Eso es todo? —pregunto con frialdad—. ¿No conoces todas las verdades cósmicas del universo y tu miedo a herirme es la única razón por la que te has convertido en un maldito monje?

—Creo que es razón más que suficiente, ¿no te parece?

Giro la mano para oponer toda mi fuerza contra el pulgar de Coal y, tras liberarme, me cruzo de brazos. —Bien. —Levanto la barbilla,

encontrándome con la penetrante mirada azul de Coal—. Entonces tengo una idea mejor. ¿Qué tal si no me hieres?

Coal golpea con la palma de la mano un poste de madera a escasos centímetros de mi cabeza. —¿Crees que es así de simple? Mi cuerpo…

—No pienso darle a tu cuerpo la opción a elegir en este asunto —le espeto en la cara, con el pulso acelerado. Levanto el ramal que sostengo en la mano y dejo que la gruesa cuerda cuelgue en el espacio que nos separa—. Ya que opinas que negarle a un cuerpo lo que desea por un propósito moral superior es una buena idea, hagámoslo. Solo que prefiero que le neguemos la elección a tu cuerpo, no al mío.

La mirada de Coal se clava en la cuerda, y cada músculo de su cuerpo se tensa. Bajo la luz íntima del sol poniente y los faroles cuidadosamente colgados, la sombra del fae se extiende como un par de alas sobre el suelo. Su poderoso pecho sube y baja a un ritmo tan regular que sé que se está esforzando por controlarlo. —¿Qué quieres decir *exactamente*?

Me pongo de puntillas y recorro con un dedo los labios de Coal. —Tienes miedo de herirme. Así que me aseguraré de que no puedas.

El rostro de Coal palidece. —Quieres atarme.

—Sí. Y sí, te va a dar un susto de muerte. A mí también. Pero te estoy pidiendo que confíes en mí, y *no sé* si te estoy exigiendo más de lo que puedes soportar. No hay ningún libro en la biblioteca de Autumn que explique cómo funcionan juntos nuestros dos cuerpos, magias y almas. Así que lo descubriremos, y cometeremos errores si es necesario. Y puede que no ocurra en una noche. O en una semana. O en un revolcón entre las sábanas. —Le pongo la mano en el pecho; su corazón late con fuerza contra mi palma—. Tienes miedo de perder el control, así que voy a eliminar esa opción hasta que estés listo para arriesgarte. Y cuando lo estés, confiaré en que lo intentes. Igual que te pido que confíes en mí ahora. —Una comisura de mis labios se curva—. Puede que incluso disfrutes de lo que tengo en mente.

—Lo dudo mucho —murmura Coal, con un tono de rendición en la voz.

LERA

Le aprieto el hombro a Coal y me alejo para echar los cerrojos de ambas entradas. Cuando vuelvo, está de pie justo donde lo dejé. Extiendo la mano, con la palma hacia arriba.

—Dame la muñeca.

Los músculos de la mandíbula de Coal se tensan, ondulando la piel de su cara, pero esta vez no se aparta. Tras su miedo, tras sus ojos salvajes, puedo verlo: los mismísimos comienzos de la curiosidad. De la excitación.

—No voy a hacerte daño —digo en voz baja, mientras mi mano se abre y se cierra en un gesto de *dámela*—. Y no dejaré que tú me hagas daño a mí. Pero tienes que confiar en eso.

Con una lentitud forzada, la pesada muñeca de Coal se posa en mi palma; su pulso late con tanta fuerza que puedo sentirlo palpitar bajo la piel. Antes de que el fae pueda cambiar de opinión, lo guío hasta el mismo poste que golpeó antes y paso la cuerda por una de las anillas metálicas ancladas en lo alto. Moviéndome lo bastante despacio para no asustarlo, le sujeto las muñecas a los extremos colgantes de la cuerda y dejo que ponga a prueba las ataduras cuando termino de hacer los nudos.

—¿Puedes soltarte? —pregunto.

Coal examina la cuerda y la viga de arriba.

—Podría romper la madera, pero me costaría un poco.

—No puedes romper la madera, Coal. El poste es tan ancho como la palma de mi mano.

Su mandíbula se tensa.

—Soy consciente. El qoru…

—Yo no soy el qoru. —Le cojo la cara entre las manos y clavo mi mirada en la suya—. Puedes liberarte con solo pedírmelo. No hace falta violencia. ¿Vale? —Le guiño un ojo—. A menos que de repente te apetezca, claro.

Coal traga saliva. Asiente. Inspira bruscamente cuando dejo que mis manos recorran su cuerpo, liberando todos mis instintos, mi anhelo de tocar a mi antojo sus músculos perfectos y endurecidos por la batalla. Extiendo las palmas sobre la gran masa de sus pectorales antes de pasar a los cordones de su camisa. Las finas cuerdas producen un siseo cuando las suelto una a una y las dejo caer al suelo cuidadosamente barrido.

El calor que desprende el fae es tan fuerte que podría cocer pan, y la tensión de sus músculos mientras lucha por permanecer quieto bajo mi contacto es tan desgarradora como excitante. Con la camisa abierta, la parte superior de su abdomen esculpido queda visible por la esquina inferior. Por supuesto, con las manos atadas, me doy cuenta de que no puedo quitarle la dichosa prenda por la cabeza por muchos cordones que desate.

La comisura de los labios de Coal se crispa al llegar a la misma conclusión, aunque probablemente él ya se había dado cuenta de eso hace ya unos minutos.

Encuentro sus ojos azules; el ardor de los míos le hace inclinarse hacia atrás con recelo.

—Espero que esta no sea una de tus favoritas. —Paseo las manos por la cintura, las caderas y los muslos de Coal y me agacho para sacar un cuchillo de su bota.

El fae se queda inmóvil.

Colocando la afilada hoja contra la tela, la corto con movimientos rápidos y bruscos que hacen que la prenda se deslice por su cuerpo de músculos lisos, mientras a él se le corta la respiración por la proximidad del filo. Pongo el cuchillo a mi alcance y vuelvo a agacharme para quitarle a Coal la bota izquierda y luego la derecha.

Para cuando empiezo con su bragueta, el poco color que le quedaba en el rostro al guerrero ha desaparecido; sus ojos observan cada uno de mis movimientos mientras su corazón late con fuerza.

—Soy yo, Coal —le susurro al oído, aunque para ello tengo que ponerme de puntillas—. Somos tú y yo. Y nadie más que la magia que liberaremos.

Enganchando los pulgares en la cinturilla de sus pantalones, se los bajo por sus musculosas piernas. Su polla se contrae cuando desaparecen sus ataduras y el aire frío le roza la piel desnuda. Intento estudiar la cara de Coal, pero mis ojos tropiezan con su gran miembro, erecto incluso ahora, mientras la excitación lucha contra el miedo. Cuando le paso la mano por encima, recorriendo las venas hinchadas de su sensible parte inferior, todo su maldito miembro se despierta aún más y el cuerpo de Coal se pone rígido contra el poste.

Alzo la vista y veo que el pecho del fae sube y baja con agitación; los músculos de su mandíbula están tan tensos que tiemblan bajo su piel. Mi propio corazón se acelera; el miedo que emana de Coal es tan palpable que mi pulso responde galopando en sintonía. Vuelvo a rozarle la polla, esta vez observándole los ojos, sabiendo que hay algo más acechando bajo la superficie.

Lo siento un instante después, el retumbar de la magia despertando en mi pecho, una llamada que responde al poder que ruge en Coal. La primera magia que siento de él en dos semanas, fuera de las cautelosas sesiones de entrenamiento de River. Sí.

—¿Quieres que pare? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Bien —susurro—. Yo tampoco. —Paseo las manos por sus músculos, evaluando. Decidiendo. La boca me duele por las ganas de cerrarse sobre esa polla erecta, pero me contengo. Con todas mis fuerzas. Lamiéndole uno de los pezones a Coal, siento que se sacude contra las ataduras, esta vez con más necesidad que miedo. A continuación, me ocupo del otro pezón, rodeándolo con la lengua antes de metérmelo entero en la boca, mostrándole a Coal mis planes para más abajo.

Jadea, con la polla erecta y palpitante contra mí.

—Pagarás por esto en la arena de combate, mortal.

—Mmm. —Mis manos recorren los duros cuadrados de su abdomen; cada uno encaja como un ladrillo en mi palma. Mis dedos se deslizan más y más abajo por los surcos, y se me hace la boca agua ante la piel lisa que cubre una fuerza de acero. Al llegar al inicio de su espeso vello rubio, siento cómo la humedad de mi propio sexo empapa mi ropa interior.

Con una mano ahuecándole los huevos, utilizo el pie para separarle las piernas con movimientos duros y despiadados.

Coal maldice, sus caderas se agitan a su pesar mientras le recorro la polla con la lengua, pasando la punta por toda su lujuriosa longitud. Arriba y abajo, arriba y abajo, parando solo para frotar alrededor de la cabeza palpitante.

Una gota de humedad se forma a lo largo de la ranura de Coal y la lamo; su sabor salado hace que mi sexo duela por la necesidad de tenerlo dentro de mí. La magia latente en mi sangre arde. Ruge. Exige una lucha, un combate, una liberación lo bastante fuerte como para hacer estallar los cielos.

Muerdo suavemente a Coal; la magia dentro de mí —la magia de Coal— quiere muchísimo más.

Me lo meto hasta el fondo en la boca y succiono su palpitante miembro, mis manos deslizándose al ritmo sobre su sensible piel. Una y otra vez. Mi boca se mueve por su polla temblorosa hasta que su exquisito sabor me cubre toda la lengua. Y aun así no es suficiente. Con la lengua y los labios en la polla de Coal, mi mano se cierra en torno a sus huevos con la fuerza suficiente para que todo el cuerpo del fae se contraiga. La magia dentro de mí se tensa; el clímax que podría derribar el establo está a una sola mamada de la polla de Coal.

Cielos.

Le doy un mordisquito y me aparto bruscamente; la repentina ausencia de su polla es dolorosa en sí misma.

Un rugido escapa de la boca de Coal, su cuerpo se sacude contra las ataduras, sus respiraciones se convierten en jadeos de necesidad que reflejan los míos. Tiene los ojos vidriosos, con motas moradas salpicando el azul brillante. Luchando. Batallando. A pesar del frío, el

sudor perla la frente de Coal; el miedo y el deseo abruman sus sentidos, llevándolo al borde de la sensación.

—¿Quién soy? —exijo, con el cuerpo gritando por recuperar la conexión.

—Una mortal —dice Coal entre dientes—. Una que pagará por esto.

Le enseño los dientes, mordiendo el aire como acabo de hacer con su polla.

—Algún día, sin duda.

—No. *Ahora*. —El poste que sujeta a Coal se dobla y las cuerdas que rodean sus muñecas se rompen como si fueran simples cordeles. Unas franjas de sangre rodean sus antebrazos donde la cuerda se le hundió en la piel.

Retrocedo tambaleándome, pero no hay escapatoria. Cogiéndome por las caderas, Coal me levanta en el aire como si no pesara nada.

—Descubro que ya no tengo miedo de tomarte —resuella Coal en mi oído—. Ya nos ocuparemos de *tus* demonios en otro momento. —Su aliento es caliente en la nuca mientras me empuja sobre un caballete de montar. El cuero acolchado se me clava en el estómago, y el pomo y el arzón de la silla me aprisionan a derecha e izquierda. El olor a cuero me llena la nariz.

Me retuerzo, intentando recuperar el equilibrio, pero no tengo dónde agarrarme. No mientras estoy inclinada, con el culo en alto y sin que ni las manos ni los pies lleguen al suelo. Coal presiona una mano en la parte baja de mi espalda mientras la otra me baja los pantalones de un solo tirón. El aire frío me roza la carne expuesta, mi sexo tan húmedo que siento la humedad deslizarse por mis muslos, antes de que Coal se enfunde dentro de mí tan rápida y duramente que grito por la pura fuerza de ello.

LERA



—Hueles como si ayer hubieras tenido una buena velada —dice Autumn, materializándose de la nada en medio de mi alcoba.

Suelto un chillido y dejo caer la jofaina al suelo. El líquido me empapa el vaporoso vestido verde. Por suerte para mi ropa mojada, un sirviente ha entrado de puntillas en la habitación mientras dormía y ha atizado el fuego, dejando la estancia calentita a pesar del invierno que se acerca. Claro que eso también significa que alguien ha estado en la habitación mientras mi conexión con Coal me visitaba en sueños, y si Autumn puede oler la excitación incluso ahora… Se me incendia la cara.

—¿No hay nada que evite que *esto* suceda? —pregunto, señalando vagamente en su dirección.

Autumn hace una mueca.

—Bueno, existe la decencia común. Ya sabes, esa misma barrera que impide que los seres entren por puertas y ventanas sin ser invitados. Lo siento, Lera. He perdido la noción de dónde estaba. —Con un suspiro, Autumn se aúpa al borde de mi cama. Sus ojos grises, normalmente vivaces, están caídos y tienen unas pesadas bolsas.

Rodeando el charco del suelo, me siento a su lado; los pies me cuelgan del alto colchón.

—¿Qué pasa?

Autumn se abraza las rodillas con sus delgados brazos hasta que parece un ovillo de orejas puntiagudas envuelto en seda color coral.

—Lo que pasa es que llevo más de cuatro siglos estudiando custodias. —Apoya la mejilla en una rótula—. Para cuando River apenas estaba aprendiendo a tensar un arco, yo ya había insonorizado con custodias el salón del trono. He construido más pasajes y pliegues estables a través de la Penumbra que ningún otro ser en Slait. Y ayudo al propio Consejo de Ancianos a ajustar las antiguas custodias de la Ciudadela. ¿Sabes lo que *no* he estudiado durante los últimos cuatrocientos años? Formas de abrir un maldito portal de Lunos a Mors. Porque ¿a qué idiota demente se le ocurriría jamás hacer algo así?

—¿Y has estado intentando ponerte al día con cuatrocientos años de negligencia en dos semanas? —le tiro de una de sus muchas trenzas rubias.

Suspira.

—Háblame de otra cosa. De River… no, de River no. No quiero saber detalles de nada que tenga que ver con River. De Coal. —Los ojos de Autumn se animan y su rostro se ilumina ligeramente—. Por cierto, está machacando un muñeco de entrenamiento hasta su décima muerte de la mañana. Eso, después de recibir el alba con un chapuzón helado en el lago. ¿Qué pasó exactamente anoche?

Me aclaro la garganta.

—Tuvimos… una discusión intelectual sobre la seguridad durante el acoplamiento. La primera de lo que creo que será una serie de estudios.

Autumn parpadea una vez y luego echa la cabeza hacia atrás con una carcajada melodiosa.

—No me extraña que el pobre desgraciado no pueda parar quieto. No creo que se les puedan explotar las pollas, pero apostaría mi mejor talismán a que siente que la suya podría.

Le doy un golpe con una almohada.

—De todos modos, ¿cómo sabes lo que ha estado haciendo Coal?

—Kora. —Autumn pone una mueca—. La princesa guerrera entrometida, sobreprotectora y controladora que es. Juro que peina

los malditos terrenos cada hora. Ni siquiera la biblioteca es un lugar seguro.

Abro la boca y la cierro, entrecerrando los ojos.

—¿Te has metido en mi alcoba a través de la Penumbra para evitarla?

Un pequeño brillo chispea en los ojos grises de Autumn.

—Puede ser. —Me mira de reojo—. Puede que Kora crea o no que paso demasiado tiempo pensando y no el suficiente descansando. Y puede tener o no algunas ideas desagradables sobre cómo…, ¿cómo lo llama? Ah, sí, «darme un respiro de mí misma». —Autumn se muerde el labio, y su expresión pasa de la indignación a algo más suave, más vulnerable de lo que le he visto nunca—. He tenido amantes antes, ¿sabes? —dice en voz baja—. Hombres, mujeres, relaciones largas, aventuras fugaces y divertidas, de todo. Pero Kora… Ella ve lo que mi alma necesita, sepa mi mente que lo necesita o no. Es exasperante, embriagador y… Estrellas, es tan intenso que no sé qué hacer conmigo misma. ¿Cómo lo haces tú, Lera? ¿Cómo sigues siendo tú misma con *cuatro* machos sobreprotectores a tu lado?

Considero la pregunta. La respuesta acude a mis labios antes de que sepa del todo cuál será.

—Los quiero. —Las palabras se asientan en mi interior—. Y cada vez que estoy con ellos, descubro que hay más en cada uno de lo que pensaba. En cuanto a ser yo misma, no soy la misma versión de mí que rescataron del granero de Zake. Soy algo nuevo, algo que está tan entrelazado con River, Coal, Shade y Tye que no puedo imaginar separarme. Ya sé que no es una gran respuesta.

Autumn se enrolla una de sus trenzas en el dedo.

—Sí que lo es. Solo que es más complicada de lo que quería oír. —Una sonrisa cruza su rostro—. Quizás debería intentar hacerle a Kora lo que sea que le hiciste a Coal anoche. Nunca he visto al macho tan exquisitamente confuso como esta mañana. Hablando de tus cuatro… —baja la voz—, ¿cómo es *eso*? Quiero decir, ¿es siempre uno o…?

»Sí. Bueno, más o menos. —La cara me arde al recordar aquella noche con Tye y Shade en esta misma cama. Salto de ella de

inmediato y devuelvo la jofaina a su sitio, encima de la cómoda, con los muslos contraídos a mi pesar—. Ni siquiera sé cómo funcionaría de otra forma… Quiero decir… Da igual. Sí. La respuesta es sí. De uno en uno.

Autumn enarca una ceja.

Cojo una toalla para secar el agua que aún queda en el suelo. No. No. *No.*

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que estás conjurando en esa biblioteca tuya? —pregunto, en un patético intento de cambiar de tema.

—Escudos estáticos. —La voz habitualmente musical de Autumn adquiere de repente un filo de acero. Un recordatorio del poder que arde dentro de ese cuerpo travieso y esa mente brillante—. Algo como lo que Viper intentó en tu juicio, pero mucho más refinado. —Sonríe sin humor, mostrando unos afilados caninos—. Una vez que mi cabrón de progenitor aparezca, no volverá a irse sin mi permiso.

Una vez que aparezca.

—¿Cuánto crees que falta para que eso ocurra? —pregunto—. Me siento un poco como si todos fuéramos un cebo dentro de una ratonera defectuosa.

—No somos el cebo. Somos los contendientes. —El tono sombrío de Autumn se vuelve igual al mío—. En cuanto a cuánto tiempo, no mucho ya, me imagino. —Se acerca a la ventana y señala la más alta de las torres de cúpula dorada, donde una nueva bandera —esta vez granate con un león de oro— ondea al viento—. Si el viaje de semanas para llegar hasta aquí no fue un mensaje suficiente, River ha izado esta mañana el estandarte del rey. Una proclamación de que el gobernante legítimo de la corte de Slait se encuentra actualmente en residencia.

—Así que, a no ser que Griorgi quiera que todo Slait sepa que está siendo desafiado, tiene que volver de inmediato y hacerlo discretamente, para que la gente piense que *él* es el gobernante en residencia. —Niego con la cabeza—. Si esto funciona, será el destronamiento más silencioso de la historia.

—Tiene que funcionar. —El rostro de Autumn se ensombrece—. Pero, de cualquier modo, lo averiguaremos pronto.

RIVER



Un frío glacial azotaba el rostro de River mientras se apoyaba en un gran roble en los jardines del palacio, observando el estandarte del rey ondear al viento. Había esperado que su padre apareciera al día siguiente de lanzarle el desafío.

De eso hacía más de una semana.

Ocho días revisando y volviendo a revisar las protecciones, enviando nuevas patrullas, repasando el plan una y otra vez. Ocho días de vigilancia constante. Una vigilancia teñida de aburrimiento. Coal había roto todos los postes del patio de entrenamiento. Shade había pasado más tiempo en su forma de lobo que en la de fae, aunque solo fuera para ahuyentar la ansiedad.

Y ahora los súbditos de Slait empezaban a hacer preguntas, a exigir audiencias con Griorgi, a quien creían que se encontraba realmente en la residencia, y a traer productos que le gustaban al rey. Incluso el bien entrenado personal de palacio, que sabía que no debía discutir lo que de verdad estaba —o no— sucediendo en el palacio, empezaba a susurrar. Sí, en ocasiones el rey Griorgi se había recluido en sus aposentos durante días, ¿pero una semana? ¿Cómo podía explicar eso River?

Los rumores de una enfermedad funcionarían a corto plazo, pero eran peligrosos. Aun así, era mejor que los sirvientes cuchichearan sobre una tos que sobre la verdad: que Griorgi no estaba allí en

absoluto. Que el príncipe de Slait había desafiado el gobierno de su padre y que todo el reino se encontraba al borde del caos.

Los serenos jardines, con sus céspedes suavemente ondulados, sus pulcros muros de piedra y sus fuentes murmurantes, ofrecían un contraste casi espeluznante con la tensión que impregnaba el aire. Sauces llorones y anchos robles presidían rincones íntimos con bancos cubiertos de musgo. Hojas de un rojo y naranja vibrantes cubrían el suelo, esperando el rastrillo del jardinero.

River acarició con los dedos la espada que ahora llevaba en todo momento, así como la pequeña ballesta que colgaba bajo su abrigo, con un dardo envenenado ya cargado. Esperaba no pegarse un tiro en el pie con el maldito cacharro, pero parecía el menor de los riesgos.

—Siempre he considerado que las guerras ya son bastante difíciles en un campo de batalla —dijo Coal, apoyado junto a River en el tronco del árbol—. Librar una fingiendo que no hay ninguna guerra añade una nueva dimensión.

River se pasó una mano por el pelo y se detuvo al recordar que Leralynn decía que era un gesto que lo delataba. —Lo último que quiero es que todo Slait se alce en armas y se maten unos a otros en nombre del bando que apoyen. Esa es la única maldita cosa en la que Griorgi y yo probablemente estemos de acuerdo. ¿Dónde está Leralynn?

—Intentando echar a Shade de su dormitorio para poder bañarse. La última vez que la vi, amenazaba con echarle una jarra de agua helada sobre el pelaje a ese cabrón.

River asintió, obligándose a mantener sus pensamientos en privado. Alcanzar el equilibrio entre mantener a Leralynn a salvo y mantenerla prisionera estaba resultando… difícil. La última vez que River intentó sugerir que permaneciera con un varón en todo momento, la chica sacó unas tijeras de castración de un zurrón y, en silencio, dejó el instrumento sobre la mesa entre ellos.

Kora no lo estaba teniendo más fácil para vigilar a Autumn. Ese era el otro problema de esta espera de una semana: nadie podía mantenerse en alerta máxima todo el tiempo. Las restricciones y

precauciones que se habían seguido al pie de la letra el primer día, ahora se relajaban para adaptarse a las necesidades de la vida.

—River —dijo Coal.

—Lo sé. Estoy *intentando* equilibrar su seguridad y sus necesidades, pero…

—Silencio.

La voz repentinamente dura de Coal le oprimió el pecho a River. Se enderezó y siguió la dirección de la mirada del guerrero hasta un brillante banderín dorado que ahora ondeaba junto al estandarte del rey. *El rey recibe a los peticionarios.*

—Avisa a los demás, pero manteneos alejados del salón del trono —dijo River, que ya se dirigía al palacio—. No queremos asustarlo.

* * *

A PESAR de la larga y ansiosa espera de aquel momento, una mano fría atenazó la garganta de River cuando entró en el salón del trono y encontró al rey Griorgi recostado en la gran silla. La larga sala estaba vacía a excepción del varón. Entre ellos, el suelo de mármol blanco donde solían esperar los peticionarios relucía bajo la luz del sol que entraba a raudales por unos ventanales en arco de dos pisos de altura. Jarrones de flores frescas formaban un pasillo hacia el estrado y sus vivos pétalos llenaban el espacio de perfume. Normalmente, el olor ayudaría a equilibrar los aromas de docenas de cuerpos. Hoy, simplemente alimentaba la tensión.

Al ver entrar a River, Griorgi se incorporó y entrelazó las manos bajo la barbilla. Tan alto como el propio River, pero con hombros más anchos, rasgos aguileños y fríos ojos grises, el rey vestía lana azul de corte fino y cuero marrón. Con ribetes dorados y diminutos botones de rubí, junto con un intrincado brazal que rodeaba un musculoso antebrazo, Griorgi tenía todo el aspecto del soberano que era. Aparte de las joyas, el único otro cambio en la apariencia del varón era una cicatriz reciente que trazaba una línea irregular por una mejilla hasta el borde de su fosa nasal derecha. Obra de

Leralynn. River sintió una extraña punzada de orgullo, antes de recordar dónde estaba.

Años de entrenamiento le hicieron relajar los hombros y avanzar hacia el estrado con la confianza despreocupada que se esperaba de un príncipe. Acercarse al rey era vital para que el plan funcionara, lo que convertía el salón del trono en un lugar mejor de lo que River se había atrevido a esperar.

—Bienvenido a casa, padre —dijo, deteniéndose al borde del estrado, a solo unos pasos del trono—. Confío en que tanto usted como su nuevo aliado hayan escapado de Karnish sin demasiados rasguños.

Los ojos de Griorgi brillaron y su mirada se desvió de River al suelo.

Con el rostro convertido en una máscara de piedra, River hincó una rodilla en tierra, con el puño sobre el pecho izquierdo.

Bajo su grueso abrigo de terciopelo, la pequeña ballesta era fácil de sentir, y el pequeño bulto hizo que el corazón de River martilleara contra sus costillas. Tenía que hacerlo ya. Coger el arma y disparar, sin dejar tiempo para discusiones, sin posibilidad de un duelo mágico que derribara el palacio sobre sus cabezas. Cualquier cosa que no fuera un tiro limpio y la gente moriría. Sirvientes. Inocentes. River no podía permitirlo. Pero el varón en el trono… era un perro rabioso al que había que sacrificar antes de que su enfermedad matara a más gente.

Con un gesto minúsculo, River deshizo el nudo que sujetaba el arma y sintió cómo empezaba a deslizarse por el interior de su abrigo, dos centímetros, cinco… antes de quedarse atascada, ¡que las estrellas se lo llevaran!

—Ese pequeño arrebato en Karnish destruyó buena parte de la ciudad, ¿sabe? —dijo Griorgi, negando con la cabeza con aire apesadumbrado e indicándole a River que se levantara—. Guerreros sepultados vivos. Miembros aplastados. Sangre corriendo por las calles. —Bajó la voz—. Entre usted y yo, los qoru que no se sumaban al recuento de cadáveres estaban bastante complacidos, aunque por poco tiempo. No les sirven de mucho los muertos.

—¿Y el emperador? —dijo River, moviéndose ligeramente para desatascar la ballesta. La suave empuñadura de metal cayó como hielo contra su muñeca, y el corazón de River dio un vuelco mientras apretaba la pequeña arma contra su cadera, sujetándola y ocultándola solo con la fricción. Con movimientos dolorosamente pequeños, deslizó la ballesta hacia su bolsillo; la idea de que el cacharro cayera al suelo o reflejara un destello de luz hizo que se le secara la boca—. ¿Le pareció el festín de su agrado?

—Ese cobarde se metió en la Subpenumbra en cuanto las cosas se pusieron feas. ¿Ha estado usted allí, River? —Griorgi se estremeció—. Si cree que la Penumbra es oscura, el siguiente nivel es peor. Uno se siente como si estuviera bajo el agua en plena noche, luchando contra un líquido negro cada vez que se mueve. Es un milagro que se pueda respirar en la Subpenumbra, aunque los qoru no tienen muchos problemas. Anatomía diferente. Para Jawrar fue un viaje de ida, por desgracia: no puede salir de la Subpenumbra en Lunos, así que tuvo que volver a Mors.

Un hilo de alivio recorrió a River a pesar de su pulso acelerado: al menos Jawrar ya no estaba en Lunos, tal como Autumn había predicho. Si es que Griorgi decía la verdad sobre la partida del emperador.

A River se le oprimió el corazón con otras mil preguntas que quería hacer ahora que la ballesta reposaba en su bolsillo, con el dardo venenoso apuntando al pecho de Griorgi. Había pensado que sería fácil apretar el gatillo, había soñado con hacerlo innumerables veces desde el asesinato de su madre. Pero ahora que había llegado el momento… apagar la vida de su propio padre. Tragó saliva. Se armó de valor.

—¿Por qué colaborar con Jawrar? —preguntó River—. ¿Por qué no…? —Apretó el gatillo.

RIVER



El pequeño dardo rasgó limpiamente la tela de los pantalones de River y salió disparado directo hacia Griorgi. River no se había andado con florituras; había disparado en mitad de su propia pregunta, cuando el cabrón menos se esperaría el ataque. Y había apuntado al centro de masa del rey. No era momento para exhibiciones. Poco importaba dónde impactara el dardo; el veneno se extendería con la suficiente rapidez.

Su cuerpo se tensó a la espera del suave deslizamiento de la aguja en la carne. Del siseo de sorpresa.

Clinc.

Un tintineo melódico en el suelo le heló la sangre a River. *No debería haber ningún tintineo*, insistió su mente, aturdida. Un *silbido*, quizá. Tal vez un gruñido de dolor. O un grito de sorpresa. No el tintineo de metal sobre mármol. River estaba a tres pasos. Griorgi nunca podría haber levantado un escudo, no a tan poca distancia y sin el menor aviso. Era imposible.

Y, sin embargo…, sin embargo, allí estaba el dardo, rodando inocuamente por el suelo de mármol.

Un silencio tan denso como la Penumbra se apoderó del salón del trono, hasta que una risa grave y estruendosa lo hizo añicos.

—Oh, River, de verdad que todavía es usted un potrillo —dijo Griorgi y se ajustó el brazal con forma de enredadera, cuyos rubíes profundamente incrustados relucían ahora con sangre mercurial—.

Magia mors. Un regalo de Jawrar. —Griorgi hizo un gesto con la mano para restarle importancia a la confusión de River—. Esta bonita pieza de artesanía de sangre es una especie de armadura que reacciona sin necesidad de recibir órdenes del portador para protegerlo de un ataque físico. Requiere un poco de práctica, pero la inversión merece la pena. Los qoru la encuentran útil para pastorear su ganado. Los machos, sobre todo, pueden ser impredecibles.

River tenía la boca seca; el corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que era un milagro que no se le partieran. —Una baratija muy útil —dijo, la mente buscando a toda prisa el siguiente paso sin ocurrírsele nada mejor que ganar tiempo. La guarda de estática de Autumn funcionaba bien desde el día anterior, y lo más probable era que ella trajera el amuleto con la runa inscrita en cuanto oyera la llamada de Coal. River señaló el brazal con la barbilla—. ¿Dónde podría conseguir uno?

Griorgi volvió a reír. —Le conseguiría uno en la próxima ocasión, aunque el coste de mantenerlo cargado podría revolverle el estómago. No a todo el que le gusta la carne puede matar a los animales, y usted es demasiado remilgado para esas cosas.

—Podrían persuadirme para que cambiara de opinión —dijo River, soltando un pequeño suspiro cuando una de las puertas laterales se abrió y reveló a Coal, Tye y Shade; este último cubierto de sangre y tambaleándose. River apartó sus preocupaciones para más tarde. Si los varones estaban allí, significaba que Autumn probablemente tenía su escudo colocado, listo para impedir que Griorgi se escapara pasase lo que pasase.

—Me alegro de que lo vea así. —Ignorando a Coal y a los demás, el rey sacó un par de pulseras del interior de su túnica. El diseño recordaba de algún modo al brazal que llevaba, aunque el metal era opaco y, en lugar de rubíes, tenía una hilera de piedras tan oscuras que se tragaban la luz.

Igual que aquel escudo que el emperador Jawrar había erigido para protegerse del ataque de River.

—Póngase esto. —Griorgi le lanzó los grilletes a River, que los cogió por instinto.

De inmediato, la bilis le subió a la garganta; la corrupción y la perversión de aquellos objetos le retorcieron la magia.

Griorgi levantó una mano, con los ojos de repente tan oscuros como las piedras de obsidiana. —Hay algo que me gustaría que viera, River…, antes de que haga alguna imprudencia. Espere aquí. —Levantándose de su trono, Griorgi se adentró en la Penumbra y el aire a su alrededor se onduló mientras desaparecía. Dos latidos después, el varón estaba de vuelta.

Y tenía a Leralynn con él.

River se quedó paralizado.

Por el pelo mojado y el albornoz de la muchacha, supuso que Griorgi la había raptado justo cuando terminaba de bañarse. Leralynn se retorcía contra el agarre de Griorgi en su nuca, encogiéndose sobre sí misma, con el ojo derecho cerrado por la hinchazón y el izquierdo entornado por un profundo hematoma. Una mordaza en la boca le impedía hablar, pero no ocultaba los sonidos de furia y horror en su garganta.

El terror se apoderó de River, y cada músculo de su cuerpo se tensó con la necesidad de luchar. De matar. No se dio cuenta de que se había levantado y llenado de toda su magia hasta que ya lo había hecho. Sabía que sus hermanos de quinteto estaban haciendo lo mismo al otro lado de la sala. Un suspiro más y River derrumbaría todo el maldito palacio. Medio reino. Lo que fuera.

—Quieto. —Griorgi empujó a Leralynn y la puso de rodillas, dejando al descubierto el cuello de la muchacha: un collar de oscuridad le rodeaba la garganta. Una correa que salía del collar estaba enrollada en la muñeca de Griorgi—. Estoy seguro de que Coal puede explicarle los detalles de esta pequeña herramienta, pero, en resumen…

Leralynn se sacudió, arañándose la garganta con las manos.

—No le servirá de nada, cariño —le dijo Griorgi a la muchacha, con la voz llena de una compasión perversa—. Me temo que ahora solo la obediencia de River puede ayudarla. —Señaló las pulseras en las manos de River.

Leralynn negó con la cabeza, su único ojo sano brillando con desafío. *No. No lo hagas.*

Las náuseas revolvieron el estómago de River, su corazón palpitante se detuvo cuando los labios de Leralynn pasaron de un rosa saludable a un azul mortal y sin aire. Un momento más y el cabrón la mataría por accidente.

—Basta. —River levantó las pulseras. Fuera lo que fuera que hicieran aquellas cosas corruptas, se lo harían a él, no a Leralynn. Eso ya era algo mejor—. Déjala ir y haré lo que digas.

—Pues hágalo. —Griorgi agitó la mano. Al otro extremo de la correa, Leralynn tomó una inspiración áspera, como si le hubieran concedido una pizca de aire—. Estoy intentando dejarla vivir para evitar que tenga usted una rabieta en medio de Slait y mate a cientos de personas de mi pueblo. Pero como se entretenga mucho más, le romperé el cuello a esta bonita mascota y buscaré otro incentivo.

El rostro de Leralynn se oscureció de nuevo y todo sonido de respiración cesó.

River podía sentir la rabia y el pánico de Coal, Tye y Shade desde el otro lado de la sala, pulsando en oleadas. Querían hacer algo —algo peligroso, posiblemente fatal para uno o para todos ellos—, y lo harían. Si River no hacía algo primero.

Se le cerró la garganta, sus manos obedeciendo. No había otra opción si Leralynn quería vivir. Todos sus planes, sus escudos, sus ideas… Qué rápido habían dejado de importar. Con los ojos fijos en el cuello de la muchacha, River se cerró el extraño metal en una muñeca y luego en la otra, estremeciéndose cuando un torrente helado le recorrió el cuerpo. Como si la Penumbra líquida se hubiera derramado en su sangre.

Por instinto, recurrió a su magia, buscando su consuelo para defenderse de la oscuridad. El poder se encendió con fuerza… y golpeó aquel metal opaco que rodeaba sus muñecas. Por un momento, una ausencia total de sensaciones le recorrió el cuerpo. Y luego, una onda de choque lo bastante dolorosa como para hacerlo caer de rodillas.

—¡No toques la magia! —gritó Coal, aunque ya era demasiado tarde.

Leralynn jadeó, estirándose hacia River.

—Silencio, mascota. —Griorgi tiró de la correa de la muchacha con tanta fuerza que cayó hacia atrás—. Es hora de que nos vayamos.

Cuando la espalda de Leralynn impactó contra el suelo, un rugido espeluznante resonó en las paredes de piedra. Aquel rugido fue la única advertencia que recibieron antes de que un tigre de más de trescientos kilos se abalanzara sobre Griorgi. Los ojos verdes del enorme felino brillaban con ferocidad, sus dientes relucían asesinos…, y su mente era ajena a cualquier defensa que el rey pudiera tener.

LERA

Grito contra la mordaza mientras el tigre de Tye se abalanza sobre Griorgi. Incorporándome a toda prisa, lanzo las manos hacia delante para ahuyentar al animal, como si semejante gesto pudiera detener al macho antes de que se topara con el escudo respaldado por Mors que Griorgi tuviera a su alrededor. Un dolor agudo me atraviesa las costillas.

El gran felino pivota y cambia de dirección con la grácil destreza de un depredador.

Una bocanada de alivio me llena los torturados pulmones, pero se me hiela al instante.

Impulsándose en el suelo de mármol, el tigre de Tye salta. Trescientos kilos de puro músculo se estrellan contra *mí* con tal fuerza que me crujen los huesos. La correa que Griorgi me ha puesto al cuello se parte en dos y por poco me lo arranca a mí también. Tambaleándome bajo la fuerza de Tye, me estrello contra la pared más cercana mientras la habitación se apaga y se enciende ante mis ojos. Cuando recupero la vista lo suficiente para enfocar, me encuentro al tigre agazapado sobre mí, con las fauces abiertas mostrando todos sus dientes desgarradores.

Sin miedo. Sin miedo. Sin miedo. Me obligo a inspirar despacio a pesar de tener el corazón desbocado.

—¡Lera! —grita Shade.

El tigre de Tye se vuelve bruscamente hacia él. El gruñido bajo y amenazador que sale del pecho del felino no alberga ni una pizca de la razón de su compañero fae. Girando su enorme cabeza por la habitación, el tigre ruge la misma advertencia a todos los machos presentes. *Mía. Alejaos.*

—No te acerques, Shade —lo llamo, con cuidado de no mirar al macho de pelo oscuro. Para no darle al tigre de Tye ningún motivo para preocuparse por su territorio. Mi mente va a mil por hora. Con River encadenado, estamos todos a merced de Griorgi.

—Vaya, esto es intrigante, ¿no le parece? —Griorgi se alisa los puños de su chaqueta azul mientras observa la escena con una ceja arqueada—. Su corrupto parecido con mi River me produce un pavor nauseabundo; su silueta oscura y su agrio olor son tan perturbadores ahora como cuando me sacó de la bañera, mirando con lascivia las partes desnudas de mi cuerpo que solo mis machos pueden ver. El grito que ascendía por mi garganta y que él ahogó con un manotazo parece seguir ahí, desgarrándome por dentro. Al igual que los gemidos lupinos que oí a través de la puerta cuando el cabrón salió, dejándome atada. Griorgi se examina las uñas un momento—. Una bestia irracional, una puta mortal, un principito con un bocado en la boca y dos tarados. Todo un ejército. Dígale al cerebro de su operación que deje de hacerse trenzas y salga aquí.

—Autumn no es… —La protesta de River se disuelve en un bramido de dolor. Me estremezco. Las facciones por lo general tersas de su hermoso rostro están contraídas, y tira de las pulseras con tal fuerza que temo que se rompa los huesos.

Me doy cuenta de que me estoy moviendo solo cuando el tigre de Tye ruge su descontento, obligándome a volver al suelo. El aullido de dolor de River continúa sin cesar hasta que se desploma inconsciente. Contengo un grito. La sangre gotea de sus muñecas y su boca, formando un charco rojo y viscoso que repta por el mármol blanco.

Griorgi suspira. —Bueno, no se puede tener todo lo que uno desea de una vez. —Con un dedo, les hace señas a Coal y a Shade para que se acerquen—. Me llevaré solo a los que conservan el juicio, por poco que sea. —Señala a River—. Recojan eso y

vámonos. Ya saben lo que le pasará a su comandante si se les ocurre desobedecer.

El terror corre por mis venas mientras Coal y Shade sujetan el cuerpo inerte de River, y Griorgi los conduce a los tres hacia la Penumbra. Cuando Coal se adentra en el aire ondulante, se vuelve hacia mí el tiempo suficiente para articular sin sonido: «No te acerques, mortal».

* * *

—Tenemos que ir a buscarlos. —Tengo la boca pastosa y mi cara hinchada se mueve con lentitud mientras una de las hermanas del quintero de Kora me ayuda a salir del salón del trono. Con el tigre de Tye en alerta, la fae ha tardado una hora solo en llegar hasta mí sin que se la comiera, y el doble en ayudarme a salir al pasillo. Puede que yo no tenga mi propia magia ni que sea capaz de sentir el vínculo con la misma agudeza que ellos, pero *siento* cómo mis machos se alejan de mí con cada minuto que pasa. Un pánico sordo se extiende por mi cuerpo con cada latido. Se han ido. No puedo creer que se hayan ido. Agarro la ropa de la mujer, aferrándome a la tela con mis dedos entumecidos. Una imagen de horror tras otra recorre mis pensamientos—. ¿Dónde está Autumn?

—En su dormitorio. Gritando tan fuerte como para despertar a las estrellas. —Poniendo una mano en mi cintura, la fae me guía a la habitación de Autumn. Apenas me fijo en las paredes suntuosamente tapizadas o en los apliques dorados, ni en la gruesa alfombra que ahoga nuestros pasos. Cuando abre la puerta y libera los chillidos de Autumn, me doy cuenta de que el lugar está insonorizado.

—No había otra opción —grita Kora por encima de los lamentos de Autumn—. Te habría secuestrado a ti también. —Sentada en la cama de Autumn, Kora sujeta a mi agitada amiga con un abrazo de oso; los arañazos en la piel de Kora delatan los signos de una batalla. Al verme entrar, Kora gira a Autumn para que me mire—.

Mira. —Le sacude los hombros a Autumn—. Griorgi la habría matado. No había otra opción. No la hay ahora.

Autumn inspira con dificultad, y sus ojos hinchados se abren de par en par al ver mi cara amoratada. —Tenemos que ir a por ellos.

—¡No podéis ir a por ellos! —espeta Kora, y es evidente que no es la primera vez que lo dice. Sus ojos azules me lanzan un destello —. Si vamos a por él ahora, el cabrón conseguirá todo lo que quiere. A ti. A Lera. A los machos. Todo. *Ganaremos* la guerra, pero hemos perdido esta batalla en el momento en que esos grilletes se cerraron en las muñecas de River.

—Yo… —decimos Autumn y yo al unísono.

—¡No! —Kora nos fulmina a las dos con la mirada, y su tono de voz hiela la habitación—. No habrá suicidios. Si alguna de las dos cree que va a poder enfrentarse a Griorgi ahora mismo y sobrevivir, puede empezar por intentar pasar por encima de mí. Y luego de ese tigre rabioso que hay en el salón del trono. Haré que los sirvientes estén listos para limpiar los trozos ensangrentados que queden.

LERA



—¿Tye? —La puerta del salón del trono se cierra a mis espaldas sin hacer ruido; el distante tañido de la campana de medianoche es un sonido surrealista en la oscuridad. Levanto el farol y examino el frío espacio.

Al otro lado del suelo de mármol, el tigre entreabre un ojo verde y me observa con curiosidad.

—No tienes ni idea de lo que ha pasado, ¿verdad? —Me muerdo el labio, preguntándome si no envidio la inconsciencia del animal. Por si acaso los otros machos estuvieran cerca, extiendo la mente, intentando sentir un atisbo de la esencia de Coal. No encuentro nada. Otra vez. Solo un vacío que envuelve mi ser en oscuridad.

Por primera vez, comprendo del todo la decisión de Shade de permanecer en su forma de lobo tras la muerte de su gemelo. Daría lo que fuera por aplacar mis emociones ahora mismo. *Están vivos*, me recuerdo. *Sentirías su muerte si ocurriera.*

Sí, River, Shade y Coal están vivos. Si ahora mismo desearían lo contrario es otra historia.

Con una mueca de dolor, dejo el par de mantas y el cuenco de leche que he traído. A pesar de las horas que el sanador del palacio ha pasado tratándome, el cuerpo aún me duele cada vez que me muevo, pero el dolor es bienvenido. Merecido. Aunque soy incapaz de rebatir el razonamiento de Kora de que necesitamos un plan antes de actuar, eso no alivia en absoluto el vacío que siento en el

pecho. Extiendo una de las mantas. —No podemos dejarte salir de aquí en forma de tigre, pero he pensado que estar tumbado en un suelo de mármol quizá… Te he traído esto.

Justo cuando creo que el tigre no va a dignarse a moverse, el enorme felino se levanta con pesadez y se acerca. Hinca el hocico en el cuenco y estornuda, salpicando todo de leche. El tigre levanta su rosada nariz y me lanza una mirada de desaprobación.

Me cruzo de brazos. —Soy consciente de que no eres vegetariano, pero si crees que voy a traerte un plato de roedores muertos para cenar, lo llevas claro.

El tigre de Tye mueve los bigotes, y sus expresivos ojos verdes parecen decir: *¿Quién ha dicho que tuvieran que estar muertos?*

Ignorando al felino indignado, llevo la segunda manta a un rincón, lo más lejos posible del trono —del recuerdo de Griorgi—, y me acurruco hecha un ovillo. Puede que Tye sea un tigre ahora mismo, pero prefiero mil veces compartir un suelo de mármol con él que una cama a solas. De día o de noche.

* * *

Me despierto con el olor a sábanas limpias de lavanda, mezclado con un aroma a pino y cítricos que me envuelve con la misma fuerza que el edredón de plumas. Parpadeo ante la luz del sol matutino y encuentro a Tye en su forma feérica, tumbado en la cama a mi lado, con sus ojos verdes clavados en mi cara. Su pesado brazo es un peso sólido en mi cintura.

—¿Dónde…, cómo…, qué hora es? —Las palabras se me traban en la boca. Moverme duele. Vivir duele.

Tye me acaricia el pelo con una mano. —Sobre las diez de la mañana. El tiempo suficiente para que Autumn me pusiera al día de lo ocurrido. —Tiene el rostro tenso, el dolor tras sus ojos tan palpable como el mío—. Volví a mi forma al amanecer y pensé que merecía la pena el esfuerzo de salirnos del suelo de mármol.

Tye se acerca y me aprieta contra él, hundiendo mi cara en su musculoso hombro mientras sus brazos me rodean con fuerza. El

bum-bum, bum-bum de su corazón resuena en mi carne, espoleando el mío.

—No es justo —susurro, levantando la cabeza lo suficiente para encontrarme con sus ojos verdes. Mis manos se hincan en la piel desnuda de Tye, clavándole las uñas en la carne—. Que nosotros dos estemos aquí, en esta cama de plumas, mientras los demás están encadenados.

Las comisuras de la boca del macho se tensan, pero no se aparta, sino que clava sus propias manos con fuerza en mis músculos. —No. No lo es.

Lo miro fijamente. Las duras facciones de su rostro, su mirada penetrante, el puro poder que emana de sus esculpidos músculos… Es una ciudadela de fuerza. La rabia de una batalla que nunca llegué a librar en el salón del trono me recorre y hace que mi corazón se acelere. Un fuego se enciende en mi pecho, deseando abrasar el mundo por pura malicia. Hacer algo, lo que sea, para atravesar el velo de la desesperación. Inspiro bruscamente. Y, con el siguiente latido de mi corazón, cierro la boca sobre la de Tye.

Mi lengua se abre paso en su boca y asalta la suya con furia salvaje.

Tye gruñe, un sonido que hace vibrar su pecho. Con la boca aún sobre la mía, nos gira para estampar mis hombros contra el colchón, que rebota ligeramente bajo el repentino ataque. Los dientes de Tye me rozan el labio cuando se aparta, irguiéndose sobre mi cuerpo mientras se sienta a horcajadas sobre mis caderas. Sus duras manos me agarran la camisa y la rasgan con un único y ensordecedor movimiento.

La tela al rasgarse me muerde la piel, mi corazón se acelera en respuesta. Mis músculos se contraen, se revuelven, luchan contra el peso inamovible que me aprisiona en la cama. —¡No es justo! —medio grito, medio sollozo, y el martilleo de los recuerdos me magulla el alma. La sombra lasciva de Griorgi. Su mano sobre mi boca. El agua del baño salpicando por todas partes. River retorciéndose de dolor en el suelo del salón del trono. Los ojos azules de Coal ardiendo en los míos una vez más antes de desaparecer en la Penumbra—. No es…

Tye me agarra la muñeca y me doy cuenta de que acabo de golpearlo. De que iba a darle otro golpe. Venciéndome, el macho me inmoviliza los brazos por encima de la cabeza con una fuerza férrea. Con sus muslos flanqueando mis caderas y una mano sujetando mis muñecas contra el colchón, atrapa mi mirada.

Dejo escapar un suspiro entrecortado; mi sexo se contrae tan irremediablemente como el resto de mi cuerpo.

Las fosas nasales de Tye se ensanchan, sin duda percibiendo la cruda excitación. Como si mi cuerpo, incapaz de luchar, exigiera una sustitución.

Desnudándose con un movimiento eficaz, sus ojos verdes feroces sobre los míos, Tye coloca su miembro en mi entrada y embiste con fuerza. Una y otra vez. La palpitante cabeza de su polla encuentra el punto vulnerable dentro de mí y no muestra piedad; cada embestida enciende una mezcla de placer y dolor. Un dolor carnal tan fuerte que resuena por todo mi cuerpo, combatiendo la oscuridad, aunque solo sea por un momento.

—Más fuerte —digo entre dientes, cabalgando la necesidad que crece furiosamente en mi interior hasta que explota sin control. Mi cuerpo se tambalea al borde del orgasmo, destellos de recuerdos se entremezclan con ráfagas de sensación. Me sacudo contra las ataduras, agitándome en busca de una libertad con la que no sabría qué hacer.

La mano de Tye aprieta más mis muñecas. Manteniéndome inmóvil con su peso, sus piernas, su mirada, el macho no me concede ni libertad, ni cuartel, ni más opción que sentirlo *a él* hasta la exclusión del mundo. Su torso y sus hombros cincelados se elevan sobre mí, húmedos de sudor, llenando mi campo de visión. El golpeteo rítmico e incesante a través de mi humedad crece hasta consumir mi universo. Cuando abro la boca, los labios de Tye descienden castigadores sobre los míos. Arrebatándome incluso el habla.

La rendición me inunda con su siguiente embestida; mi mente se acalla para dejar que descargas de placer recorran mi sexo y bajen por la parte posterior de mis piernas. Los dedos de mis pies se enroscan, los de mis manos se cierran en el aire mientras mi canal

se contrae alrededor de la dureza del macho. Cuando llega el tsunami del orgasmo, las lágrimas por fin fluyen con él.

Tye me acuna contra él cuando terminamos, y solo me suelta un instante para mojar una toallita en agua. Limpiándome la cara con el paño húmedo, traza suavemente las líneas de mis pómulos, mis moratones, que ahora son de un amarillo pálido gracias al tiempo y a la magia curativa. El frescor del agua es bienvenido contra mi piel ardiente, al igual que el lento y rítmico roce del aliento de Tye contra mi pelo.

—Dime que los recuperaremos —digo contra su pecho.

—Los recuperaremos —responde una voz demasiado aguda para ser la de Tye.

Moviéndome, giro la cara hacia la puerta y encuentro a Autumn, completamente vestida de determinación.

LERA

—He peinado el salón del trono esta mañana —dice Autumn, caminando de un lado a otro junto a la mesa de roble en uno de los nichos de la biblioteca del palacio. A nuestro alrededor, las estanterías de libros se alzan hasta un techo abovedado, y los candelabros colgantes bañan el espacio con una luz cálida. Sentados a la mesa cargada de libros, Kora, Tye y yo aspiramos el aroma del papel y las encuadernaciones envejecidas mientras seguimos con la mirada los pasos de Autumn. Sin las firmes opiniones de River, la presencia protectora de Coal en los márgenes y la reconfortante calidez de Shade, nuestro grupo se siente mermado, inestable. Todos intentamos ignorarlo.

Autumn acelera el paso. Se gira. Vuelve sobre sus pasos, jugueteando con las puntas de sus trenzas plateadas. No sé qué me llena de más pavor: si sus uñas descuidadas y sin arreglar o su atuendo simple y anodino. Unas mallas negras y un jersey de hombre que parece que podría llevar puesto del revés. Cuando me doy cuenta por el olor de que debe de ser de River, se me hace un nudo en la garganta. Echar de menos a un hermano no puede ser más fácil que echar de menos a un compañero de quinto. —Encontré varios pliegues en la Penumbra, pero solo uno es nuevo. Siguiendo *esa* dirección, y conociendo las elecciones previas de Griorgi y su objetivo de…

—Dilo de una vez, Autumn. —Apoyo los codos en la mesa, con el corazón desbocado—. ¿Sabes dónde están?

Traga saliva y su mirada se desliza sobre la de Tye. —Sé dónde van a estar dentro de diez días.

—La capital de Blaze. —La mandíbula de Tye se tensa al comprenderlo—. Dentro de una semana y media, en Blaze celebrarán el Samhain, como si los espíritus y la oscuridad merecieran un maldito festival. Hogueras, mascaradas, pruebas de miedo y coraje… La tradición dice que, si le muestras a la oscuridad lo cerca que puedes estar de ella sin tener miedo, la intimidas para que no se mueva durante otro año. —Se frota la cara—. La cuestión es que todo el mundo estará fuera en tropel, celebrando y bebiendo. Un objetivo perfecto.

—Pero ¿no será igual en todas las cortes? —pregunto.

Autumn niega con la cabeza. —Blaze es la única corte que celebra el Samhain. Muchos en Blaze tienen afinidad con la magia de fuego, como Tye, así que creo que le tienen un cariño especial a la tradición.

—Por las estrellas —dice Tye—. En esas fechas, puede que nadie se dé cuenta de que se ha abierto un maldito portal desde Mors hasta que Griorgi haya masacrado a media capital.

Autumn asiente, con el rostro serio, mientras gira un libro abierto hacia nosotros. —No es solo que en Blaze vayan a estar distraídos. El Samhain es, en realidad, la época en la que las protecciones entre Lunos y Mors son más débiles, sobre todo en la zona de Blaze. Entre la celebración, las protecciones debilitadas y la sangre de River, Griorgi tiene todo lo que necesita para una ofensiva a gran escala.

—Si el cabrón pilla a Blaze por sorpresa, no tendrán la más mínima oportunidad. —Deslizo mi mano hasta la de Tye y aprieto sus dedos callosos—. Así que iremos a avisar a Blaze. Siendo solo nosotros dos, deberíamos poder llegar antes que Griorgi.

Autumn deja de caminar, y sus ojos grises relampaguean en nuestra dirección. —Tres.

—Ocho —dice Kora con voz lánguida, alzando la barbilla como si retara a cualquiera a contradecirla.

Tye niega con la cabeza. —No puedes ir, Chispitas.

—Tye tiene razón. —Hago una mueca—. Eres la única de la realeza de Slait que queda, y alguien tiene que mantener la corte a flote pase lo que pase. Además, tendrás que coordinarte con la Ciudadela, a ver si pueden ayudar de alguna manera.

Autumn abre la boca para protestar, pero la cierra cuando Tye hace que unas diminutas chispas de fuego dancen como grilletes alrededor de sus muñecas.

—También está el detalle de que compartes la sangre de Griorgi —dice Tye en voz baja, con los ojos verdes llenos de pesar—. Dijiste que las magias antiguas se alimentan de sangre y que no hay un linaje en Slait más fuerte que el de Griorgi. Si las cosas se tuercen, no podemos permitir que te utilice a ti también.

* * *

Tye y yo partimos en cuanto podemos, que es antes del amanecer de la mañana siguiente. Autumn se ha quedado despierta toda la noche para trazar un mapa cuidadosamente esbozado con los pasajes exactos de la Penumbra que usar y cuándo. Al parecer, entre la naturaleza cambiante de la Penumbra y su capacidad para absorber la energía vital, planificar una ruta equilibrada y rápida requiere una buena cantidad de cálculos. Todas las fórmulas dejan clara una cosa: Tye y yo necesitaremos casi todos esos diez días para llegar a Blaze a tiempo.

—¿Cómo es posible dibujar un mapa de algo que no deja de cambiar? —pregunto, bostezando sobre mi café mientras Autumn tamborilea con los dedos sobre el pergamino con el que nos despide.

Kora me lanza una mirada sombría.

Autumn parpadea y se frota los ojos. —¿Del mismo modo que los marinos usan cartas de navegación? La última vez que lo comprobé, las corrientes y los vientos del océano tampoco suelen estarse quietos.

—Gracias, Chispitas —dice Tye con una seriedad que me hace un nudo en el estómago. Un nudo que solo se aprieta más cuando los

dos nos ponemos en marcha, en una carrera contrarreloj.

* * *

NUESTROS primeros siete días transcurren en una neblina silenciosa, cada uno perdido en sus propios pensamientos y preocupaciones, con el único consuelo que llega con el sueño, abrazados el uno al otro. O, cuando hace demasiado frío, en el pelaje del tigre. Cada noche me encuentro pegando la oreja al corazón de Tye, dejando que sus latidos sustituyan a los de cada uno de mis machos, deseando con todas mis fuerzas que sigan vivos hasta que podamos llegar a ellos.

El paisaje se transforma más con cada día que viajamos, la magia de la tierra afecta al suelo y a la vegetación tanto en la Luz como en la Penumbra. En lugar de los vertiginosos picos de las tierras neutrales y los exuberantes bosques de Slait, Blaze se extiende en amplias sabanas, con árboles lo suficientemente separados como para que las copas no lleguen a juntarse. En el suelo, la hierba quebradiza crece en tonos amarillos y marrones, a menudo con manchas de tierra anaranjada que se asoma entre las briznas. El poder del sol se intensifica, ralentizando mi paso a medida que nos adentramos en el corazón de Blaze, recordándome a la arena de la prueba. Solo el musgo de un azul brillante que crece en la Penumbra permanece constante.

—¿Cuánto tiempo has estado lejos de Blaze? —le pregunto a Tye mientras nos deslizamos de nuevo hacia la Penumbra en la mañana de nuestro octavo día. Los colores y sonidos apagados me hielan la sangre, como siempre.

—¿Sin contar la reciente excursión a Karnish? —Tye se gira para mirarme por encima del hombro, su semental tordo erizándose con descontento mientras la hierba cruje bajo sus cascos con un chasquido apagado—. Unos trescientos años, desde que me uní al quinto. No, espera, creo que me arrestaron en Slait antes de eso. Así que mucho tiempo.

Una punzada de tristeza me recorre la piel. —¿Y no has hablado con tu familia desde entonces?

—No. —Tye desenvaina la espada que lleva a la espalda y corta de un tajo un grueso manojo de musgo de una rama baja—. Maldito parásito. Juraría que se extiende más cada vez que entramos aquí.

—¿Esto? —Alargo la mano hacia otro trozo de musgo y rozo con los dedos las hebras brillantes, casi resplandecientes. Son tan gruesas como el pelaje de un tigre, cálidas y aterciopeladas.

Tye se sobrecoge. —No lo toques.

—¿Por qué no? Es bonito. Lo único que tiene algo de color aquí.

—¿Bonito? —resopla Tye—. ¿Sabes *por qué* es colorido y brillante? —Arranca un trozo y sisea mientras sostiene el mechón azul en la palma desnuda de su mano durante unos segundos. Cuando finalmente lo suelta, la piel se le llena de ampollas por quemaduras rojas—. El musgo se alimenta de magia. Es lo único nativo de la Penumbra y se aprovecha de todo el que entra. —Recupera su espada y corta otro macizo azul, este tan grande como un girasol—. Coal dice que los qoru también luchan contra él constantemente. Lo único que Lunos y Mors tienen en común.

—Quizá es que no sabe qué hacer conmigo, ya que no tengo magia propia. —Retiro la mano, sintiendo la pérdida del calor del musgo—. Aun así, parece lo más amigable que hay por aquí. Como si nos hiciera compañía.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, subrayando la ausencia de los demás. Trago saliva y me aparto. Unos instantes después, Tye se acerca lo suficiente como para posar una mano fuerte en mi rodilla. —Pasemos unas horas en la Luz, mi Niña Lila —dice con una alegría que sé que no siente—. Los rescatadores muertos no son tan eficaces como los vivos, y creo que a los caballos les vendría bien un poco de aire fresco. Además, tengo algo mejor que musgo que enseñarte.

Ese algo mejor resulta ser el horizonte de la civilización, el lejano pico del palacio real de Blaze que nos llama desde las llanuras. Sus torres doradas y delgadas se elevan en el aire como llamas retorcidas que atrapan la luz del sol. —Parece que ya casi hemos llegado. —Estiro la parte baja de la espalda—. Antes de lo previsto.

Tye resopla. —No es ni lo uno ni lo otro. Está todo mucho más lejos de lo que parece.

A pesar de mi inclinación a no creerle, el macho resulta tener razón. Con pocas referencias, moverse a través de la sabana y una densidad creciente de pequeñas aldeas —grupos de bajas cabañas de adobe y niños fae de ojos muy abiertos— se siente como un gran avance sin mucho que lo demuestre. Para cuando finalmente entramos en la zona poblada de las afueras de la capital de Blaze, Ferno, es primera hora de la tarde.

Solo quedan dos días para el Samhain y las decoraciones adornan casi todas las puertas y vallas. De cada poste y ventana cuelgan guirnaldas y luces, y muchos muros lucen dibujos de tiza de esqueletos de animales, espíritus atormentados y… sin nariz y con dientes afilados. —¿Eso son qoru? —Señalo uno de los mejores dibujos, que cubre la pared de una concurrida taberna. Aquí, unas líneas de tiza de colores vivos representan a un par de qoru sentados con las piernas cruzadas en una pequeña mesa redonda, cada criatura con una jarra de un brebaje burbujeante.

—Sí. —La voz de Tye, normalmente divertida, es tensa, como si estuviera preparado para un golpe—. Mi gente lleva el Samhain a su justo absurdo. Cuando enciendan las hogueras pasado mañana por la noche, toda la ciudad parecerá un río en llamas, con suficientes potrillos tan cerca de las llamas para demostrar su valor que los sanadores estarán ocupados durante el próximo mes.

Le echo una mirada de reojo a Tye, preguntándome si se da cuenta de lo mucho que el espíritu del Samhain de Blaze encaja con su propia maestría del flex. —¿Ferno está mucho más concurrida que Slait, verdad? —digo en su lugar, observando las caóticas calles. El lugar parece más un pueblo enorme y abarrotado de las tierras mortales que la majestuosa capital de Slait. Los edificios de arenisca y arcilla anaranjada, muy juntos, parecen amontonarse unos sobre otros como un organismo natural, alcanzando varias plantas de altura hasta casi inclinarse sobre nuestra estrecha calle de piedra. Los fae bullen en todas direcciones, algunos por encima de nuestras cabezas en pasarelas que cruzan la calle, otros rozándonos a pie y a caballo, todos tan ocupados con sus propios recados que al principio

parecemos anónimos. Una sensación que dura aproximadamente un minuto. A medida que cabalgamos, una o dos cabezas que se giran se convierten en murmullos, que pronto dan paso a hordas de niños que corren a la calle para ver las novedades por sí mismos. Todos visten telas vaporosas de color blanco, rojo y naranja, túnicas de manga larga y pantalones que se hinchan con el viento como un tributo a la magia de fuego por la que Blaze es conocida.

—Slait se extiende a lo ancho —dice Tye finalmente, con una sonrisa en la voz—. Blaze, la ciudad de Ferno sobre todo, es más bien un hormiguero. Ha tenido que crecer hacia arriba y hacia abajo y sobre sí misma en lugar de hacia fuera, por el hecho de estar situada sobre la única fuente de agua subterránea abundante en cientos de kilómetros a la redonda. —Tye suspira—. Y para cuando lleguemos a la mitad, con lo densamente poblada que está, todo el maldito lugar sabrá que estamos aquí. ¿Tienes hambre, muchacha? Más vale que acabemos con esto de una vez.

—Acabar con… —Me interrumpo cuando una hermosa fae de rasgos afilados que está apilando leña en una futura hoguera deja caer su fardo y jadea, con una mano apuntando a Tye.

—¿Tyelor? Por las estrellas. *Eres* tú, ¿verdad? —Corre hacia él y casi choca con el semental de Tye, que piafa con desaprobación. La fae se limpia las manos en el delantal—. ¿*El* Tyelor? ¿El campeón de flex?

Tye se baja de la silla de un salto y hace una reverencia apresurada. —Sí, muchacha. —Su sonrisa tímida y sus ojos brillantes son una máscara tan perfecta que dudo que nadie más que yo vea el dolor desgarrador que hay debajo—. Y uno terriblemente hambriento. ¿Puedes indicarnos a mi compañera y a mí un lugar decente para cenar?

Compañera. La palabra me recorre con un calor posesivo, incluso mientras atrae miradas evaluadoras.

—Esa es una mortal. —La fae pone mala cara.

Con mis polvorientas mallas negras de montar, mi vaporosa camisa blanca y mi chaleco de cuero negro, de repente paso de sentirme fuerte a sentirme como un insecto bajo los zapatos de esta

fae cualquiera. Es un duro recordatorio de lo que los humanos son para los fae en la mayor parte de Lunos: nada. O peor que nada.

—¿Lo es? —Tye parpadea, ayudándome a bajar de Sprite mientras un muchacho se adelanta con una oferta para llevarse a los caballos—. No me había dado cuenta.

—Basta de cháchara. —Una fae mayor sale de lo que parece una posada, su rostro arrugado se extiende en una sonrisa—. Bienvenido a casa, maestro Tyelor. Nunca hemos dejado de animarle, que lo sepa. Uno de nuestros propios potrillos levantándose para desafiar al mismísimo príncipe. Pasara lo que pasara al final, todos les hablamos de usted a nuestros jóvenes. Venga, haga pasar a su invitada y le prepararemos la cena.

Las puntas de las orejas de Tye se oscurecen, pero cubre el sonrojo con una reverencia, enderezándose justo a tiempo para atrapar a un niño que tropieza con una jarra de madera en una mano y un cuchillo afilado en la otra.

—¡Maestro Tyelor! ¡Maestro Tyelor! —dice el niño, tendiéndole ambos objetos a Tye mientras el macho lo pone de nuevo en pie—. Yo también me entreno en flex. ¿Podría tallar su nombre para mí? Mi entrenador dice que… ¡ay! —Chilla, protestando en voz alta mientras la fae que antes sonreía con adulación lo agarra de la oreja y se lo lleva.

—Eres más famoso que River —digo en voz baja, siguiendo a Tye a una mesa que la posadera ha ordenado que preparen—. ¿Era así antes de que te fueras?

Mi macho asiente una vez y empuja el pan hacia mí. El aroma a levadura y harina fresca llena el aire. Parto la corteza gruesa y estudio a Tye a través de la neblina de falsa intimidad. Todo el comedor nos está observando. Observándolo a él. La comprensión se filtra lentamente en mí, mezclándose con las palabras y los secretos de Tye. No era solo un atleta; era un héroe. Un faro de esperanza que mostraba a los plebeyos de baja cuna que el trabajo y la dedicación *podían* llevarlos a cumplir sus sueños. Y si conozco a Tye, piensa que les ha fallado a todos y cada uno de ellos.

Deslizo mi mano sobre la mesa para agarrar los dedos de Tye, mi pulgar acariciando sus nudillos callosos. *Estoy aquí*, le digo en

silencio. *Y te quiero.*

La mirada de Tye penetra en la mía, como si se anclara en mi alma excluyendo al mundo. La intensidad felina hace que mi corazón se acelere, la repentina necesidad de estar más cerca es tan abrumadora que se me corta la respiración. Mi macho. Este glorioso, travieso, herido y leal guerrero es mío. Con su historia, su presente y todo lo demás.

—Vaya, hombre, si es usted —espeta una voz fría. La fae que se acerca a grandes zancadas parece sudorosa por una dura cabalgata. Con el pelo rojo recogido en una gruesa trenza, lleva la librea de una sirvienta de palacio y mira a Tye con gélidos ojos verdes.

Un músculo en la mandíbula de Tye se contrae. —Saritta. —Se levanta de su silla y hace una reverencia a la recién llegada—. Qué placer inesperado encontrarla tan… eficientemente.

Yo también me levanto, con el cuerpo tenso, invadida por una agria posesividad.

La fae resopla. —¿Qué esperaba, Tyelor? ¿Un desfile? ¿Una soga? Con usted, nunca se sabe. —La cara de Saritta se gira hacia mí, arrugando la nariz con asco—. ¿Y eso qué es?

Tye me acerca a su cuerpo. Su armadura de cuero marrón cruje y sus duros músculos son un muro de apoyo en mi espalda. —Saritta, permítame presentarle a mi compañera de quinto y pareja, Leralynn. Lera, esta es Saritta. Mi hermana.

LERA

Saritta se queda helada; la mirada que me clava pasa de ser displicente a indiscreta. Su olor a sudor, jabón y almidón flota en el aire entre nosotras.

—¿Compañera? —Arruga la nariz, y sus perfectos rasgos se contraen, pasando de la sorpresa a la confusión y, de nuevo, al más puro asco—. ¿Te has unido a una humana? Eso es caer muy bajo incluso para ti, Tyelor. —Apoya las manos en la mesa, frente a su hermano, se inclina hacia delante y baja la voz—. Si has vuelto para pedir la bendición de Madre, ya puedes volver por donde has venido, bastardo. Ya le has creado suficientes problemas a nuestra familia como para añadir más mierda al montón.

Como el rostro de Tye sigue siendo tan inescrutable como el de Coal, Saritta se da la vuelta sobre sus talones y sale de la posada a grandes zancadas.

Me lanzo tras ella sin pensarlo, ignorando las protestas de Tye a mi espalda. Mi mano se cierra en torno a la muñeca de la mujer justo cuando sale. Con la brisa, el olor a jabón fuerte es aún más intenso. Eso, unido a la aspereza de su piel y a la fuerza de sus músculos, me dice que la mujer trabaja duro en palacio. —¿Tu hermano regresa después de varios siglos y lo interceptas para hacer qué, exactamente? —le exijo—. ¿Acaso te importa por qué hemos venido?

Saritta me mira desde arriba y se zafa de mi agarre con un único y brusco tirón. —¿Sabes cuánto sacrificó nuestra madre para que tu *compañero* diera volteretas en una barra horizontal? ¿Lo que le costó dejar que jugara a ser atleta mientras ella se dejaba la piel trabajando para darnos de comer?

—Yo...

—Ve y pregúntale a tu compañero cómo tiró por la borda décadas de sacrificio por una noche de borrachera. —Siglos de dolor y sufrimiento se reflejan en la mirada verde de Saritta—. Cómo nos dejó a nuestra madre y a mí sin nada más que deudas... Se largó en lugar de afrontar lo que había hecho. Cómo ni siquiera reconoció que nos habían atacado, y mucho menos volvió a casa para ayudar. Después de todo lo que nuestra madre hizo por él, Tyelor la *abandonó* la única vez que lo necesitó. Si tienes algo de cerebro en esa cabeza mortal tuya, darías media vuelta y saldrías corriendo todo lo lejos de él que pudieras.

Miro fijamente a Saritta, mi mente analiza y reorganiza sus palabras en busca de un sentido. —¿Crees que Tye os abandonó por miedo a afrontar un error? —pregunto con incredulidad—. ¿De verdad crees que el fae con el corazón más grande de Lunos ignoró un ataque a su familia porque no le *importabais*? ¿Que después de renunciar a su juventud y a su tigre por el flex, lo dejó todo por una noche de juerga y desenfreno?

—¿Cuando esa noche de desenfreno le llevó a perder la única competición que podría haber cambiado nuestra posición social y nuestro futuro? Sí, mi hermano es lo bastante cobarde como para huir después de eso. —Saritta entorna los ojos—. ¿Y a qué viene ese balbuceo sobre un tigre?

—La forma animal de Tye. —Frunzo el ceño, preguntándome si estaré usando mal las palabras—. El tigre en el que Tye se transforma.

—Tye no es un cambiante. —Saritta resopla—. Y si te dice que lo es, miente. Ve acostumbrándote a eso, chica, si estás con él. Cambiante. —Niega con la cabeza—. Los cambiantes no sobreviven al flex más allá de los juegos escolares de potros. Te encuentras en una encrucijada, muchacha. Abre los ojos al fae que tienes sentado

al otro lado de la mesa o ahógate en sus mentiras hasta que, un día, el mundo te diga la verdad.

—Te equivocas —digo con aspereza, poniendo en ello todo el peso de mi dolor: la ausencia de mis compañeros quint, mi amor por Tye, tan feroz dentro de mí que casi duele. Sostengo la mirada verde de Saritta, aunque la mujer, casi tan alta como su hermano, se alza por encima de mí—. No tienes ni idea de lo que es Tye. Ni idea de por qué se fue. Y, desde luego, ni idea de lo que ha hecho desde entonces. Y si te importa tan poco como para no molestarte en averiguarlo, apártate de nuestro puto camino.

* * *

Vuelvo a la mesa y la encuentro vacía. La posadera se apresura a asegurarme que Tyelor ha pagado la cuenta a pesar de sus protestas y ha pedido que nos envíen el resto de la cena a nuestra habitación. Después de implorarme que haga bajar de nuevo al fae, ahora que tantos de sus admiradores ya están llenando el comedor, me manda arriba con una botella de vino y la promesa de un baño caliente que subirán de inmediato.

Subo las escaleras y abro lentamente la puerta de una habitación pequeña pero limpia. El crepitar del fuego caldea el espacio, proyectando sombras danzantes por el suelo. Tye, con el torso desnudo, está de pie mirando por la ventana. La luz esculpe sus músculos con la destreza de un artista, pero cuando me acerco para rodearlo con mis brazos, solo encuentro una tensión pétrea bajo su piel.

—Saritta... —empiezo en voz baja.

—Saritta tiene derecho a guardar rencor. —Tye se da la vuelta y se acerca a la jofaina; su magia calienta el agua hasta que humea—. Y no hemos venido para una reunión familiar. He enviado una carta a palacio con el sello de River. El príncipe Xane nos concederá una audiencia mañana por la mañana. Y entonces será a él, no a Saritta, a quien tengamos que convencer de la verdad.

TYE



El fuego de Tye se filtró en el frío suelo de mármol de la sala del trono en la que él y Lera estaban arrodillados, esa pequeña liberación de magia era la única forma de mantener a raya su furia.

—A ver si lo he entendido bien. —Sentado con las piernas cruzadas en el trono, el príncipe Xane se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos—. ¿El rey Griorgi y el príncipe River de Slait están abriendo un pasadizo hasta la Corte de la Llama para unir fuerzas con el emperador Jawrar de Mors y apoderarse de Lunos?

La risa mal disimulada tras la voz de Xane se escapó, resonando en las paredes cubiertas de tapices de la sala del trono antes de disolverse en pequeñas risitas entrecortadas. Se puso en pie y bajó los tres escalones que separaban su estrado de donde Tye y Lera seguían arrodillados. El príncipe estaba tan impecable, refinado y ridículo como Tye lo recordaba, con su sedoso pelo rubio rojizo recogido en una coleta baja y coronado por una diminuta corona de oro que imitaba las retorcidas torres en forma de llama del Palacio Real de la Llama. Llevaba los ojos verdes perfilados con kohl marrón para acentuarlos, aunque tal vez esperaba que nadie se diera cuenta. Sus rasgos eran delicados —casi bonitos—, sus músculos, lisos y bien educados. —La verdad, Tyelor, es que inventas las historias más entretenidas. Aun así, es un placer tenerte de vuelta.

—Esto último lo dijo con suficiente desdén como para dejar claros los verdaderos sentimientos de Xane hacia Tye.

Tye le lanzó a Lera una advertencia silenciosa para que mantuviera la boca cerrada, aunque podía sentir a la joven temblar de indignación. Aquella mañana la había ayudado a ponerse el único vestido elegante que había traído para esta misma ocasión, una seda verde esmeralda de una sencillez deslumbrante que resaltaba el rojo de su pelo y se ceñía a su esbelto torso con una ancha banda de encaje negro, dejando sus hombros y clavícula tentadoramente desnudos. Había deseado con cada aliento que Autumn estuviera presente para esa parte, pero cambió de opinión tan pronto como se dio cuenta de que ayudarla a ponerse un vestido vaporoso significaba poder pasarle las manos por la piel, colocarse cerca, detrás de ella, e inhalar su embriagador aroma a lilas.

Y, sin embargo, parecía que todo había sido en vano. El día *no* iba bien. A pesar de haber llegado al palacio hacía más de seis horas y de haber explicado el problema en numerosas notas, Xane no les había concedido audiencia hasta ahora. En cuanto el maldito príncipe se diera cuenta de su error al haber malgastado un tiempo precioso, iba a arder Troya, y Tye no quería que Lera estuviera en el punto de mira de Xane cuando eso ocurriera.

—No es ni una broma ni un cuento, Alteza. —Tye habló con frialdad, aunque le hormigueaban las manos por rodear con ellas el esbelto cuello del bastardo. Por todo—. Hay que informar al rey…

—Ya me preocuparé yo del rey. Venga, hablemos como los viejos amigos que somos. —Xane le tendió la mano a Tye, como si el hecho de que hubiera estado arrodillado fuera una formalidad sin importancia—. Diga lo que tenga que decir y váyase.

Tye se puso en pie, le ofreció una mano a Lera y siguió al príncipe a un salón contiguo a la sala principal, donde unos profundos sillones de cuero y estanterías de libros intentaban, sin éxito, crear una atmósfera íntima. Si la biblioteca de River albergaba sus lecturas favoritas y mapas de Lunos, la de Xane era una decoración diseñada únicamente para impresionar. Libros de los mejores estrategas militares, historias del flex, diseños de armamento. Todos tan intactos como el día en que fueron

comprados. La luz del sol de media tarde caía en duras franjas a través de la habitación por unas estrechas ventanas defensivas. Sin cristales, ya que la realeza de la Llama —casi todos con afinidades a la magia de fuego— podía simplemente encender fuegos en cualquier chimenea para mantener la estancia caliente.

La mirada de Tye se posó en el trofeo del Campeonato del Reino de Xane, exhibido en un lugar de honor sobre un esbelto pedestal de mármol, con un delicado farolillo suspendido justo encima, como si el príncipe se hubiera ganado el título de verdad.

—¿Vino? —preguntó Xane, sirviéndose una copa de un decantador de cristal y dudando sobre la de Tye. Sus delgados dedos enjoyados parecían no haber tocado una barra horizontal en años. Ni un solo callo o pliegue lleno de magnesia a la vista—. Disculpe… Después de lo que pasó, no había considerado que quizá estuviera evitando las bebidas espirituosas. Yo me permito un poco de vez en cuando, aunque el viejo régimen de entrenamiento todavía deja su huella. Le juro que oigo la voz de mi entrenador cada vez que huelo uvas fermentadas.

Si con «lo que pasó» se refiere al ataque que ordenó contra mi familia para poder tener un bonito trofeo, entonces el vino será bienvenido. Tye se mordió la lengua. Podía pasarse la siguiente hora dándose de cabezazos con Xane sobre el pasado —un debate que muy probablemente lo llevaría a las mazmorras— o disipar las preocupaciones del príncipe sobre que Tye desafiara su victoria y volver al asunto que los ocupaba.

Tye respiró hondo, obligándose a mantener la calma. Xane controlaba el acceso al rey y a la Guardia Real de la Llama. Sin el beneplácito del príncipe, no había opción. Ninguna forma de prepararse para mañana. —Aceptaré el vino con gusto, Alteza —dijo Tye con ligereza, apurando su copa y tendiéndosela para que se la rellenara—. Es un placer para mí desde hace ya algún tiempo. Al parecer, algunos nunca aprendemos a ser razonables. —Tye podía sentir la tensión crecer en los hombros de Lera sin siquiera mirarla. En silencio, le suplicó con la mente que mantuviera la calma de nuevo—. Sobre la celebración de Samhain de mañana, ¿ha leído la

carta que le he traído de la princesa Autumn? ¿No confirma mi advertencia?

—¿Autumn? ¿La jovencita con el culo más redondo de Slait? —Xane chasqueó los labios—. Aunque sería más que bienvenida a contarme en persona todo sobre los monstruos aterradores que se esconden en la Penumbra, la carta simplemente no logra impresionarme. —Xane negó con la cabeza—. Tyelor, sabe que haría cualquier cosa por usted, pero si voy a mi padre con estos cuentos, se reirá de mí y me echará de la sala del trono. La princesa de Slait es conocida por sus… ¿Cuál es la palabra? Ah, teorías. Ni siquiera el rey Griorgi se toma en serio a la muchacha.

—La propia Ciudadela y el Consejo de Ancianos se la toman en serio. —Tye se contuvo. Con todas sus fuerzas. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos. No estaba aquí como súbdito de Xane ni como su antiguo rival de flex. Estaba aquí como uno de los guerreros de élite de la Ciudadela, quisiera el título o no —. Hubo qorus en el asalto a Karnish. Yo estuve allí, y le digo que Jawrar ya ha penetrado en la Llama una vez. Y lo hará de nuevo.

—Karnish. Sí. —El rostro de Xane se ensombreció—. He estado ignorando diplomáticamente ese incidente. Pero ya que lo saca a relucir, dígale a su maldito consejo de la Ciudadela que si vuelven a organizar juegos en territorio de la Llama, lo consideraremos un acto de guerra. —Xane se detuvo, entrecerrando los ojos—. ¿Es de eso de lo que se trata? ¿La Ciudadela intentando poner a Slait y a la Llama la una contra la otra, para culpar al rey Griorgi del desastre que causaron en una de nuestras ciudades fronterizas?

Tye apoyó las manos en los reposabrazos, la furia bullendo dentro de él, pero sintió una mano fría sobre la suya antes de que pudiera levantarse.

—Quizá Su Alteza podría interrogar a sus patrullas. —La voz suave y razonable de Lera se instaló en el aire ardiente entre los dos varones—. Ciertamente, ¿tiene guardias en la Penumbra y en otros lugares? Por lo menos, mantendrá alerta al comandante de los guardias saber que el príncipe está supervisando su trabajo.

Xane pareció fijarse en Lera por primera vez con una sonrisa creciente: su piel cremosa y sus suaves curvas. Levantándose de su

asiento, se adelantó y trazó con el dedo el pómulo de la joven, haciendo que cada músculo de Tye ansiara romperle la mano al cabrón por ello.

En lugar de arrancarle los dedos a Xane de un mordisco, Lera se inclinó hacia su caricia por un momento antes de sonreírle al príncipe y dirigir la mirada hacia la puerta. —¿Tenéis algún guardia que responda a vuestra llamada, Alteza?

Xane echó la cabeza hacia atrás y se rio. —¿Sois una monada escurridiza, eh? Vuestro acompañante haría bien en tomar nota.

Recorriendo la clavícula de Lera con una uña, el príncipe se dirigió a la puerta y escupió órdenes.

Por las estrellas, qué buena era Lera. Puede que ella sola, en no más de cuatro frases, hubiera cambiado el rumbo de sus posibilidades. Y Tye le demostraría lo agradecido que estaba más tarde, cuando todo esto acabara; algo en lo que enfocar su mente furiosa antes de perder el control por completo.

Momentos después, un hombre alto y rubio con un impecable uniforme rojo quemado entró en el salón, hincando una rodilla ante Xane con la suficiente rapidez como para ocultar su expresión de desprecio.

Xane miró a Lera con indulgencia. —Leralynn, este es el capitán Mullen, que está a cargo de la seguridad de Ferno. Mullen, esta pequeña humana imagina que, después de siglos de tranquilidad, un ataque de nada menos que Mors se cierne sobre nuestras cabezas. Por favor, asegúrele que no ha notado nada inusual.

Mullen levantó la cabeza bruscamente, su rostro de repente lo suficientemente cauteloso como para tensar a Tye. El miedo del hombre inundó las fosas nasales de Tye.

TYE

La mirada de Tye se agudizó; el olor a miedo del capitán de la guardia minaba las últimas hebras de paciencia que le quedaban para con el príncipe.

—¿Me está pidiendo que amplíe mis informes, señor? —preguntó Mullen con cautela, palideciendo ante el destello de confusión en el rostro de Xane. Cielos, el príncipe no había leído ningún informe y Mullen lo sabía. Sabía también a quién se aseguraría Xane de culpar por su propia negligencia. El capitán se aclaró la garganta—. Ha habido cuatro incidentes, Su Alteza. Un aumento de eslices, pirañas y demás escoria de Mors..., como si tuvieran un nuevo pasadizo. A la luz de la reciente actividad karnish, he puesto a mi gente en alerta. Hemos solicitado más personal.

Lera agarró a Tye del brazo. —Puede que Griorgi haya abierto pequeños pasadizos como preparación o práctica para el asalto. Eso explicaría el aumento de alimañas de Mors.

—¿Griorgi está colaborando con los Mors? —La atención del capitán se centró de golpe en Lera y Tye; la evaluación profesional en sus ojos azul pálido contrastaba fuertemente con el despropósito de Xane.

Las manos del príncipe se aferraron a los reposabrazos, y el rápido latido de su corazón era visible en el hueco de su cuello. Malditos cielos, el príncipe no estaba siendo estúpido, sino que estaba simple y asquerosamente aterrorizado. Tras haber ignorado la

realidad durante semanas, el cobarde no tenía ni idea de cómo afrontar ni el peligro ni la verdad. Y si Tye no recordaba mal, lo único que aterrorizaba a Xane más que los Mors era su propio padre, que se pondría furioso al enterarse del retraso de Xane.

—Su Alteza —dijo Lera, haciendo a todas luces una evaluación similar. Con su vestido de seda verde vaporoso, la Chica de las Lilas de Tye era tan brillante y potente como una pradera de verano meciéndose al sol. A pesar de ser la figura más menuda del salón del trono, el resplandor de su personalidad llenaba el espacio más que el propio príncipe. Poniéndose en cuclillas ante la silla de Xane, Lera suavizó la voz—. Tenemos que actuar.

Xane asintió lentamente. Se puso en pie. Se paseó por la estancia. —Esto es lo que vamos a hacer —dijo finalmente, volviéndose para mirarlos después de dar tres vueltas—. Mullen volverá a redactar los galimatías que ha estado escribiendo para convertirlos en un...

—Basta. —La orden de Tye resonó en la sala, sorprendiéndolo tanto a él como a Xane. Se le secó la boca, pero aun así levantó la barbilla. Trescientos años atrás, Xane lo había destruido. Tye no podía permitir que volviera a ocurrir; a nadie. Sobre todo, con Lera mirando. Dando dos zancadas hacia el príncipe, Tye lo agarró por la túnica. De cerca, Xane olía a perfume de canela, al pato asado que había comido... y a miedo agrio—. No se trata de encubrir tu incompetencia, mierdecilla. Se trata de evitar la muerte de miles de personas. Quizá más. ¿Lo entiendes?

Los ojos de un verde pálido de Xane centellearon. Consiguió mirar a Tye por encima del hombro incluso teniéndolo este de puntillas. —Entiendo que soy yo quien ha mantenido a tu puta hermana con trabajo, cuando hay muchos varones que la habrían acogido para otros menesteres. —La voz de Xane se tornó más grave—. Puede que te imagines que tienes ciertos hilos de autoridad equivocados, pero la realidad es que el poder de la Ciudadela termina en la frontera. Aquí, Tyelor, estás bajo *mis* órdenes. Haz exactamente lo que yo diga y limitaré el castigo solo a ti. Desobedece y... —Xane le dedicó una sonrisa cruel a Lera.

Antes de que Tye pudiera responder, Lera sonrió, mostrando los dientes. —Me gustaría verte intentarlo, principito.

Xane gruñó y empujó a Tye en el pecho. Como aquello no sirvió de nada, el príncipe se volvió hacia el capitán. —Mullen, detenga a esa zorra. Y no sea delicado.

Mullen levantó la cabeza bruscamente, pero su cuerpo permaneció rígido en su sitio. —¿Bajo qué cargos, señor?

—Bajo la orden del príncipe de Blaze —replicó Xane. Como Mullen seguía dudando, la voz del príncipe se volvió gélida—. Entiendo que su hijo se unió a las filas de la guardia hace poco. Odio ver cómo la carrera de los jóvenes termina antes de empezar, pero la disciplina debe mantenerse. ¿No está de acuerdo?

Mullen le lanzó una mirada de disculpa a Tye y se levantó, dando un paso decidido hacia Lera.

Un escalofrío recorrió las venas de Tye y su magia se desató, con chispas danzando sobre su piel. Arrojando a Xane al suelo, Tye avanzó hacia él con una furia teñida de rojo. Había intentado ser el tipo de hombre controlado que habría sido River, de verdad que sí. Había dejado sin castigo las provocaciones de Xane, se había centrado en la cruda realidad de la situación, había instado a una acción que iba más allá de su conflicto centenario.

Pero se acabó.

—¿Qué vas a hacer, Tyelor? —espetó el príncipe, con manchas rojas apareciendo en lo alto de sus lustrosas mejillas—. ¿Intentar matarme? ¿Cómo imaginas que se desarrollará el futuro después de eso? —Xane resopló y un escudo brilló a su alrededor—. Mullen, ya tiene sus órdenes. Y registre a la puta en busca de armas, ya que está.

—Quítale las manos de encima a Leralynn —dijo una voz dura desde la puerta, a sus espaldas. Una voz que Tye no había oído en semanas—. En nombre de la Ciudadela.

—Toca a mi hermano y te mato —añadió otra—. Y eso en mi propio nombre.

Al volverse hacia la puerta, Tye vio a su hermana, con el uniforme aún salpicado de jabón de la colada y un juego de llaves colgando de la mano. Junto a Saritta, Víper y sus cuatro hermanos

de quinta formaban una sombría formación, con las armas y la magia listas.

Xane se puso en pie de un salto. —La Ciudadela no tiene nada que ver en Blaze.

—Oh, culpa mía —dijo Víper, con sus afilados rasgos iluminados por un humor frío—. Te haremos pedazos por nuestro propio placer y ya soportaremos el castigo de los ancianos más tarde. —Se volvió para observar a Tye y Lera con su mirada turquesa—. El Consejo de Ancianos recibió la carta de Autumn y ha estado reuniendo fuerzas en la frontera. Klarissa está intentando abrir conversaciones directamente con el rey de Blaze, pero no obtiene respuesta. Nos llegó la noticia de que vosotros dos estabais aquí, y como le debo la vida a Leralynn, decidimos intentar ser de ayuda.

Inundado por el alivio, Tye dejó de amenazar a Xane para encarar por completo a Víper y Saritta. Saritta, a pesar de haber guiado claramente a la quinta de Víper hasta allí, seguía negándose a mirarlo. Paso a paso. —Estas son buenas noticias —dijo Tye, con total sinceridad—. Blaze no está preparado en absoluto y necesitará la ayuda de la Ciudadela mañana.

—¿Mañana? —Mullen, que había permanecido de pie, indeciso, en medio del embrollo, clavó ahora sus inteligentes ojos en Tye—. ¿Tiene motivos para creer que ocurrirá algo mañana, específicamente?

—Mañana es Samhain —dijo Tye—. No solo la mayor parte de Blaze estará de celebración, sino que las barreras entre Lunos y Mors también estarán más debilitadas. Si Griorgi espera abrir un portal lo bastante grande para un ejército de Mors, Samhain es su mejor oportunidad.

Mullen negó con la cabeza, con los ojos azules muy abiertos. —Señor, Blaze *celebra* Samhain mañana, pero fue una decisión de conveniencia que la realeza de Blaze tomó hace siglos para asegurarse de que la celebración cayera en día de descanso. Pocos seres le prestan atención ahora, pero mi abuela por parte de padre...

—¿Cuándo es Samhain? —Lera agarró a Tye del brazo con fuerza suficiente como para dejarle un moratón, con los ojos clavados en el

capitán—. ¿Cuándo cae según el calendario celestial?

Víper dio un paso adelante y, tocando el hombro de Lera, habló en voz baja. —¿El día de verdad? Es esta noche, muchacha.

LERA



Esta noche. *Esta noche*. Mis ojos se desvían hacia una ventana —la luz menguante tras ella es más aterradora que cualquier arma— y después bajan, absurdamente, hasta mi ropa. Un vestido de seda. Sin espada. Sin armadura. Nada. Reconduzco mis preocupaciones a donde pertenecen. Aunque Xane entrara en razón ahora, ¿daría tiempo a desplegar las tropas? ¿Seguirán vivos River y los demás dentro de unas horas, o su utilidad para Griorgi habrá terminado, poniendo fin a sus vidas?

Un escalofrío me recorre al pensarlo y silencia todos mis pensamientos.

Toc. Toc. Toc. El sonido fantasmal de las patas de los qoru repiqueteando sobre la piedra resuena en mi memoria, y el caos de las pesadillas de Karnish y Coal se reproduce en el escenario de mi mente. *Toc. Toc. Toc.*

—¿Dónde? —mi voz suena demasiado calmada para ser la mía; mis pensamientos van tan deprisa que me cuesta un esfuerzo frenarlos lo suficiente como para formar palabras—. ¿Cuál es el lugar más concurrido de Ferno ahora mismo? Si Griorgi ataca esta noche, ¿dónde lo haría? ¿Cuál es el corazón palpitante de esta ciudad?

—El Templo Rojo —dicen Tye y Xane al unísono, lanzándose miradas furibundas.

—Es un tributo al fuego de Blaze —continúa Xane, con una creciente vaguedad en la voz que recuerda a las reflexiones

académicas de Autumn. Solo que ella lucha con sus palabras, mientras que Xane parece acurrucarse tras las suyas—. Sus escalones y torres revestidos de azulejos dorados y orientados al oeste captan el atardecer cada día y parece que se han incendiado. Aquellos de nosotros con afinidad por el fuego sentimos el poder con más fuerza allí, probablemente debido a la magia ancestral que…

—La hoguera principal está junto al Templo Rojo —dice Tye, interrumpiendo al príncipe—. Ahí es donde habrá toda la bebida y el jolgorio incluso ahora, en lo que la ciudad considera la víspera de Samhain. —Desenvaina la espada y le enseña los dientes a Xane—. Vamos, Alteza. Por si acaso resulta de alguna utilidad.

Con el atardecer acercándose, las calles están aún más concurridas de lo que recordaba, y muchos juerguistas ya han empezado a celebrar. Los profundos tambores resuenan desde docenas de hogueras que lamen el cielo crepuscular, mientras los violines tocan acordes de afinación como si intercambiaran los últimos cotilleos. El aroma a carnes ahumadas y sidra caliente con especias llena el aire; esta última, por los vapores embriagadores, probablemente no destinada a los niños.

Mi corazón se acelera al ritmo de la música y mi respiración se mantiene regular solo gracias al entrenamiento de Coal. Contemplo el pico del Templo Rojo, todavía lejos de nosotros. Demasiado lejos. Niños enmascarados y jóvenes alborotadores corren por las calles abarrotadas sin ver mucho a su paso. Vulnerables. Esos niños, esos fae, todos tan poco preparados para los horrores que Griorgi está a punto de desatar.

Maldigo mientras me tropiezo con el bajo de mi vestido y con tiras de banderines rojos y naranjas desechados, mientras Tye aparta a un par de muchachos que quieren probar sus espadas de madera contra su acero. Incluso con Tye abriendo paso y el quinteto de Viper cubriendo la retaguardia —atrapando a Xane en medio por si intentaba huir—, no podemos avanzar más rápido. No podemos hacer más para ganarle la carrera al sol poniente.

La multitud está hombro con hombro cuando llegamos al templo. Sus escalones, repletos de bardos y sacerdotes, mientras una gran hoguera crepita en un claro del lado oeste. Me detengo y apoyo las

manos en mis muslos cubiertos de seda mientras mis ojos siguen al sol que desciende hacia el pico del templo; los escalones dorados realmente refulgen como llamas. Los tambores y los violines se unen ahora, anunciando el clímax llameante del atardecer.

Ta-ra-rá, tam, tam. Ta-ra-rá, tam. La marcha musical llama desde todos lados. *Ta-ra-rá, tam, tam. Ta-ra-rá, tam.*

Un sacerdote en el último escalón comienza una cuenta atrás. Sus túnicas rojas brillan a medida que el sol se arrastra hacia el horizonte. —Diez. Nueve. Ocho. Siete…

El aire junto al sacerdote se ondula y se espesa, captando mi atención, aunque todavía no la de los juerguistas. Teníamos razón. Estrellas. Teníamos razón. El terror y el alivio se apoderan de mi estómago por turnos.

—Seis —dice una voz que no es la del sacerdote. Ni siquiera es de un fae.

Agarro el brazo de Tye y mis dedos se clavan en sus músculos mientras dos qoru salen de la Penumbra para profanar la belleza del templo. Su piel gris moteada, sus patas palmeadas y sus ojos sin párpados me provocan un terror nauseabundo. Sus bocas están abiertas en sonrisas macabras, mostrando con avidez sus dientes afilados.

Por un segundo, la multitud no hace nada, pensando que no es más que un nuevo giro en la ceremonia de la noche, y vitorea la gran calidad de los disfraces de los recién llegados. Entonces, la realidad comienza a filtrarse, a encender el miedo. La multitud repara en la confusa parálisis del sacerdote. La cuenta atrás detenida. El olor a carne podrida que trae el viento. Los murmullos se convierten en exclamaciones, que a su vez se convierten en un estruendo de gritos crecientes. La música finalmente flaquea cuando dos seres más atraviesan el aire espeso: uno tan grande como River, el otro más pequeño, con el pelo rubio fresa de Xane.

El destello de un cuchillo roba la gloria del atardecer cuando Griorgi le corta la garganta al rey de Blaze y envía el cadáver sangrante rodando por los escalones del templo.

LERA

Xane grita.

A mi lado, la espada de Tye se desliza de su vaina con un susurro.

La multitud que nos rodea, presa del pánico, se abre como un gran mar, y los juerguistas se pisotean unos a otros en un empujón desesperado por huir. En no más de cinco latidos, el pasillo entre Griorgi, de pie en lo alto de la escalinata del templo; el rey muerto, desangrándose abajo; y Xane, temblando a diez pasos de distancia, queda despejado.

Mullen salta hacia la escalinata, hacia su rey caído, pero la magia de Griorgi lo aparta de un manotazo como si fuera un bicho que se estrella contra un cristal.

—Irónico, ¿no cree, Xane? —le dice Griorgi al príncipe, que ahora está tan pálido que tiene que agarrarse a uno de los compañeros de quint de Viper para no caerse—. Se esfuerza usted tanto en idear maneras de ocultarle la verdad a su padre, y ahora todo es en vano. Pero no se sienta *demasiado* humillado. Klarissa sigue danzando por la frontera, negociando con un cadáver.

Un sonido ahogado e ininteligible que escapa de la garganta de Xane me hace compadecerme de él por un momento, aunque de nada le sirve al fae.

Griorgi le hace un gesto al príncipe para que se acerque. —Bueno, potrillo. Discutamos sus opciones. A saber, ¿prefiere

ahorrarle a su corte el dolor y el derramamiento de sangre reconociéndome como su señor o alcanzaremos el mismo fin con el aliciente de mis aliados?

Los dos qoru, que hasta ahora permanecían en posición de descanso, se yerguen de repente y avanzan para flanquear al rey de Slait.

Todo mi ser se concentra, mi pulso y mi respiración se estabilizan mientras el campo de batalla se despliega ante mí. Si Griorgi está aquí, River y los demás no pueden andar lejos. Y tenemos mejores cosas que hacer que ver cómo el rey quebranta la determinación de Xane.

Le agarro la muñeca a Viper. —Dile a Klarissa que ataque —le susurro al oído, pasando a Tye sin esperar respuesta. Tanto si Griorgi consigue poner a Xane —y por lo tanto a todo Blaze— de su lado como si no, el verdadero giro de la batalla depende del portal que el cabrón debe de estar abriendo. Y donde hay un portal, estará River. Y los demás también, si Griorgi los está usando como baza. La guerra se avecina, esté yo vestida para ella o no.

Comprendiendo mi pregunta silenciosa, Tye me tiende una mano, diciendo sin voz: *«Penumbra».*

En el momento en que nuestros dedos se tocan, siento el tirón. Mi cuerpo atraviesa el velo invisible entre los mundos de la luz y la oscuridad. Mientras la Penumbra se concentra a mi alrededor, aprieto con más fuerza la mano de Tye. Incluso después de semanas de transiciones, los momentos iniciales de entrar en la oscuridad siguen siendo desorientadores. Si a eso le sumo la sangre que me ruge en los oídos, por un instante no logro entender por qué el retumbar de los tambores y los chillidos agudos han cesado de repente. Por qué, en lugar de mirar hacia la escalinata ensangrentada del templo, ahora contemplo las paredes interiores de su imponente nave; las hileras de bancos y el gran altar, que de alguna manera han llegado hasta la Penumbra. Todo —incluso las vidrieras, que imagino que a esta hora del día brillarían— está cubierto de un musgo azul brillante.

Nunca he visto nada igual. El parásito, espeso y aterciopelado, está por todas partes. Envuelve las columnas, cuelga en jirones

desiguales de las paredes y crece tan denso alrededor del altar que la pesada mampostería apenas es visible bajo la alfombra azul. Por espeso que sea, el musgo parece moverse, los zarcillos se agitan con una brisa inexistente, alimentándose de la gran afluencia de magia que inunda el lugar.

Mientras mis ojos recorren la sala oscura y cavernosa desde nuestro escondite sombrío en el borde, tardo un momento en procesar lo que estoy viendo, pero entonces el corazón me da un vuelco y se me sube a la garganta. Solo la mano de Tye en mi brazo me impide echar a correr por el deslucido suelo de mármol.

En el otro extremo de la sala, Shade y Coal están arrodillados uno al lado del otro, con los cuerpos pesados por el agotamiento. No veo ataduras evidentes, pero el dolor vidrioso en sus ojos rellena los huecos: algún poder oscuro de Griorgi los mantiene a ellos y a su magia enjaulados. Al igual que la media docena de qoru que los rodean, que usan espadas y botas para despejar para sí mismos zonas libres de musgo. Con poco más que botas, taparrabos y cinturones de espada, los qoru no se arriesgan a que el musgo les queme su piel gris expuesta.

En el espacio abierto ante el presbiterio elevado y su altar, River está agachado frente a un elaborado diseño pintado con trazos duros y de un rojo oscuro sobre el suelo de piedra. *Sangre*, susurra mi mente. Una versión deformada de una estrella de siete puntas, del ancho aproximado de la puerta de un granero, con demasiados guiones, espirales y símbolos cuidadosamente pintados para poder seguirlos. Con un rápido corte de su cuchillo, River añade otro tajo a su antebrazo, que ya sangra. La sangre queda atrapada en su brazalete de metal oscuro antes de desbordarse y seguir bajando hasta el suelo.

La garganta me arde con ácido y lágrimas. Incluso bajo la luz pervertida de la Penumbra, River parece demasiado pálido. Enfermo. Unas ojeras oscuras le cuelgan bajo los ojos y tiene el pelo pegado a la frente y las sienes. Tan lejos del comandante pulcro y recto al que estoy acostumbrada que apenas puedo creer que sea él. Un fino hilo de sangre mana de su extremidad cortada y la intrincada pintura de siete puntas la absorbe con avidez. El mal emana de la runa, tan

nauseabundo como el hedor de los qoru. No tengo ni idea de cómo River puede soportar estar ahí, cuando ni siquiera el musgo se acerca. Una isla de piedra desnuda en un mar de terciopelo azul.

—¿No puede moverse más rápido? —exige una voz familiar y cadavérica desde un lugar invisible justo encima de la runa, donde el portal a Mors se está gestando. Jawrar.

—Podría. Siempre que no le importe que los qoru lleguen a trozos —dice River, con un tono firme capaz de engañar a la mayoría. Pero no a mí. Tampoco a Tye, que suelta un pequeño gruñido protector. River levanta la cara, sus ojos se abren de par en par por un momento al vernos, antes de bajarla de nuevo rápidamente—. Además, no voy a hacer nada drástico hasta que mi padre regrese.

Justo cuando la fría empuñadura de una hoja toca mi palma —Tye deslizándome una espada de repuesto—, Jawrar y cuatro qoru más atraviesan una espesa nada hasta entrar en la nave. El emperador pasa junto a River con un bufido de fastidio.

Por un momento, sus relucientes ojos rojo sangre son todo lo que puedo ver. Luego, la piel gris moteada que se estira sobre unos huesos deformes. El fajín incrustado de joyas, al que ahora se une un cinturón de espada tachonado de rubíes, inquietantemente similar al de Griorgi. Los afilados dientes del emperador castañetean y olfatea el aire. Se me eriza el vello de la nuca.

—Menos mal que los astros nos han enviado un aperitivo mientras esperamos —dice. Chasquea los dedos a sus esbirros acompañantes, que echan a correr hacia Tye y hacia mí de inmediato, mientras sus disciplinados compañeros mantienen sus posiciones anteriores.

Tye levanta un gran escudo a nuestro alrededor, pero es demasiado tarde. Me quedo sin aliento cuando las pesadillas de Mors hacen trizas la protección sin siquiera tropezar. Están acostumbrados a tales magias de los esclavos que tienen.

Las voces de mis faes se alzan en advertencia, al igual que mi propio corazón desbocado. Levanto la espada que me dio Tye, sosteniendo la punta entre las bestias que se acercan y yo. Me obligo a inspirar. Juzgo la velocidad de aproximación, el hedor que

de alguna manera se vuelve aún más penetrante. Cuatro pasos. Tres. Uno. Me lanzo hacia adelante justo cuando el primero de los qoru entra en mi rango de alcance y apunto a su cuello fino y venoso.

Mi espada corta el aire, una extensión de mi brazo después de todos los ejercicios de Coal. Por un momento, creo que es otra persona la que está dentro de mi cuerpo, dando pasos, blandiendo la espada y acercándose para matar. Estoy tan sorprendida como el qoru cuando el filo de mi hoja muerde su carne. Golpea hueso.

Un líquido negro fluye de la herida y el hedor me revuelve el estómago. Por el rabillo del ojo, veo a otros dos qoru que se abalanzan sobre mí. Retiro la espada, maldiciendo cuando la hoja se queda atascada en el hueso. El corazón se me acelera y mis brazos tiran con todas mis fuerzas.

Un puñetazo me golpea en el estómago, cortándome la respiración. A mi lado, un trío de qoru pone de rodillas a Tye.

Tiro desesperadamente de la espada, que finalmente se libera del cuerpo muerto justo cuando un par de brazos grises me sujetan por la cintura. El aliento húmedo del qoru me roza la nuca, el sonido de sus dientes castañeteando es como el de uñas en una pizarra. Cambio el agarre de la espada, apunto la hoja a mi espalda, trazando su trayectoria en mi mente.

Un segundo par de manos de qoru se posa sobre mí antes de que pueda terminar el golpe; unos largos dedos grises me agarran la mano de la espada. Un instante después, el dolor estalla en mi muñeca. El crujido del hueso y mi propio grito suenan demasiado sordos en la Penumbra.

—¡Lera! —La voz de Shade me llega a través de la neblina del dolor. Antes de que pueda volver a gritar, Shade se levanta, con sus ojos amarillos centelleando salvajemente.

—¡No! —grita River.

Coal intenta agarrar a Shade y falla; sus movimientos lentos me envían una clase diferente de agonía.

Ignorando las advertencias de los faes, Shade salta en el aire hacia mí y…

Y se estrella contra la nada. El aire mismo brilla con una negrura momentánea, lanzando al fae de vuelta hacia Coal. Shade cae en un montón arrugado en el suelo, su cuerpo se arquea en un horrible espasmo. Un hilo de sangre brota de su boca y el musgo crecido se estira hacia él con avidez hasta que Coal lo aparta con la bota, derribando un banco en el proceso.

Sollozo.

Jawrar inhala profundamente, chasqueando su boca sin labios como si saboreara un vino delicado, mientras Shade gime, su cuerpo cambiando de lobo a fae y viceversa, una y otra vez.

El filo de un cuchillo se presiona contra el otro lado de mi garganta, preparándose para cortar. Cierro los ojos, incapaz de ver a mis faes perder a otro compañero de quint.

—Mantenedla con vida —dice Jawrar, con una sonrisa en su voz carrasposa—. El engendro de Griorgi se volverá inútil demasiado pronto si no.

El cuchillo se retira.

Una risa profunda que podría haber sido de River llena la sala mientras Griorgi entra en la Penumbra con Xane. Arrojando al príncipe al suelo junto al altar, Griorgi lo observa revolverse como un pez, retrocediendo ante el musgo ardiente hasta que finalmente se recompone lo suficiente para ponerse de rodillas.

—Estoy empezando a entender el atractivo de sus métodos de persuasión, Jawrar —dice el rey—. Establecer una jerarquía entre el ganado puede ser un asunto sucio, pero da sus frutos.

—Sí. Así es. —Apartando la mirada del sufrimiento de Shade, Jawrar centra su atención en Griorgi—. Una vez nos unamos y añada a su establo a los fae menores y a los mortales, descubrirá los beneficios que tanto tiempo le han sido negados. Incluso las bestias más tontas pueden tener utilidad u ofrecer placeres, si se las motiva correctamente. Ahora, traigamos a los demás y acabemos con esto.

—Por supuesto. —Acercándose a la runa junto a River, Griorgi se corta su propia muñeca, usando la sangre para hacer una corrección en el dibujo. Al instante, el aire sobre la runa se convierte en noche líquida, extendiéndose lentamente hacia arriba en un arco negro

como el carbón que envía oleadas de terror a través de cada fibra de mi ser.

LERA



El qoru que me sujeta me obliga a arrodillarme junto a Tye, que sigue con la hoja de otro qoru en la garganta. En el instante en que la codiciosa atención de los monstruos se fija en el portal que se está abriendo, la mirada verde de Tye encuentra la mía.

—Cinco. —La orden única y ronca que se escapa de sus labios hinchados me provoca un escalofrío por la espalda.

—Cinco —articula River sin emitir sonido.

Mi corazón da un vuelco al sentir la repentina oleada del poder de River. Puede que él no sea capaz de usarlo con esos grilletes puestos, pero no le hace falta. No necesita hacer nada más que dejarlo despertar, dejar que exista lo suficiente para que mi propio cuerpo responda como un eco. Si me atrevo.

Estrellas. Los machos quieren que conecte al quinteto, como ya he hecho antes. Cada vez con resultados desastrosos. Se me seca la boca, con las imágenes de los edificios derrumbados de Karnish y el suelo agrietado de la arena nítidas en mi mente. La magia no ha hecho más que volverse más poderosa desde entonces. Peor aún, el ligero vaivén de la magia entrelazada, lo máximo que he hecho en realidad hasta ahora, no será suficiente.

Para combatir la pesadilla de Griorgi, tendré que blandir el poder por completo, sin contenerme. Y si lo hago, nos mataré a todos. Lo sé. Y los machos también. Puedo verlo en la mirada de disculpa de

River, en su triste resignación. Sus ojos se desvían de forma significativa hacia el portal abierto, a través del cual los primeros escuadrones de qoru justo empiezan a salir en filas de tres. Sus pies chasqueando en el suelo de mármol, sus ojos de un rosa lechoso muy abiertos por la emoción, sus dientes puntiagudos al descubierto. Es demasiado tarde para evitar la invasión, pero puede que aún haya tiempo para destruirnos a todos —y el portal— antes de que las hordas se desaten. Tiempo para salvar el mundo, pero no a nosotros mismos.

—Te protegeré de los escombros —grazna Tye, y su magia se alza, crece dentro de mi sangre y ruge pidiendo destrucción—. Saldrás de aquí, Chica Lila. Pero antes debes destruir este lugar.

No. *No.* No puedo matarlos. No los mataré.

Sintiendo unos ojos sobre mí, alzo la vista y me encuentro con la brillante mirada azul de Coal. Su rostro es adusto, y su sutil asentimiento me dice que sabe lo que se acaba de decir. Que no le sorprende. Que está de acuerdo, maldita sea.

Shade abre sus ojos amarillos por un momento, la mirada llena de dolor y anhelo. Él también asiente. Articula una despedida.

Las lágrimas se me escapan mientras los machos me ofrecen su magia. Recorro sus rostros con la mirada una última vez, memorizándolos. Los pómulos altos y la mirada gris y firme de River. Los labios carnosos y la piel dorada de Shade. La mandíbula dura y los penetrantes ojos azul cielo de Coal. Los rasgos bellos y angulosos de Tye, sus pecas, el destello de aquel pendiente de plata. El cordón naranja de la magia de Tye extiende sus garras y lanza zarcillos de energía a través de mi núcleo. Requiere un gran esfuerzo de voluntad abrirme por completo al poder de Tye, y, cuando lo hago, un hambre depredadora se apodera de mi corazón. Se me tensan los músculos y se me acelera la respiración y el corazón con un ansia por saltar sobre mi presa.

La necesidad de luchar y matar se hace más fuerte y salvaje a medida que la magia de Coal se desenreda en mi interior, haciendo que me hierva la sangre mientras aparta el dolor a un rincón nebuloso de mi mente. Si antes pensaba que la magia del quinteto

era insoportablemente poderosa, ahora —con los machos volcando toda su fuerza y su vida en el vínculo del quinteto— es cósmica.

Más deprisa, me urge la mente mientras la primera docena de qoru cruza por completo el portal, con los siguientes pisándoles los talones. *Tienes que moverte más deprisa.*

No dejo que nada de mi esfuerzo se refleje en mi rostro o en mis extremidades, ya que mi guardia qoru, que no sospecha nada, observa con avidez a los escuadrones que llegan.

Me duelen los tímpanos por la presión. Me hormiguea el cuero cabelludo, miles de diminutas chispas corriendo bajo mi piel. El gemido fantasmal que solo he oído una vez vuelve a sonar. Bajo y peligroso. Vibrando con una destrucción apocalíptica.

El último cordón de magia huele a tierra húmeda por la lluvia. Cojo el zarcillo del poder de Shade y lo enrollo alrededor de los otros, formando un fardo apretado que se retuerce como un gran pez. A mi alrededor, el musgo extiende sus hebras de terciopelo, creciendo tan deprisa que puedo ver el cambio ante mis propios ojos. El azul brillante incluso empieza a cambiar a violeta, como le ocurre a los ojos de Coal en los estertores de la magia. Sí, el musgo siente el poder. Lo quiere. Solo que mi cuerpo mortal no lo cede.

Me doy cuenta de que he olvidado respirar durante un rato y boqueo, forzando el aire a entrar en mis pulmones acalambrados. El poder se agita en mi interior, anhelando asaltar a sus enemigos. Tres, seis, nueve, los horrores continúan saliendo en tropel del portal. Quince, dieciocho. Más.

—Ahora —ordena River, como si yo tuviera algún control sobre el poder que late en mi pecho.

Y sin embargo, algo en mi interior obedece. El poder —mi propio poder— me golpea con fuerza, y el caos cede un pequeño terreno al control. Sonreiría si no se me estuviera rompiendo el corazón a pedazos por lo que está a punto de suceder. Mi magia desenfrenada se prepara para dar un golpe. El mismísimo aire de la sala se vuelve pesado, como si flotara al borde de un relámpago. Entonces, todo restalla como un látigo.

Dos de los pilares de mármol se derrumban a la vez, y pedazos enteros del techo se estrellan sobre qoru, faes y bancos por igual.

En el centro del suelo, ya empieza a abrirse una grieta similar a la que creé en la arena. La fuerza del impacto me derriba y el musgo amortigua mi caída. Tal como prometió, el escudo de Tye me salva de lo peor de los escombros que caen.

Se alzan voces en el aire, los gritos de los qoru cargados de una ira sobrenatural. De dolor. Griorgi grita algo que no me molesto en intentar entender.

Aferrando mi magia, vuelvo a azotar el mundo con ella. Esta segunda explosión derrumba el lado derecho de la sala y acaba con un denso grupo de qoru. Un trozo de techo golpea a Tye con la fuerza suficiente para dejarlo sin sentido, y el escudo a mi alrededor desaparece. El escudo que enjaulaba a Coal y a Shade también ha desaparecido, y ahora los dos machos yacen despatarrados a muchos pasos el uno del otro.

Solo River sigue consciente, agazapado en la isla sin musgo de la parte delantera de la nave.

No sobrevivirá al siguiente envite de magia. Ninguno de nosotros lo hará. El hielo me recorre la sangre.

Gemidos y chillidos de ira llenan el aire mientras los qoru luchan por mantenerse en pie. He perdido de vista a Jawrar y a Griorgi en la segunda explosión, pero sé que siguen ahí fuera, reuniendo a sus tropas.

La magia en mi interior vuelve a agitarse, mostrándome el camino de la destrucción final con un hambre concentrada e inteligente. La onda de choque vendrá de la izquierda esta vez y destruirá lo que queda de los pilares del templo. Una vez caigan los soportes, el techo de piedra se desmoronará, pues el peso de la cúpula es demasiado grande incluso para los escudos oscuros de Jawrar. Ya sea aquí en la Penumbra, o arriba en la Luz.

No puedo hacerlo.

Pero tampoco puedo detenerlo.

Mi mirada se encuentra con la de River; sus ojos grises son comprensivos y me transmiten su amor, su fuerza y su pesar. La magia dentro de mí crece hasta convertirse en un tsunami, toda ella a punto de estallar y destrozarnos a todos para siempre…

Toda, salvo un pequeño torrente de poder que el musgo azul violáceo sobre el que yazco absorbe a través del corte de mi muñeca fracturada. La presión de la magia se libera ligeramente, el filo de su locura se suaviza mientras el musgo la lame como un gato que sorbe nata. Durante un instante que parece una vida entera, lo observo maravillada.

El musgo aterciopelado bebe de mi magia reflejada. Con sed, sí, pero no con saña.

Toma sin malicia. Simplemente *es.* Como las arenas indulgentes bajo la barra horizontal de Tye, el musgo es el gran amortiguador de la Penumbra, mantiene la magia a raya. En equilibrio.

No es de extrañar que el musgo crezca ahora ante nuestros propios ojos: está brotando en respuesta a la afluencia de magia que el portal de Griorgi ha invocado; las hebras azul violáceas intentan absorber el poder extra y devolver el equilibrio a la Penumbra.

Mi mano se cierra sobre un manojo de musgo y sus zarcillos acarician mi piel. Aterciopelado y tupido como el pelaje de un tigre. El único ser vivo nativo de la Penumbra.

—No eres un parásito, después de todo —le susurro al musgo, mientras la revelación se filtra por mi sangre—. Eres un simbionte, ¿verdad?

El musgo rodea mi muñeca sangrante, bebiendo cada vez más de mi magia a medida que cobra fuerza. Al desviarse parte del poder, puedo volver a respirar. Al menos por un rato. Inspiro entrecortadamente mientras un nuevo plan se asienta en mi interior. Uno que permitirá que mis machos vivan.

—Prepárate —le ordeno a River. Sin tiempo para esperar su asentimiento, agarro el gruñiente cordón marrón oscuro de su magia de tierra y clavo la punta en el suelo. El terremoto resultante es lo bastante violento como para derribar a todo el mundo sin destruir el templo, gracias a las estrellas.

Con la presión de la magia aliviada momentáneamente, todos los cordones de poder de mi interior son por fin maleables. Obedientes a mis órdenes.

La euforia me inunda cuando la magia contra la que hasta ahora solo había luchado y que solo había soportado me tiende de pronto una mano acogedora. Las incómodas chispas bajo mi piel se convierten en un cosquilleo placentero; la presión en mis oídos, detrás de mis ojos, se torna en un calor suave y reconfortante. El gemido fantasmal de mis oídos se convierte en una orquesta, cuya gloriosa música ya me inunda el alma. A la espera de mi dirección.

Estrellas. Podría existir en este instante para siempre.

Pero no puedo. Para deshacerse de la corrupción que Griorgi y Jawrar trajeron a la Penumbra de Lunos, hay que permitir que el musgo haga su trabajo. Pero tiene que trabajar más deprisa. Mucho, mucho más deprisa. Lo que significa que toda la magia que sigue creciendo y fortaleciéndose en mi interior debe ser entregada a él, al guardián azul de la Penumbra.

Trabajando con rapidez, entrelazo los cuatro cordones de la magia de los machos y, por primera vez, trenzo de verdad las hebras en un único y poderoso tejido. En un solo cordón nuevo cuyo poder es incomparable a cualquiera conocido en Lunos.

Busco a tientas en el suelo y mis dedos se cierran alrededor de un afilado trozo de mármol.

—¿Qué está haciendo? —A diez pasos, un quejumbroso Griorgi se pone de rodillas a duras penas, sus ojos aturdidos llenos de una mezcla de odio y de la misma curiosidad abstracta que he visto en los de Autumn—. Sé que está detrás del asalto de la magia. ¿Va a renunciar a ella para atacarnos con una piedra afilada?

—He descubierto la única desventaja de su inmortalidad —le digo, apretando la mano alrededor del fragmento, preparándome para lo que debo hacer. Pensábamos que necesitaba acumular poder para triunfar sobre Mors. En realidad, necesito entregarlo—. Los inmortales no pueden vivir sin magia. —Girándome hacia River, alzo la voz y grito una última orden a mi comandante—. ¡Saca al quinteto del musgo!

Mis palabras aún resuenan en las paredes cuando hundo la daga de piedra en mi vena y la rajo, regalando la magia más poderosa de Lunos al suave centinela azul de la Penumbra.

—Haz lo que mejor se te da, amigo mío —le susurro al musgo, con la mente ya nublada por la pérdida de sangre—. Devuélvele el equilibrio a la Penumbra para librarla de la corrupción de Griorgi.

RIVER

River gritó mientras la sangre brotaba a chorros del brazo de Leralynn. Poniéndose en pie a toda prisa, corrió hacia ella, sin hacer caso de los grilletes que lo detendrían de un tirón. Pero no fueron los grilletes lo que lo detuvo a los dos pasos. Fue el *musgo.*

El parásito azul, que un momento antes apenas le llegaba a los tobillos, brotó de repente hasta convertirse en un espeso bosque violeta, una masa brillante y esponjosa que se alzaba por encima de su cabeza, creando un muro alrededor de su círculo de piedra. Los filamentos que tocaron las manos desnudas de River ardieron con un fuego líquido tan doloroso que retrocedió de un respingo, jadeando como un loco.

¿Pero qué diablos acababa de pasar?

Un momento antes, habían estado a un instante de una muerte segura. Los dos azotes del poder de Leralynn habían debilitado el templo, y el inevitable tercero sin duda lo remataría. River lo sabía. Y Leralynn también. River lo había visto en sus ojos. Jawrar y Griorgi también lo sabían; el primero había desaparecido en la Subpenumbra, mientras que el segundo contemplaba las ruinas de su prometido imperio con una furia desorbitada.

Y *estaba* en ruinas. El golpe inicial de Leralynn había resquebrajado el suelo, destruyendo la runa que el rey tanto tiempo había tardado en perfeccionar. El portal de oscuridad líquida se

encogía lentamente, sin que más qoru entraran en este mundo. La mitad de los monstruos que ya estaban aquí se encontraban atrapados bajo trozos de techo y pilares caídos. Un instante más y ellos también habrían muerto, sepultados bajo la cúpula del templo.

River había estado preparado para el final. Lo había estado desde que se cerró aquellas esposas forjadas en Mors sobre sus propias muñecas. Por las estrellas que lo había intentado, que había usado su magia solo para que las esposas lo aplastaran, para intentar mantener su sangre fuera del alcance de Griorgi. Pero el rey había sido demasiado inteligente para tales artimañas, y las cosas que les había hecho a Coal y a Shade para conseguir que River cooperara… Sí. River había estado más que preparado, lamentando únicamente su incapacidad para tocar a Leralynn una última vez.

Sin embargo, había encontrado su mirada. La había sostenido mientras ella se preparaba para el golpe final…

Y en su lugar se había rajado el brazo.

River giró en círculo. El espacio de cinco pasos de ancho a su alrededor estaba desnudo, a excepción de los restos de la runa y el portal que se encogía lentamente. Más allá de eso, no veía nada. Su espacio era una isla en un mar púrpura.

Un mar muy desagradable, a juzgar por los gritos de agonía que provenían de su interior.

Sacad al quinteto del musgo.

River ahogó un grito cuando por fin lo comprendió. Leralynn había entregado su magia al musgo, convirtiendo la pequeña y molesta bola de nieve que era el parásito en una avalancha mortal, lo bastante fuerte como para sofocar toda la magia de la Penumbra del templo. Magia sin la cual ninguno de los seres inmortales podría sobrevivir, y mucho menos pasar a la Luz.

El roce del musgo contra la palma de la mano de River había sido una agonía abrasadora. Con su falta de ropa y su magia más profunda y oscura, los qoru se derretirían hasta los huesos. Era brillante. Leralynn era brillante.

El corazón le latió con dolor al recordar el torrente de sangre escarlata del brazo de ella, sabiendo que no lo olvidaría mientras viviera. Pero ahora no había tiempo para eso.

Sacad al quinteto del musgo. Llegar hasta Leralynn.

River volvió a girar en círculo, buscando un arma. Cualquier cosa que pudiera usar para abrirse camino a través del mar púrpura.

El musgo a la izquierda de River se movió, y una gran figura salió de él arañando el aire y cayó de rodillas. —River —jadeó Griorgi, tendiéndole la mano.

Un escalofrío recorrió la espalda de River. Ignorando la mano extendida de Griorgi, arrancó la espada que el rey llevaba a la espalda y usó la punta de la hoja para levantarle la cara. Pelo castaño oscuro, ojos grises, una cicatriz visible bajo la piel roja y amoratada. Lo que debió de ser un tajo en el hombro del varón estaba ahora cauterizado. River lo asimiló todo, esperando la oleada de odio y furia que haría mucho más dulce este golpe final.

Todo lo que River sintió fue el peso de unos ojos llenos de agonía.

Malditas estrellas. La punta de su espada bajó.

Un graznido escapó de la garganta de Griorgi. —¿Quiere matarme, potrillo?, pero no puede, ¿verdad? —Tosió, escupiendo sangre—. Esa fue siempre su debilidad. Ponerse del lado de los débiles en lugar de los poderosos.

—Tenéis razón. —River dejó que su espada tintineara contra la piedra. Esperó la sonrisa triunfante de Griorgi. Y le dio una patada al rey directa al portal que se cerraba, dándole a la oscuridad líquida un último festín antes de que el velo entre Lunos y Mors se cerrara una vez más—. Estarás mejor entre los de tu propia especie, padre —dijo River a la nada, mientras los grilletes alrededor de sus muñecas se desmoronaban como trozos de arcilla reseca.

—¡River! —La voz de Coal. Cargada de dolor. Provenía de las profundidades del mar púrpura—. River, ¿dónde estás?

—Aquí. —Agarrando la espada de su padre, River se abrió paso a tajos en dirección a la llamada de Coal.

Se encontraron varios pasos más allá, cuando Coal salió tambaleándose de la masa abrasadora. Tras quitarse de los hombros el cuerpo apenas consciente de Shade, Coal depositó con cuidado al cambiante en el círculo de piedra despejado y luego apoyó las manos en los muslos, recuperando el aliento con dificultad.

Ambos varones tenían quemaduras en la piel expuesta, aunque Coal parecía estar en mejor estado. Al igual que Leralynn, cuyo cuerpo mortal no necesitaba magia propia, el cuerpo de Coal también tenía una relación diferente con la magia. La rareza que le salvó la vida como esclavo en Mors parecía proporcionarle ahora cierta protección contra el drenaje del musgo. —¿Lera? —preguntó Coal sin aliento—. ¿Tye?

River señaló el musgo con la barbilla, esforzándose por oír la voz de alguno de los dos.

Nada.

—¡Leralynn! —gritó Coal.

Espada en mano, River giró en círculo, intentando localizar el punto donde había visto a la chica por última vez. Con el musgo por encima de su cabeza, no podía ver ningún punto de referencia. Maldito infierno. —¡Tye! ¡Leralynn! —gritó una y otra vez, hasta que finalmente un gemido, demasiado agudo para ser una de las voces graznantes de los qoru, le llamó la atención. Con el corazón desbocado, River se abrió paso hacia el gemido, su espada cortando de vez en cuando a algún qoru aullador cuyo cuerpo derretido se interponía en su camino. Solo a unos pasos. Uno. Un golpe salvaje y…

Xane se deslizó fuera del musgo, con el pelo rubio rojizo pegado a su cara quemada.

Tragándose una maldición, River agarró al príncipe por la espalda de la túnica y lo arrojó el resto del camino hasta el refugio libre de musgo. Demasiado tiempo. Estaba tardando demasiado. —¿Puede alguno de vosotros volver a la Luz? —exigió River; su propia magia estaba demasiado mermada para esa pequeña hazaña.

Tanto Coal como Xane negaron con la cabeza.

River gruñó y se volvió hacia el brillante muro de musgo, un pánico abrasador retumbando en sus venas. Estaba a punto de empezar a dar tajos al azar cuando su vínculo de quinteto se tensó, y el dolor lo dobló en dos. Coal y Shade jadearon a su lado; Shade se incorporó sobre un codo, con el rostro exangüe.

No. Una sensación terriblemente familiar recorrió las venas de River, la oscuridad amenazando con detener su pulso por completo.

—¡Leralynn! ¡Tye! —Su voz se volvió desesperada, para nada la del comandante que se suponía que era. El dolor en el vínculo creció, como si le estuvieran arrancando uno de sus propios miembros, mientras la atadura invisible se rasgaba. Igual que una década antes, cuando el quinteto perdió a Kai. —¡Leralynn! ¡Tye!

El bosque púrpura se estremeció como si estuviera bajo asedio, y un gran tigre saltó a través del musgo. Quizá su pelaje le proporcionaba protección. O tal vez el dolor de la ruptura del vínculo había eclipsado todo lo demás. Fuera como fuese, cuando el tigre de Tye irrumpió en el claro para depositar el cuerpo inerte de Leralynn sobre la piedra, el mundo de River finalmente se hizo añicos.

Un destello de luz y Tye cayó de rodillas; sus sollozos eran un eco del aullido feroz de Shade y del silencio desgarrador de Coal. River se tambaleó, buscando en vano un movimiento en el pecho de la chica, sus oídos esforzándose por oír un latido que no llegaría. Que no podía llegar.

Porque Leralynn estaba muerta.

TYE

Lera estaba muerta. La *compañera* de Tye estaba muerta, yacía inerte sobre la fría piedra, con la piel cenicienta por la pérdida de sangre. Tanta sangre había perdido que las heridas punzantes que el tigre de Tye le había hecho al arrastrar su diminuto cuerpo hasta aquí ni siquiera sangraban. Al final, no habían sido los qoru quienes la habían matado, sino la propia joven, que había sacrificado su vida para que los machos pudieran conservar la suya.

—Lera. —Las lágrimas saladas surcaban el rostro de Tye mientras caía de rodillas a su lado, con el cuerpo palpitante de vacío y agonía. No. No era verdad. No podía ser verdad. El tigre de Tye ronroneó; el animal, desesperado, intentaba ofrecerle el consuelo que podía. Ahora Tye podía oír al tigre, pero la pérdida de Lera le arrebató toda la alegría. La alegría de vivir.

No. Tye había encontrado a su compañera. No podía perderla. Las estrellas no podían hacerle eso.

Arrodillado junto a Tye, Shade posó la mano sobre la de la joven, invocando fuerzas de quién sabe dónde. El fulgor plateado de la magia curativa de Shade envolvió el cuerpo de la chica. Brilló una vez. Titubeó. Luego se deslizó como una sábana y el macho negó con la cabeza. Un instante después, una luz brillante destelló y el lobo de Shade se acurrucó junto al cuerpo de Lera, gimoteando.

River se cernía sobre todos ellos, en silencio, pero no impasible. Tye podía sentir el dolor torturado que emanaba de él en oleadas,

verlo en sus grandes ojos grises.

—Mi magia. —Apartando bruscamente al lobo de Shade, Coal ocupó el lugar del cambiante y atrajo a Lera hacia él. El guerrero era tan grande a su lado que Tye no podía entender cómo habían podido batirse en duelo alguna vez. Cómo Coal podía enfrentarse a ella en la arena, sabiendo lo fácil que era que cayera. Que se hiciera daño. Que muriera. Entonces comprendió que era el espíritu de Lera lo que la hacía parecer más grande en vida, su mirada centelleante, su risa espontánea y su estúpida e incesante valentía.

Echando la cabeza de Lera hacia atrás, Coal unió su boca a la de ella.

El pecho de Tye se oprimió con una pizca de esperanza y su corazón se aceleró. Sí. Coal. La magia que el oscuro guerrero evocaba en Lera se volvía hacia dentro, igual que la suya, otorgándole la fuerza y los dones curativos del macho inmortal. —Vamos, muchacha —susurró Tye, viendo cómo la boca de Coal cubría los fríos labios de Lera—. Responde al desafío de Coal y no te guardaré rencor ni por un solo momento que pases con este cabrón. Hasta dejaré de robar si quieres. Lo que sea. Pero lucha.

Pasó un latido. Una eternidad. Más.

Coal apartó el rostro del de Lera, con los ojos azules brillantes por las lágrimas contenidas. Se giró violentamente y golpeó el suelo de piedra con el puño con fuerza suficiente para fracturarse los huesos.

A Tye se le cerró la garganta, ahogado por sollozos que no podía controlar. Cuando por fin pudo hacer pasar aire por ella, este trajo consigo el aroma a lilas. El propio musgo olía así, como si le rindiera homenaje. En la Penumbra, donde nada olía ni sabía como debía, el aroma a lilas de Leralynn impregnaba el aire.

Con la cara mojada, Tye se tambaleó hasta la pared de musgo y cogió un manojo entero. El dolor ardiente que le recorrió la piel fue bienvenido. Volviendo al lado de Lera, depositó el ramo sobre su pecho, cerrando los brazos de la joven sobre los filamentos. —Creía que era bonito. —Tenía la voz pastosa y la visión borrosa—. Le gustaba. Y… —No pudo terminar, y sus manos cayeron lacias a ambos lados de su cuerpo.

Durante un momento, todos se quedaron mirando en silencio. No había nada más que pudieran hacer.

—Vuestro musgo se está marchitando —anunció la voz de Xane desde más allá del mundo de Tye.

La rabia ardió en la sangre de Tye. Se giró, agarró al principito acobardado por el cuello y lo levantó. Tye echó el puño hacia atrás. De todas las cosas que el niñato había dicho y hecho, esta era la última línea que Tye le permitiría cruzar.

Xane levantó las manos, esquivando el golpe. —El musgo absorbe la magia —graznó, hablando tan rápido como el agarre de Tye en su cuello le permitía—. Si se está marchitando, la magia se está yendo a *alguna parte*.

El puño de Tye se detuvo. —¿De qué demonios estás parloteando ahora?

Xane señaló su cuello, boqueando cuando Tye lo soltó. —Puede que no sea el atleta, ni el guerrero, ni el estratega militar que el puñetero de Blaze quiere, pero *sí* que sé algunas cosas. —Acercándose al muro de musgo púrpura, Xane respiró hondo para darse valor y arrancó un pequeño trozo—. Mira —dijo, enseñándoselo a Tye.

Tye se quedó mirando el musgo. Exactamente el mismo musgo que era un momento antes, hebras enroscadas de un púrpura fosforescente. —Voy a matarte.

Xane negó con la cabeza. —Mira el musgo que has puesto sobre Lera.

Tye echó un vistazo. River y Coal también miraron, agachándose más cerca del cuerpo de Lera. Incluso el lobo de Shade levantó la cabeza. El exuberante ramo que Tye había depositado en el pecho de su chica de las lilas estaba ahora apagado y lacio.

—El musgo equilibra la Penumbra —dijo Xane, arrojando el musgo fresco para frotarse las palmas enrojecidas—. Yo soy inmortal, así que el musgo coge mi magia. Los humanos son mágicamente neutros, así que el musgo los ignora. Y luego está Leralynn, una tejedora con la habilidad de manipular la magia pero que no posee ninguna propia. En sus últimos momentos, vuestra compañera *ha donado* poder al musgo, y creo que eso ha formado

un negativo en la balanza, en la forma de su cuerpo… un negativo colosal, dada la cantidad de poder que hay en la magia de los quint. —Xane hizo una pausa—. Así que ahora el musgo quiere equilibrar la balanza.

COAL



Coal había esperado que Tye le partiese el cuello al principito. Ahora, se alegraba, cosa rara en él, de la contención del fae.

Algo estaba pasando, algo que rozaba la magia de Coal. Un susurro de desafío que no había estado ahí momentos antes. Una diminuta chispa que cobraba vida por un instante y se atenuaba con la misma rapidez.

—¿Qué ha dicho? —exigió Coal, reacio a apartar la mirada del cuerpo inerte de Lera, envuelto en seda manchada de sangre—. ¿Qué ha dicho sobre el musgo?

—Se está marchitando. —A Xane le temblaba la voz y las palabras se le atropellaban. Cuando Coal se giró para fulminarlo con la mirada, el príncipe pareció encogerse sobre el suelo de piedra.

—Se está *parcialmente* marchitando —corrigió River, agachándose junto a la chica—. Mirad aquí.

Coal siguió la trayectoria del dedo de River. Por alguna razón que solo las estrellas sabrían, la mortal se había vestido para la batalla con un traje de seda verde, sujeto por un corpiño ajustado que le dejaba el cuello y los hombros al descubierto. River señaló la unión entre la tela y la piel: el musgo solo se marchitaba donde tocaba directamente a Lera.

—Rásgale el vestido —le ordenó Coal a River, y apartó a los demás de un empujón para arrancar una gran brazada de musgo. El corazón se le aceleró y el sudor le perlaba las sienes a pesar del frío.

Regresó junto a Lera, extendió las ardientes hebras púrpuras sobre su piel grisácea y contuvo el aliento.

Esperando. Anhelando. Boqueando cuando otra chispa de desafío pinchó su magia, otro diminuto pinchazo que se encendía y moría justo cuando el musgo se marchitaba. —Más —exigió Coal, sin necesidad de explicar qué quería decir. O por qué.

Los fae obedecieron, acarreando brazadas de musgo hasta que todo el cuerpo de Lera quedó sepultado bajo un manto púrpura. Las punzadas de magia golpeaban a Coal a menudo ahora; una nueva ráfaga cada vez que un fresco ramo púrpura vertía magia en ella. Conteniendo el aliento, Coal se concentró en las punzadas, intentando con todas sus fuerzas atrapar una. Sostenerla y acariciarla. Al no conseguirlo, Coal golpeó su propia magia contra la de Lera, estrellándola como un puño ensangrentado.

A la magia le gustó. Le gustó tanto que se quedó a jugar durante todo un latido antes de desaparecer. Luego tres. Cuatro.

—El musgo ha dejado de marchitarse. —La voz frenética de Tye atravesó la concentración de Coal—. ¿Por qué no se marchita?

Coal parpadeó. Tye tenía razón. El musgo había dejado de marchitarse, pero la magia dentro de Lera todavía contendía con la de Coal. Crecía. Sin embargo, a medida que las punzadas y las provocaciones se fortalecían, Coal sintió una diferencia en ellas. Una nueva personalidad, una picardía que ahora equilibraba la furia cruda y depredadora que había sentido *antes,* cuando la mortal simplemente se hacía eco de la magia de Coal. Y también podía sentir algo más: una fuerza estaba devolviendo a la vida el vínculo quíntuple cercenado, cosiéndolo a lo largo de la unión desgarrada, hebra por hebra, en un nuevo tejido. Con ello, el puño que atenazaba el corazón de Coal comenzó a aflojarse lentamente.

Hundiendo la mano bajo el musgo, buscó a tientas el cuello de Lera. El leve *bum, bum, bum* de un pulso latiendo contra sus dedos. Y lo sintió.

A su lado, Tye ya estaba despejando el rostro de Lera con movimientos frenéticos, respirando con dificultad. Nuevas lágrimas humedecían su cara; lágrimas de esperanza desesperada. El musgo púrpura fue retirado hasta que los ojos de chocolate de la chica

llenaron la visión de Coal. Unos ojos familiares, maravillosos. Los mismos. Y, sin embargo, diferentes. Coal todavía los miraba fijamente, tratando de averiguar qué acababa de pasar, cuando la voz de Tye rompió el reverente silencio.

—Estrellas —dijo—. ¿Habéis visto alguna vez a una fae tan pequeña?

Coal parpadeó y siguió la mirada de Tye hasta que lo vio. Las orejas puntiagudas y los caninos alargados de Lera, el ligero estiramiento de sus huesos. Una perfecta y diminuta inmortal respirando entrecortadamente.

LERA



De pie al borde del patio de palacio, con vistas al jolgorio vespertino y a las hogueras que arden en la vasta plaza de arenisca, aspiro el aroma del fuego y las hojas crepitantes, oigo a los insectos que escapan de las llamas por la piedra y huelo el toque de levadura del pan que sube en las cocinas. Parece que todo Ferno ha desfilado por las calles para bailar, beber y retozar aquí, en el centro de la ciudad. Niños que huelen a tierra y a dulces persiguen aros y pelotas por la plaza, pasando veloces entre las piernas de la gente y chillando de risa. Miles de sabores explotan en mi paladar, todos de una sola bocanada. Sobre todo, aspiro el almizclado aroma metálico del varón de ojos azules que se coloca detrás de mí.

—Como vuelvas a morir, te haré correr tanto que desearás estar muerta. —Coal me agarra de las muñecas y me empuja contra un árbol bajo de copa densa y plana. Me inmoviliza contra la corteza con las caderas mientras su boca toma la mía con ferocidad.

El fuego me invade, recorriéndome la columna y tentándome a alzar esa vieja extremidad fantasma de la magia de Coal que ahora mismo es demasiado pesada para jugar con ella. A pesar del frío y de la fatiga, la necesidad se enciende en lo más profundo de mi vientre y una de las cuatro nuevas cuerdas invisibles tira de mi alma. Forcejeo contra las ataduras de Coal, rozándome contra la áspera corteza, y el deseo y la furia crecen cuando su fuerza vence a la mía.

Le muerdo el labio al varón. Calculo mal la posición de mis colmillos. Saboreo la sangre. Si antes su olor era intrigante, ahora es embriagador. Aspiro profundamente, pasando mi lengua por el interior de su boca, reclamándolo tan a fondo como él me reclama a mí.

Coal gruñe contra mi boca e intensifica su intrusión, levantando uno de mis muslos para que lo enrolle alrededor de su cintura…

—Para y deja que Lera respire. —La melodiosa voz de Autumn se interpone entre nosotros—. Los sanadores acaban de soltarla de sus garras.

—Ya respirará luego —dice Coal, besándome en el cuello, bebiéndose mi esencia, tirando de ese vínculo invisible que hay entre nosotros. Uno de los cuatro nuevos vínculos con los que desperté anoche. Resopla en dirección a Autumn—. Mi magia es buena para ella.

—Tu magia *era* buena para ella cuando era humana —dice Autumn—. Ahora podría ser tan molesta como tú.

Era humana. Me trazo el borde puntiagudo de la oreja, como he hecho tantas veces desde anoche, cuando todo cambió. Para Slait. Para Blaze. Para mi quinteto. Para mí. Incluso ahora, mientras contemplo los jardines de palacio, con las hogueras lamiendo el cielo nocturno y los niños con máscaras de qoru correteando en busca de los dulces de Samhain, todavía no puedo asimilar la realidad.

Recuerdo morir, el suave musgo azul violáceo cubriéndome de calor y promesas mientras mis varones aún libraban la batalla contra Mors. Y luego estaba viva; la batalla había terminado y el musgo era un depredador abrasador en lugar de un amigo.

Estaba viva, sí, pero viva de *forma diferente*. Incluso en la Penumbra, mis sentidos se desbocaron y mis extremidades y mi corazón no sabían muy bien qué hacer. Además, estaban estos nuevos vínculos. No el vínculo del quinteto —aunque también sentí esa consciencia al instante—, sino algo completamente distinto. Una nueva y más profunda conexión con el alma de cada uno de los varones que vive y pulsa con vida propia. Un vínculo tan profundo e íntimo que todavía no me atrevo a hablar de él en voz alta. A preguntar qué podría ser.

Mis varones se turnaron para sostenerme, pues ninguno estaba aún lo bastante fuerte para hacer el viaje a la Luz, hasta que Viper llegó para ayudar. Pasamos todos el resto de la noche en la enfermería mientras las fuerzas de Klarissa barrían la Penumbra de Blaze en busca de rezagados. Para cuando Autumn ha llegado a primera hora de esta tarde —tras haber salido del palacio de Slait solo un par de días después que nosotros, una vez contactó con la Ciudadela para pedir ayuda—, apenas quedaban señales externas de la guerra. Excepto por el templo dañado, dos banderas de luto ondeando en lo alto de dos palacios y dos nuevos reyes asumiendo su poder.

Sondeo mi propia mente, intentando averiguar si echo de menos mi mortalidad, mi antiguo yo. Pero solo encuentro alivio, consuelo. Mi antiguo yo no ha desaparecido, solo el cuerpo en el que vivía.

—Vamos a caminar, Lera. Deberías ver las travesuras que Blaze prepara para Samhain. ¿Y las cosas que hacen con manzanas y azúcar? Creerás que estás volando.

Manzanas y azúcar. —Ahora todo es mucho más potente —digo en voz baja, dejando que Autumn me aleje de Coal y me guíe hacia las hogueras de abajo. Con el sol dorado empezando a ponerse, los amarillos y naranjas brillantes de los edificios y las densas copas verdes de los árboles hacen que la ciudad parezca una pintura—. Los sabores, los sonidos y los olores. Antes solo olía a estofado, y ahora puedo distinguir las zanahorias, el carnero, las cebollas y… Es como cuando entré por primera vez en Lunos, pero más intenso.

—Mmm. —Autumn me dedica una mirada pícara. Hoy va vestida de diablillo de fuego, con brillantes colores otoñales, llamas doradas bordadas y una corona tejida con hojas secas sobre sus trenzas plateadas. Unos pequeños cascabeles dorados en las puntas de las trenzas tintinean mientras caminamos. Comparada con ella, con mi sencillo vestido amarillo y el pelo suelto por la espalda, parezco totalmente sosa. Y ahora entiendo por qué los fae visten tejidos suaves y naturales como la seda y el cuero: mi piel siente cada bulto, cada puntada y cada hilo suelto. Me da la sensación de que, con el tiempo, me vestiré cada vez más como Autumn, lo quiera o no—. ¿Y también se han despertado *otros* sentidos? —continúa—.

Podríamos pedirle a Coal que nos preste un poco de su cuerpo por el bien de la ciencia.

La cara me arde. Y el resto del cuerpo también. Muy abajo.

Autumn resopla.

Me abrazo los hombros y le lanzo una mirada fulminante. —¿Dónde están todos?

—Aparecerán en cualquier momento. En cuanto el viento les lleve el aroma de tu libertad. —Autumn inclina el rostro hacia la brisa—. Después de que los sanadores los echaran de la enfermería esta mañana, los cuatro han acampado en el pasillo, y el lobo de Shade se negaba a moverse para dejar pasar al personal de servicio. Así que la guardia los ha echado. Cinco veces. Al final, Xane ha tenido que inventarse razones para ocupar a esos cabrones, antes de que todo el personal de palacio se rebelara.

—Xane. —Aprieto la mandíbula; una furia que es más que mía me recorre la sangre.

—Xane me ha contado lo que le hizo a Tye. Es…

—Un cabrón manipulador, cobarde y de alta cuna que no duda en pisotear a cualquiera si le conviene —termino por Autumn.

—Una descripción bastante concisa. —Vestido con una camisa blanca bien cortada y unos pantalones azules holgados, Xane me hace una reverencia al acercarse. La pequeña corona sobre su pálido cabello refleja la luz del atardecer—. Perdonad la interrupción. Solo deseaba agradecer a Leralynn lo que ha hecho por Blaze y Lunos.

Miro fijamente a Xane, sin decir nada.

El príncipe asiente en señal de aceptación. —No os molestaré más. —Duda solo lo suficiente para sacar un libro de su zurrón y tenderle el tomo encuadernado en cuero a Autumn—. *La historia concisa de los resguardos y las runas desde el Período de Separación Temprana*, de Victoria Stasse*,* como me pediste. Quédatelo todo el tiempo que quieras.

—Gracias. Excepto que no pienso devolvértelo. —Autumn sonríe —. Colecciono copias de autor.

Xane frunce el ceño.

—El príncipe de Blaze es el autor de algunos de mis textos de referencia favoritos —me explica Autumn, ignorando alegremente

cómo se agrandan de repente los ojos de Xane, asustados—. Tiene toda una biblioteca de cosas interesantes ocultas tras cubiertas sobre estrategia militar y fabricación de armas.

—¿Escribiendo como Victoria? —Enarco las cejas—. ¿Por qué?

—Me imaginaba que ocultaría mi identidad —dice Xane con sequedad, y luego mira a Autumn con el ceño fruncido—. Nunca debería haberte dejado sola en el salón.

—No, desde luego que no. —La sonrisa de Autumn se suaviza—. ¿Por qué tanto secretismo, Xane?

El varón mira la bandera negra de luto que ondea sobre el palacio; su mirada está llena de una mezcla de resentimiento y vergüenza. Su respuesta, cuando por fin llega, es tranquila. —Cuando tu padre quiere por hijo a un guerrero como Tyelor y en su lugar engendra a uno que se marea al ver sangre, es mejor no llamar su atención sobre pasatiempos débiles. Disculpadme, veo que dicho parangón de la masculinidad se acerca y preferiría estar en otro lugar.

Con la cabeza todavía dándome vueltas por las palabras de Xane, dirijo mi atención al sendero de abajo, sintiendo la verdad de la proximidad de Tye. Pero el sendero está vacío. Más abajo, ninguna de las figuras reveladas por las llamas tiene la silueta grande y ágil de mi guerrero pelirrojo. —Maldito mentiroso —murmuro.

—Tye *estaba* por allí, la última vez que lo vi. —Autumn señala en la misma dirección infructuosa—. Discutiendo con su hermana, creo. Saritta parece tener opiniones muy firmes sobre varias cosas.

—Quizá… —*Uf*. El aire se me escapa de los pulmones cuando un par de zarpas me golpean el pecho, inmovilizándome contra el frío suelo. Sobre mí, el hocico de un tigre me tapa la vista del cielo crepuscular y su lengua áspera me lame el cuello con felina autosatisfacción. Intento zafarme de la húmeda y arenosa bienvenida—. Ah. Para ya, gato.

Me ignora.

Justo hasta el momento en que el gruñido de advertencia de un lobo atraviesa el aire que nos rodea y dos de los misteriosos y nuevos vínculos de mi interior vibran con tensión.

El lobo vuelve a gruñir. La visión de su hocico negro, retraído para mostrar unos grandes colmillos goteantes, me provoca un pequeño escalofrío en la piel. —¿Shade? —digo, entre los lametones del tigre, que, si cabe, se han vuelto más posesivos—. Estás de broma, ¿verdad?

Grrrr. El lobo se acerca sigilosamente; su pelaje gris se ondula sobre los musculosos hombros.

Levantando la cabeza, el tigre lanza un zarpazo con una de sus garras gigantes, enviando al lobo de Shade a volar por los aires.

Aterrizando en un montón de pelaje gris, Shade gañe una vez y luego se levanta, con sus ojos amarillos destellando un brillo asesino. Con el lomo erizado, el lobo rodea al tigre, cruzando las patas en un ágil paso de lucha que enorgullecería a Coal. Probablemente, buscando un tendón que cortar.

Tye salta de encima de mí, respondiendo al desafío de Shade de frente, con la cola del gato balanceándose rítmicamente a la luz del fuego.

No. No están de broma. Maldigo, acepto la mano que me ofrece Coal y permito que el convenientemente llegado guerrero me aleje de los depredadores que dan vueltas. Con mi nuevo cuerpo fae, puedo oler el agudo aroma de la posesión que se desata a mi alrededor. Necesidad. Dominación. Territorio.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunto a Coal.

El guerrero coge un gran garrote con gesto sombrío y mira a los dos varones. —Ahora les meteremos la cordura en la cabeza a golpes.

—Ah, deja eso antes de que hagas daño a alguien. —Una mujer menuda de ojos verdes, que rondaría la cuarentena si fuera humana, se acerca a nosotros a grandes zancadas. Nada en su vestido grueso y práctico explica la autoridad que proyecta. Deteniéndose ante Coal, la mujer apoya una mano en la cadera y con la otra le pide el garrote.

Autumn se atraganta con la sidra y la escupe sobre la hierba. Saritta, que también está ahora aquí, se encoge. Ambas parecen saber algo que yo no sé. Observo a la mujer más de cerca.

Sin hacer caso a Autumn, la mujer enarca una ceja, esperando a que Coal entregue su arma.

—Su compañera está aquí —explica Coal con una paciencia impresionante—. Si…

—Si entras a puñetazos, tendremos tres potros desbocados en lugar de dos. —Levantando la mano, la mujer le da una palmadita en la mejilla a Coal y alza la voz por encima de la refriega—. Tyelor. Ven aquí ahora mismo o iré a por ti. —Sin esperar a ver si se obedece la orden, la mujer se vuelve hacia Coal con el ceño fruncido —. ¿Qué quiere decir con *su* compañera?

Un destello de luz alcanza al tigre de Tye en el aire y el varón aterriza en su forma fae, con la nuez subiendo y bajando. Observa a la mujer mayor con desesperación, como si temiera que pudiera desaparecer si desviaba la mirada por un segundo. —¿Madre?

LERA



—Madre —repite Tye, casi con asombro. La esperanza en su voz me estruja el corazón, tirando de esa cuerda en mi interior. Detrás de Tye, Shade ha vuelto a su forma feérica y se aparta. Tye traga saliva, contemplando el rostro sonriente de la mujer, su capa marrón oscura y sus robustos zapatos—. Estás aquí.

—Claro que estoy aquí. Vivo aquí, gatito. —La mujer sonríe y tiende las manos—. Eres tú el que ha estado recorriendo Lunos con tu quinta durante tres siglos.

—¿Gatito? —repite Coal.

Tye le lanza una mirada que promete la muerte antes de acortar la distancia. Sus grandes brazos envuelven a la mujer con una calidez que conozco muy bien. La luz del fuego danza en los ojos húmedos de Tye, sus músculos tiemblan ligeramente.

Siento un nudo en la garganta, la alegría del reencuentro de Tye se mezcla con una pizca de envidia. Yo una vez tuve una madre. *Tuve* que tenerla. Quizá, si alguna vez nos reencontráramos, me abrazaría de la misma manera. Excepto que, por supuesto, la mía me abandonó a mí, no al revés.

—Mis compañeros de quinta —dice Tye, señalando a Coal y a Shade con un gesto de la mano antes de extendérmela, con la voz entrecortada—. Y esta... Madre, esta es Leralynn, mi compañera. Lera, esta es mi madre, Aliaanadora.

Compañera. La palabra que Tye ha pronunciado tantas veces suena diferente ahora. Abro los ojos de par en par; esas ataduras y tirones que he sentido desde que desperté en este cuerpo nuevo y diferente de repente adquieren un nombre. Conexiones no de magias compatibles, sino de almas unidas. Un vínculo de apareamiento. Eso es lo que siento. *Cuatro* vínculos de apareamiento.

La mirada de Aliaanadora se suaviza con complicidad, como si me hubiera leído la mente. Una cualidad muy desconcertante que he oído que poseen las madres, aunque esta no sea la mía. Se aclara la garganta; las leves patas de gallo en las comisuras de sus ojos danzan con bienvenida y cautela. —Un placer, Leralynn —dice, apretando la mano que le ofrezco—. Sin embargo, ese cachorro con carácter de ahí parece creer que hay dudas sobre de quién eres compañera.

—Es un poco complicado... —empieza Tye.

Aliaanadora levanta una mano, la otra todavía apretando la mía. —Creo que ya me lo imaginaba. —Me examina de cerca, sus ojos verdes resultan extrañamente familiares—. Quiero oírlo de la boca de la muchacha. Al fin y al cabo, si lo que dice Tyelor es cierto, Leralynn, ahora eres mi hija.

Hija. Me escuecen los ojos. —Yo... —Por un momento quiero mentir, urdir una historia que se ajuste a lo que el mundo querría, solo para aferrarme a esa oferta. Pero sé que no puedo—. Tye es mi compañero —susurro—. Pero también lo son otros tres.

Aliaanadora parpadea.—¿*Otros tres*?

Siento que la cara me arde. —Eso creo. Me acabo de dar cuenta de lo que siento, y no sé si... —Miro a Coal; el movimiento de su nuez es toda la confirmación que necesito para saber que él también siente el tirón. Inspiro y me vuelvo hacia Aliaanadora—. Sí. Tye. Y Shade...

—Ese es el cobardica lupino que se esconde ahí atrás —aporta Tye, solícito.

Le lanzo una mirada fulminante. —A Coal ya lo has conocido. Y River...

—Está justo aquí. —Ataviado con un abrigo color vino sobre una camisa nívea de cuello abierto, River se alza imponente incluso sobre los otros varones mientras se acerca y le dedica a la madre de Tye una reverencia totalmente regia. Está arrebatadoramente guapo, tan fresco como si el día de ayer nunca hubiera ocurrido. Por un momento, recuerdo su piel pálida, las profundas ojeras bajo sus ojos, y tengo que tragarme las lágrimas. River se endereza—. Es un honor conocerla, señora.

—River. —Tras soltarme la mano, Aliaanadora repite el nombre como si lo saboreara—. ¿Así que tú eres el último de los amigos de Tye metido en este vínculo de apareamiento recién tejido? Nunca había oído hablar de algo así, pero, dado que los cinco también sois una quinta, imagino que es menos incómodo que Leralynn esté apareada con todos vosotros en lugar de con uno solo. Los varones se vuelven muy territoriales con sus compañeras.

—En efecto. —River se aclara la garganta y las puntas de sus orejas se sonrojan ligeramente mientras se estira una chaqueta que ya estaba perfectamente colocada.

—Madre. —Un destello de pánico ilumina los ojos de Saritta y sus dedos se dirigen hacia una cicatriz en su sien. Agarra del brazo a la mujer mayor y la acerca, bajando la voz—. Ese es el *rey* River. El soberano de Slait. No puedes hablarle así.

Aliaanadora se estremece. Los recuerdos revolotean por su rostro con tal viveza que sé exactamente lo que la atormenta; lo que ha atormentado a Tye durante siglos: el cruel daño del poder de algunos miembros de la realeza. Se me rompe el corazón al ver cómo se encoge la mujer que me llamó su hija.

—Perdóneme —dice rápidamente, apartándose de River. Levanta la mano, llenando el espacio entre ellos como si su delgado y envejecido brazo pudiera protegerse del gran guerrero. Un ligero cambio de peso hace que Aliaanadora se posicione entre River y el camino hacia Tye y Saritta—. No pretendía faltarle al respeto, Alteza. Solo hablaba como... Había olvidado a quién me dirigía.

River se pone en marcha antes de que nadie pueda hablar y acorta la distancia para tomar el codo de Aliaanadora con una delicadeza que rara vez le he visto. —Espere. Por favor. —Su voz se

suaviza, su mirada es extrañamente tímida mientras estudia el rostro de la mujer. No como un miembro de la realeza dirigiéndose a una plebeya, sino como un joven preguntando a una matrona—. ¿Podría decirme lo que iba a decir? Hablaba como... ¿quién?

Aliaanadora traga saliva. —Como una madre. —Suspira y sacude la cabeza con aire compungido—. Después de perder a un hijo durante siglos, estoy ansiosa por llenar mi mesa con más hijos. Los compañeros de mi nueva hija. Demasiado ansiosa como para pensar en lo que estaba diciendo.

River la mira fijamente, sus ojos grises brillando a la luz del fuego durante largos latidos. —Soy el comandante de la quinta de Tye —dice en voz baja, mientras su nuez sube y baja—. Soy la razón por la que ha estado fuera durante trescientos años. Si puede pasar eso por alto para invitarme a su mesa, puede llamarme como le dé la real gana. Y mandarme a cortar leña.

Una comisura de la boca de Aliaanadora se contrae, y la palma que había mantenido alejada de River se extiende ahora para posarse en su mejilla.

Con un nudo en la garganta, doy un paso adelante y los rodeo a ambos con mis brazos. Un momento después, Autumn añade los suyos, luego Tye y Shade, abrazando primero con una timidez vacilante y después con toda su fuerza. Finalmente, solo Saritta y Coal permanecen fuera del grupo.

—¿A ti qué te pasa? —le pregunta la hermana de Tye al oscuro guerrero.

—Yo no doy abrazos —dice Coal.

—Gracias a las estrellas —murmura ella—. Esta nueva familia se estaba volviendo demasiado sentimental.

* * *

—Aliaanadora no esperará de verdad que volvamos todos a casa antes de las once, ¿verdad? —le pregunto a Tye mientras los cuatro varones y yo encontramos un rincón privado en un pequeño parque en la ladera con vistas a la celebración. Entre las ramas de los

árboles que protegen nuestro claro, la luz del fuego parpadea en todas direcciones, y una música atronadora se eleva en el cielo nocturno. A pesar de la oscuridad ya totalmente asentada y de que la luna es una mera franja, mis nuevos ojos inmortales ven con claridad a los guerreros a mi lado. El aire cortante de la noche transporta el aroma a nogal americano quemado, y las estrellas titilantes susurran historias sobre el futuro en el que soy inmortal, River gobierna Slait y Aliaanadora da la bienvenida a un grupo ruidoso de guerreros revoltosos a su mesa, quejándose de que Shade suelta pelo.

—Ah, sí, claro que lo esperaba. —Tye se encoge, aunque sus ojos brillan de alegría—. Tendremos que hablar de eso con ella.

—Sé que no debo librar una batalla que no voy a ganar —dice River, posando sus manos sobre mis hombros, pesadas y cálidas. Un recordatorio de que, por primera vez desde que dejamos la Penumbra, los cinco estamos a solas. La mirada gris de River atrapa mi rostro con la misma firmeza con que sus manos sujetan mi cuerpo—. Sin embargo, tengo una idea sobre cómo aprovechar al máximo el par de horas que nos quedan.

Sus palabras resuenan a través de mis vínculos de apareamiento, los cuatro a la vez. Mi corazón se acelera. *Cuatro.* Y los quiero a todos. ¿Cómo explico eso? Un calor asciende lentamente por mi columna y luego se dispara para acumularse en la parte inferior de mi cuerpo. Aprieto los muslos, atrapada en la mirada de River como un ratón en la de una serpiente. Mucho más allá de la ancha espalda de River, las hogueras de Samhain lamen el cielo, y las figuras a su alrededor son siluetas oscuras, apenas visibles.

River mira por encima del hombro, con una sonrisa cómplice en el rostro. —No pueden vernos —me susurra al oído con la voz cada vez más grave—. Pero imagino que pueden olernos. Si no es ahora, desde luego lo harán cuando le demos a ese vínculo nuestro algo de lo que presumir.

La humedad cubre mi sexo y se filtra en mi ropa interior. Cielos. Mi corazón ruge, mi mente se apresura a formar palabras que no logro articular. *Sí, te deseo, River. Ahora. Pero os deseo a todos.*

River me engancha un nudillo bajo la barbilla, levantando mi cara hacia la suya. —Tu aroma dice que no te opones a mis planes. Entonces, ¿qué pasa, cielo?

Esa palabra otra vez. Se me ablandan hasta los huesos.

—Respóndeme —ordena River, toda su atención envolviéndome. Haciendo que no exista nada más que nosotros.

Se me seca la boca, me arden las puntas de las orejas. —¿Y los... los otros?

—¿Qué pasa con nosotros, cachorra? —dice la voz aterciopelada de Shade a mi derecha, su ancho cuerpo se coloca junto al de River para formar una esquina, añadiendo el aroma de la tierra húmeda a la frescura boscosa de River.

—Sí —dice Tye con voz cantarina, colocándose al otro lado de River. A pesar del frío, Tye lleva un chaleco abierto sobre la piel desnuda, y el calor de su cuerpo me recorre como el toque de un amante. En la noche estrellada, el contorno de sus músculos ágiles delata al depredador que se esconde tras la sonrisa despreocupada —. Cuéntanos sobre los otros. Con todo el detalle que quieras. —Las palabras son un ronroneo, el acento melódico más profundo de lo habitual—. Puedes empezar por describirme a mí.

—Mejor aún —dice Coal, el guerrero oscuro y silencioso que se coloca detrás de mí, cerrando la caja de músculos—. No digas nada, mortal. —El ligero énfasis en la última palabra, un desafío y una reivindicación, me corta la respiración.

Cuatro. ¿Cuatro? *Sí*, susurra el vínculo de apareamiento en mi interior, su voz de otro mundo. Las cuerdas se mueven, tejiéndose más apretadas. *Juntos. Nosotros. Ahora.*

Un escalofrío recorre mis nervios, mi cuerpo ya palpita con un dolor en la parte baja de mi vientre. La humedad llena mi sexo, empapando mi ropa interior solo por la presencia de los varones a mi alrededor. Sus propios aromas me excitan y me protegen; el pino y los cítricos, la tierra recién llovida, el bosque profundo y el almizcle metálico e inflexible, todo se une en un único capullo de ellos. De nosotros.

Es demasiado. No podemos. No deberíamos. Quiero hacerlo. Abro la boca para protestar... Un error estratégico, dado el aliento

que River y yo compartimos ahora.

Su ancha palma me ahueca la nuca, su boca desciende sobre la mía. Dulce por un momento, luego insistente. Posesiva.

El vínculo de apareamiento ronronea de placer, mi boca se rinde a la exigente intrusión. El calor recorre mi sangre, despertando mis nervios a las tentadoras posibilidades.

Justo hasta que recuerdo dónde estoy. Quién más está aquí. Mirando. Oliendo. Gruñendo en voz baja mientras River reclama su posesión. Mis manos se crispan hacia el pecho de River, decidida a apartarlo incluso mientras mi cuerpo grita pidiendo más y mi sexo se contrae sobre el vacío.

Dos agarres de hierro me sujetan las muñecas por detrás. Sin esfuerzo, Coal me obliga a bajar los brazos, su cuerpo musculoso se pega a mí para sujetarme la espalda, su miembro duro contra mi trasero. Tiro de las ataduras, suavemente al principio, luego con toda mi fuerza inmortal; la excitación ruge a la par que la indignación.

—La venganza, mortal —susurra Coal muy bajo en mi oído, bufando divertido ante mi intento de liberarme de su agarre—. Recuerdo cierto granero y cierto poste. Y voy a saborear cada momento de esta noche.

Las manos de Tye y Shade se deslizan con confianza por mi cuerpo, desabrochando con pericia los corchetes y los cordones de mi vestido hasta que cae al suelo, mi desnudez expuesta al aire. A los varones, que pueden hacer lo que quieran. Con Coal sujetando mis brazos, la mano de Shade se cierra alrededor de mi pecho derecho, apretando con firmeza.

Jadeo por la presión. La vulnerabilidad de estar desnuda entre cuatro guerreros vestidos mientras toman el mando de mi cuerpo me provoca un escalofrío. Un escalofrío que termina justo en el ápice de mi sexo, humedeciéndolo aún más. Haciéndolo palpitar. *Cielos.*

La mano de Tye encuentra mi montículo y descansa íntimamente contra mi sexo chorreante. Como si mis sensaciones, mi cuerpo, fueran tan suyos como míos. Más. El calor de mi deseo y de sus cuerpos se estrella contra mí, encendiendo el vínculo de

apareamiento hasta que arde tan caliente como las lejanas hogueras. Mis músculos tiemblan; mi sexo se presiona contra la mano de Tye y mi boca cede a la de River con sedienta desesperación.

Tye desliza un dedo por mis pliegues y toca mi ápice con el más mínimo roce, lo que me pone de puntillas. La embestida de la necesidad arquea mi cuerpo y mis pulmones se cierran en torno a un gemido. Cambio mi peso, incapaz de quedarme quieta por la presión que se acumula entre mis piernas.

LERA



Cuando River por fin libera mi boca, estoy tan mareada de deseo que el mundo se tambalea, las piernas me flaquean. Pero el duro muro del cuerpo de Coal a mi espalda no me deja caer. Ni moverme. Ni hacer nada para escapar de las sensuales caricias de River sobre mis pechos, sus pulgares rodeando cada punta oscurecida. Ni para aliviar el juego mucho más directo de Tye más abajo.

Los dedos fríos del feérico se deslizan pausadamente por mis pliegues, arriba y abajo, adelante y atrás, rozando los lados de mi clítoris con cada pasada. El dolor del anhelo en mi sexo aumenta hasta lo imposible y, cuando intento juntar los muslos, dos pies fuertes me separan las piernas de una patada, exponiendo mi sexo al aire. Me dejan indefensa para aliviar la implacable *caricia, caricia, toque* de la experta mano de Tye, o el chispazo de necesidad insatisfecha que cada uno de esos toques me envía hasta lo más profundo.

El pulgar de Tye cambia para raspar mi clítoris, la sensación es tan aguda que me pongo de puntillas, boqueando en busca de aire. Las manos de Coal se aprietan sin piedad, dándome la única opción de sentir cada momento de la noche y de los feéricos que trae consigo. Me muerde el costado del cuello, su aliento caliente contra mi piel.

Un gemido escapa de mi garganta.

—Cachorra —la voz de Shade me atrae hacia él; su mano me acaricia el pelo dos veces antes de enredarse en él, forzándome a encontrarme con su penetrante mirada amarilla, que brilla con intención depredadora. Una intención que Shade mantiene a raya mientras me roza el pómulo con un nudillo—. ¿Es demasiado para ti?

El dedo de Tye se desliza dentro de mí. Fuera. Se detiene.

Shade aprieta su agarre en mi pelo, enviando un escalofrío por mi cuero cabelludo.

—Contéstame, cachorra. ¿Quieres continuar?

—Quiero mucho, mucho más. —Mis palabras escapan en una mezcla de súplica y exigencia, una verdad que no puedo creer que acabe de expresar. La magia en mi interior canta, los lazos de apareamiento ruegan ser acariciados, trabajados y fortalecidos.

Shade sonríe, el lobo en su interior gruñe con intención. Con placer. El bulto en sus pantalones es tan prominente que puedo verlo palpitar bajo la tela.

Le lanzo una dentellada, la única parte de mi cuerpo sobre la que todavía tengo algo de control.

Shade se mueve tan rápido que no siento la mordida de respuesta en mi pecho hasta que el escozor se propaga desde la punzada. La lengua de Shade lame el pequeño dolor, su aliento, duro y cálido contra mi piel. Adueñándose de mis dos pechos, el cambiante hace rodar mis sensibles pezones entre sus dedos. Ya duros por el frío, las puntas rosadas laten, la punzada de dolor se acumula entre mis piernas abiertas.

Aún delante de mí, River se ríe entre dientes, deslizando una mano por el interior de mi muslo. Más arriba. Y más arriba hasta que alcanza la entrada que Tye está provocando con tanto regocijo. Cubriendo sus dedos con mi humedad, River levanta la mano y los lame uno por uno, sosteniéndome la mirada.

—Sabes a hembra —dice—. Un sabor magnífico.

Antes de que pueda responder, su boca se cierra sobre mi pezón izquierdo. Shade aparta su mano y se lleva el derecho a los labios. Gimo con fuerza sin poder evitarlo, mi voz rápidamente engullida por los sonidos de la fiesta. Dos lenguas se arremolinan alrededor de mis

sensibles pezones antes de que los machos succionen a la vez, sus bocas firmes y calientes.

Mi sexo se contrae por reflejo sobre los dedos de Tye, que ahora se mueven dentro y fuera lo bastante rápido como para que mi respiración se acelere, pero no tan rápido como para dejarme caer en el abismo que se acerca. Gruñendo de frustración, intento forzar la situación, ondulando mis caderas contra la mano de Tye en una exigencia codiciosa.

El agudo mordisco de los dientes de Coal en mi cuello me hace saltar, la magia en mi interior crece. *Mi* magia, no un eco de la de Coal. Me revuelvo salvajemente contra las ataduras, la presión de la magia y el placer es un bucle que se retroalimenta y que me está dejando sin aliento.

Aquélla rebeldía me gana dos pellizcos gemelos de River y Shade; el escozor de mis pechos se transforma en un placer exquisito justo cuando llega a mi sexo. Mi canal se estrecha alrededor de los dedos de Tye, mis gemidos y la pesada respiración de los feéricos llenan ahora el aire. Como mortal, podría haberme contenido, pero ahora es demasiado abrumador. Las cosas que antes me sentaban bien ahora inundan por completo mis sentidos, cada nervio mío disparándose. Quiero gritar en la noche y eso que todavía no he acogido a ninguno dentro de mí.

—Me gustan esos sonidos. —La voz grave de River vibra con peligro y promesa, sus pulgares acariciando mis turgentes pezones. Cuando abro la boca para maldecirlo, se abalanza sobre ella, saqueándola tan profundamente que apenas puedo respirar cuando por fin me libera. Su pulgar calloso roza mis labios hinchados—. Creo que disfrutaré descubriendo qué otros sonidos hace este nuevo cuerpo tuyo.

Me doy cuenta de que Shade está desnudo solo cuando River le cede el terreno. El pelo oscuro del cambiante cae suelto sobre sus hombros musculosos, las hogueras a su espalda perfilan al ágil depredador que sus bajos gruñidos proclaman que es. La polla del feérico está erecta y dura, tan grande que juraría que es un truco de la noche si no la hubiera visto antes. La cabeza aterciopelada se

inclina ligeramente a la derecha, una gruesa gota perlada ya asomando en la punta.

Las manos de Shade se mueven detrás de mis muslos, agarrándome con tanta fuerza y posesividad que incluso Coal y Tye se apartan. El repentino vacío dentro de mí es enloquecedor, pero Shade no me da tiempo a quejarme antes de levantarme en vilo y envainarse en mi humedad en un solo y suave movimiento. Sus ojos parpadean y me apodero de su boca con la mía, inhalando sus pesados alientos. Su tamaño estira mi canal, llenando una necesidad tan profunda como el propio lazo de apareamiento. Envolviendo con avidez mis piernas alrededor de la cintura de Shade, hundo las manos en sus hombros musculosos, permitiéndole subirme y bajarme a lo largo de su gran longitud.

Arriba, abajo. Arriba, abajo. Los bombeos avivan mi excitación mientras la polla de Shade se clava en mí. Más rápido. Más fuerte. Hasta que mi sexo palpita de necesidad y un hambre lasciva consume mi ser. El abismo del orgasmo se acerca a la velocidad del rayo, prometiendo una explosión a lo largo de mis nervios. *Arriba-abajo, arriba…* Shade frena, deslizándome con una lentitud enloquecedora a lo largo de él.

—Más —exijo, mi aliento tan desesperado como mi sexo dolorido y suplicante.

La chispa maliciosa en los ojos de Shade me dice que lo ha hecho todo a propósito. Que estaba esperando esta misma exigencia. Un asentimiento a alguien detrás de mí, y de repente un segundo par de manos está sobre mí, frotando mi piel sensible, masajeando mi trasero, el olor a pino y cítricos delata a Tye como el culpable. Cuando los dedos errantes de Tye se deslizan por mi humedad, provocando mi clítoris incluso mientras Shade continúa con sus poderosas embestidas rítmicas, tengo la sensación de que sé lo que se avecina y me retuerzo para alejarme como un conejo capturado.

Tye se ríe en mi oído, su dedo indiscreto ya rodeando mi dilatada entrada trasera, ignorando la protesta de mi cuerpo como un depredador que juega con su presa capturada. Un escalofrío me recorre incluso cuando mis reflejos rugen para luchar. Echando las

caderas hacia delante, fuerzo la polla de Shade a penetrar más profundamente en mí mientras pongo el objetivo de Tye fuera de su alcance.

—Quieta —ordena River; sus ojos grises atraviesan los míos por encima del hombro de Shade. El tono inflexible del feérico hace que mi estómago se estremezca, el calor que se acumula en mi sexo se enciende en un fuego abrasador. Que el guerrero pueda hacerme estas cosas solo con su voz es jodidamente injusto. Entrecierra los ojos, haciendo que mi cuerpo obedezca a pesar de los gritos de mi mente.

Mis caderas se relajan, un gemido se me escapa mientras Tye las retrae con firmeza, su dura verga presionando contra la abertura. La necesidad y el miedo se mezclan de forma imposible, mi cuerpo anhelando lo mismo que mi mente no quiere.

—Respira, Leralynn —me instruye River, mientras el imposible tamaño de Tye atraviesa el anillo; el estiramiento es tan intenso que me hace jadear. Él gime, manteniéndose quieto por un momento para disfrutar de las sensaciones, con los dedos apretados en mi cintura.

Luego me provoca el clítoris, la distracción es lo suficientemente potente como para que mi canal se contraiga espasmódicamente alrededor de la polla de Shade, el mundo parpadea a mi alrededor. Implacable, Tye avanza, lo bastante lento como para dejarme ajustar a su tamaño, pero nunca tan lento como para estar completamente cómoda, su aliento cálido e inestable contra mi cuello. Sus bajos gruñidos de placer me hacen cosquillas en la piel, volviéndome loca. Cada vez que el feérico se detiene, sus dedos provocan mi palpitante clítoris hasta que no puedo distinguir dónde termina la punzada y empieza el placer, solo que se magnifican mutuamente por diez. Hacen que todo mi cuerpo tiemble con la necesidad de liberarse.

—Todavía no —dice River, sus ojos todavía aferrados a los míos, firmes a pesar de los leves temblores que recorren sus músculos, su polla. Acercándose, el comandante me arranca las manos de los hombros de Shade y envuelve mis dedos alrededor de los suyos.

Le aprieto las manos con fuerza mientras Tye empieza a embestir en tándem con Shade, entrando y saliendo en un ritmo creciente. Mi

mente se desvanece, dejando solo sensaciones. Los dedos de Shade hundiéndose casi dolorosamente en mi trasero, mis talones en el suyo. Tye mordiendo y chupando mi cuello mientras embiste, masajeando mis pechos con sus palmas callosas. La doble plenitud amplifica cada movimiento, mi clítoris latiendo con cada *embestida-deslizamiento-embestida, embestida-deslizamiento-embestida* de las palpitantes pollas.

El abismo sobre cuyo borde cabalgo se abre en mi interior, los lazos de apareamiento añaden su propio coro a la caída inminente. Mis manos se contraen espasmódicamente alrededor de las de River mientras un orgasmo tan fuerte que duele me hace añicos en oleadas. Grito, las réplicas me recorren desde las plantas de los pies hasta las puntas de las orejas.

—Estrellas, estrellas, estrellas.

Todavía estoy temblando cuando Shade nos baja al suelo; su polla sigue dura y palpitante dentro de mí mientras se tumba boca arriba, colocándome para que cabalgue sobre él. *¿Cabalgar?* No. No puedo. Otra vez no. No después de eso. Y sin embargo…, sin embargo, los musculosos brazos y caderas de Shade me ponen en movimiento, mi cuerpo se excita de forma imposible.

Colocándose detrás de Tye, River se arrodilla para ocupar su lugar, espera, y embiste en mi trasero justo cuando mi cuerpo se atreve a relajarse. Gime, sus dedos se hunden en la suave carne de mis caderas. Su gran tamaño me estira de forma perversa, magnificando cada sensación, haciendo que este nuevo cuerpo mío se eleve, se eleve, se eleve con cada poderosa embestida de su polla.

Arrodillado a mi lado, las firmes manos de Tye agarran mis pechos, apretando mis pezones en el momento justo para equilibrar la presión de abajo. La sincronización es tan perfecta que me pregunto si no es el propio lazo de apareamiento el que dirige la orquesta, manteniendo el ritmo de las embestidas, los apretones y los mordiscos. Fundiéndonos en el uno que somos.

Uno. Mis ojos buscan a Coal, ahora de pie a un lado a pesar de la dureza que abulta en sus pantalones. El pelo rubio suelto. El torso

esculpido al descubierto. Penetrantes ojos azules chispeantes, observando la escena, observándome *a mí.*

Mi boca saliva por su sabor, por la sensación de su ancha y aterciopelada polla llenando mi boca. Dentro de mí, la palpitante magia del lazo de apareamiento llama a conectar con el guerrero tanto como mi cuerpo físico lo anhela.

—Ven aquí —ordeno.

Él enarca una ceja.

Concentrando toda mi fuerza en el lazo de apareamiento, tiro de él con toda la fuerza que puedo. Coal se estremece, sus ojos se entrecierran. Sin embargo, cede, se quita los pantalones y se coloca sobre mí para ofrecerme su polla.

Tomo a Coal en mi boca. Él gruñe suavemente, sus ojos se cierran con un temblor. Está tan duro que a estas alturas tiene que ser doloroso. Lo succiono profundamente, saboreando por completo la sal y la carne gruesa y palpitante que quiero chupar para siempre… antes de que la implicación de lo que acabamos de hacer se registre. Mi corazón se detiene, preparándose. Con Shade y River todavía dentro de mí y los dedos de Tye en mis pechos y Coal ahora llenando mi boca…

Cinco.

Estiro la mano para agarrar la verga de Tye, sus dedos en mi piel no son suficientes, mientras la palabra *cinco* resuena en mi alma. Mientras el lazo quíntuple cae como un rayo.

Se me corta la respiración, la magia palpitante nos mantiene a todos unidos, el lazo de apareamiento amplifica cada toque y estallido de calor en un bucle continuo. Llevando el placer cada vez más alto. Ahora no hay vuelta atrás. No hay separación posible, aunque quisiéramos. Pero no queremos. Estoy segura de ello, porque puedo sentirnos a todos.

El sabor de Coal explota en mi boca, la polla de Shade encuentra cada recoveco de mi interior mientras que la verga de River me llena tan por completo que solo hay espacio para la sensación. Tye acerca sus labios a mi oído, su semen se derrama caliente sobre mi piel, su voz me penetra tan profundamente como las pollas de los demás.

—Te quiero, mi chica de las lilas.

Incapaz de usar mi voz, busco una forma de responder y la encuentro en las mismas cuerdas que rugen con poder dentro de mí. Confiándome a la magia, siento la respuesta formándose en mi alma y extendiéndose a través del lazo de apareamiento. *Os quiero. A todos. Para siempre.*

El orgasmo que encontramos juntos hace añicos la noche, nuestras almas aferrándose las unas a las otras mucho después de que nos reorganicemos para tumbarnos boca arriba, observando a las estrellas contar historias por todo el cielo.

LERA



Seis meses después

—Cuidado con tu flanco izquierdo, mortal —me advierte Coal desde donde lucha contra tres sclices a la vez, la espada y la daga del guerrero fae convertidas en un borrón de precisión—. Su voz es firme y grave, como si estuviéramos en un corral de entrenamiento enfrentándonos a nada más letal que sacos de arena.

—No. Soy. Mortal. —A diferencia de las de Coal, mis palabras salen entre jadeos. Me arden los pulmones, con el corazón aporreándome las costillas mientras giro, y mi espada sigue el arco de mi cuerpo para hincarse en la gruesa piel de un sclice.

La bestia porcina me lanza un zarpazo con sus extremidades delanteras con garras, que son lo bastante largas como para permitirle correr a cuatro patas. Sin embargo, ahora no corre. Erguido sobre sus patas traseras con articulación inversa, el sclice se alza sobre mí, con sus ojos rojos y verticales, su hocico y su mandíbula inferior prominente y llena de colmillos, rugiendo todo su disgusto.

—Sigue dejando tu lado débil al descubierto y ya veremos lo poco mortal que eres —advierte Coal, derribando a la bestia que tiene delante. Ataviado con cuero de combate negro y con el pelo rubio recogido con una correa de cuero, el guerrero se mueve con

una gracia sobrenatural fruto de siglos de combate, que aún me deja sin aliento. Un movimiento de su poderoso antebrazo y una segunda bestia porcina cae justo cuando intenta hincarle los dientes en el hombro a Coal.

Saltando para apartarme del ataque del sclice, me obligo a tomar una bocanada de aire. Puede que mi nuevo cuerpo inmortal me haga más fuerte y más rápida de lo que era en mi forma humana, pero me queda mucho camino por recorrer antes de poder igualar las habilidades de mis compañeros.

*No soy mortal.*Las palabras todavía resuenan en mi interior y se me asientan incómodamente en los huesos. Hace solo ocho meses, trabajaba en el establo del maestro Zake en las tierras mortales, donde el mordisco de su cinturón y el chasquido de su mal genio eran la única promesa fiable del futuro. Cuando los cuatro guerreros fae —Coal, River, Shade y Tye— aparecieron desde el reino inmortal, atraídos hacia mí por una magia antigua, ninguno creyó que nuestra conexión fuera otra cosa que un error. Y, sin embargo, aquí estoy. No solo soy la quinta guerrera del quinteto, sino que yo misma soy fae, unida a los cuatro varones por una magia tan antigua como la raza inmortal.

Ahora que somos un quinteto reconocido oficialmente, estamos encargados de proteger Lunos de las criaturas oscuras de Mors, lo que, si por Coal fuera, significaría recorrer las tierras entre las tres cortes de Lunos, Flury, Blaze y Slait, y luchar contra sclices y pirañas hasta hartarse. Por desgracia para Coal, como nuestro comandante es ahora también el rey de la Corte de Slait, nunca nos alejamos mucho de la capital de esta. Los chicos disimulan bien, pero después de siglos en primera línea de batalla, responder a informes rutinarios y comprobar las protecciones mágicas hace que mis chicos se sientan como perros con correa.

A veinte pasos de distancia, donde el espeso bosque de helechos da paso a un claro, dicho comandante, River, permanece con la espalda recta y los ojos entornados por la concentración mientras su magia abre una gran brecha en la tierra helada. Una futura tumba para la manada de sclices que Tye y Shade conducen hacia la grieta mientras Coal y yo nos ocupamos de los rezagados. Puede que los

sclices tengan el cerebro y los instintos de los roedores, pero con sus cuerpos del tamaño de un hombre y un hambre insaciable, manadas grandes como esta pueden destruir una aldea en una noche de caza.

Distingo a Shade, en su forma de lobo, mordisqueando las patas traseras de las bestias mientras Tye, el pelirrojo, juega con su magia de fuego para hacer saltar chispas junto a sus pezuñas. Rápidos. Eficientes… Competitivos. *Estrellas.* Los dos lo han convertido en un juego, y apostaría mi caballo a que están llevando la cuenta.

El sclice que tengo delante gruñe furioso, una espesa baba amarilla goteando de sus belfos retraídos. El hedor que emana de la criatura es lo bastante fuerte como para darme arcadas, incluso aquí en la Penumbra —el inquietante estrato subyacente del mundo normal, donde tienden a congregarse las bestias de Mors—, que atenúa los colores, los olores y los sonidos. Aferrando mi espada con más fuerza, me cubro la boca y la nariz con el codo mientras rodeo al monstruo en busca de un mejor ángulo.

La bestia porcina se agacha sobre sus patas traseras. Gruñe. Se abalanza sobre mí más rápido de lo que creía posible, impulsándose del suelo con sus afiladas garras delanteras como palanca antes de arañarme el costado izquierdo. Unas vetas de fuego se encienden a lo largo de mis costillas, y ahogo un gemido de dolor. Puede que mi cuerpo inmortal se cure más rápido que el de un humano, pero no hace nada para atenuar las sensaciones. Shade y Tye están lidiando con más de una docena de bestias, y Coal ya va por la quinta que mata. Este maldito sclice es mío.

Dejando que el impulso de la bestia la arrastre a mi lado, inclino la espada para golpear la parte posterior de su cuello. Me arden las costillas, el pulso acelerado por una furia teñida de miedo mientras ataco.

El sclice se da la vuelta y me derriba. Se abalanza sobre mí mientras caigo, aterrizando con sus garras delanteras a cada lado de mi cabeza, su enorme mandíbula inferior abierta de par en par, goteando baba amarilla sobre mi cuello.

Arqueo la espalda, me quito al sclice de encima de una patada y ruedo sobre mi hombro para recuperar el equilibrio. Siento una pequeña punzada de satisfacción al ver que ninguno de los chicos

interviene para rescatarme; están progresando. Entonces siento la atención de Coal sobre mí, tan ardiente y firme como sus manos en mi brazo de la espada… Vale, progresan lentamente.

Sondeando mi interior, busco los miembros fantasmales de magia de los chicos a los que todavía me estoy acostumbrando a tener ahí. No una, sino cuatro cuerdas de poder despiertan a mi llamada, las magias incipientes aún en desarrollo pero ansiosas por liberarse. Entrelazando las cuatro cuerdas en una tosca trenza, lanzo un tejido desordenado. Por lo que sabemos, soy la única tejedora de todo Lunos, pero tardaré siglos en alcanzar la plenitud de mi poder.

La trenza de magia explota como el chasquido de un látigo gigante, resonando por todo el bosque. Trozos de tierra, helechos y sclice salen despedidos por el aire como si estuvieran atrapados en un enorme torbellino lleno de esquirlas.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunta River, sus firmes ojos grises evaluando la escena mientras yo caigo de rodillas para recuperar el aliento—. ¿Estás bien, Leralynn?

Reprimo la magia rápidamente y me alejo del desastre. —Sí.

—Basta por hoy. Conecta —ordena River, sus palabras secas obligándome a ponerme en pie. Un destello de luz hace que Shade vuelva a su forma fae, con el pelo negro cayéndole sobre los pómulos altos, la piel bronceada y los relucientes ojos amarillos. Coal remata a su oponente con un golpe eficiente antes de correr hacia donde los demás se cogen de las manos.

—Vamos, muchacha—Tye me tiende la mano con una sonrisa pícara y un brillo en sus ojos verdes, atrayéndome para completar la conexión del quinteto—. Se acabó el recreo.

En el momento en que los cinco nos tocamos, la magia ancestral del quinteto inunda mi cuerpo, su poder atronador desplazando todo el dolor y la fatiga. Las manos competentes de River sobre las riendas de la magia no tardan en empujar a los dos sclices restantes a la tierra agrietada antes de barrer las víctimas de Coal y mi desastre al mismo abismo y sellarlo limpiamente.

Todo termina en segundos, pero esa oleada de magia conjunta, mi corazón latiendo en perfecta armonía con otros cuatro, roza mi alma con el éxtasis de la pertenencia. *Míos.* Sin importar sus juegos

de guerra, su asunción de riesgos, su exasperante sobreprotección, estos hombres son míos.

* * *

No siento tal éxtasis una hora más tarde. Sentada sin camisa en la mesa de trabajo de Shade en el Palacio de Slait, me muevo inquieta bajo cuatro miradas furibundas.

—Estos cortes son profundos, cachorra —dice Shade, su voz, normalmente aterciopelada, severa mientras las yemas de sus dedos me palpan suavemente las costillas. La magia del licántropo tiene afinidad curativa, al igual que el poder de Tye favorece el fuego y el de River se comunica con la tierra. La extraña magia de Coal es única, volcada hacia su interior tras años de esclavitud, lo que le confiere una fuerza, una velocidad y una capacidad de curación aún mayores que las de otros fae. Shade se agacha para mirar más de cerca, su olor a tierra recién llovida llenándome la nariz. Incluso fuera del campo de batalla, Shade se mueve con gracia lupina, sus pantalones grises ajustados y su torso desnudo revelando una extensión de músculos bronceados y suavemente esculpidos. Los hermosos ángulos de su rostro están tensos por la preocupación. —Si las garras hubieran entrado un poco más, tendrías un pulmón perforado.

—Te dije que tuvieras cuidado con tu flanco izquierdo, mortal. —Los ojos azules de Coal relampaguean con hielo, sus músculos tensos vibran con una violencia contenida—. No sabía que necesitabas una brújula para encontrar la «izquierda».

—No tenías que hacer todo eso solo para llamar mi atención, chica lila. —Los brazos cruzados de Tye delatan la mentira tras la ligereza de su voz. Cuando el chico cambia de peso, veo sus puños tan apretados que sus nudillos están blancos.

Me froto los brazos, esperando que el escalofrío fingido oculte los ligeros temblores de la fatiga muscular que ahora afloran. —Estoy bien.

—Y si no lo estuvieras, estarías muerta antes de admitirlo. —River se coloca a mi lado, con sus ojos grises fijos en los míos. A pesar de tener más de cinco siglos, el guerrero aparenta tener veintitantos años, con sus orejas puntiagudas y sus caninos alargados como marca de su inmortalidad tanto como su aura de poder y mando. Aquí, en la intimidad del taller de Shade, se ha quitado la chaqueta con el escudo del rey y la pequeña corona de oro que sus súbditos esperan verle, pero aun así, su espalda militantemente recta, su pelo castaño corto y sus anchos hombros cargan con la responsabilidad como una segunda piel. Incluso conmigo sentada en una mesa alta, se yergue sobre mí, el más grande de los cuatro varones, invadiendo mi espacio con una precisión implacable. El peso de su presencia —su abrumadora belleza y su enfado— me produce escalofríos. —¿Estábamos combinando algo de ejercicio con utilidad, no? No había ninguna razón para que te pusieras en peligro. Si el sclice te estaba dando problemas, deberías haber dicho algo. ¿Me entiendes?

Sondeando mi interior, reúno la fuerza suficiente para devolverle la mirada a River. —Tienes que darme algo de espacio para probar mis habilidades, River. Ahora soy una guerrera del quinteto. ¿Estarías tan alborotado si fuera Tye quien estuviera sentado aquí con unos cuantos rasguños?

Tye resopla y coge una silla, dándole la vuelta para sentarse a horcajadas, con los ojos puestos en el espectáculo.

—Hemos luchado junto a Tye durante más de trescientos años. Tú te convertiste en fae hace seis meses. —La voz de River baja a un timbre grave—. Y lo que es más importante, Tye no es mi pareja. Para un varón fae, el instinto de proteger a su pareja es abrumador. En el momento en que te convertiste en fae y se formaron esos lazos de apareamiento, nuestras vidas se entrelazaron con la tuya aún más de lo que ya lo estaban. Eso es algo a lo que tienes que empezar a acostumbrarte, Leralynn. Y a respetar.

—Tengo una idea mejor, River. —Enderezo la espalda, sin importarme que el movimiento me pique en las costillas o empuje mi pecho desnudo más hacia fuera—. El instinto de lobo de Shade es marcar su territorio y, aun así, de alguna manera se las arregla para

no mearse en la alfombra. Así que quizás tu polla podría aprender algo de la suya.

Un músculo en la mandíbula cuadrada de River se contrae. Una vez. Dos. A la tercera, el chico se da la vuelta y sale de la habitación, la puerta cerrándose tras de sí. El pequeño taller de paredes blancas de Shade, con sus superficies limpias y pulidas, de repente se siente cavernoso y vacío.

Cuando abro la boca para gritarle, Shade coloca su gran palma en mi mejilla, el calor de su cuerpo caldeando el aire entre nosotros. Sus ojos amarillos son tan profundos como su voz. —Hay muy pocas cosas en el reino inmortal que nos duelan más que verte sufrir, cachorra. —Su pulgar me roza el pómulo y la firme presión envía zarcillos de sensación a través de mí—. Protegerte no es un instinto que *queramos* reprimir.

Las fuerzas me abandonan y apoyo la frente en el duro pecho de Shade, el latido de su corazón resonando a través de mi piel. —Solo quiero aportar mi granito de arena —susurro, la confesión me aprieta la garganta—. Solo porque la magia nos haya unido…

—La magia no tiene nada que ver. —Shade me sujeta el rostro con ambas manos, inclinándolo hacia arriba para encontrarse con sus ojos, la feroz posesión en ellos perforando mi núcleo. Gruñe suavemente y el calor se acumula en la parte inferior de mi cuerpo. —Eres nuestra compañera, cachorra. Y te habríamos encontrado, con o sin magia, porque sin ti, nuestras almas están incompletas.

Shade se inclina hasta que nuestros alientos se mezclan, el calor de su cuerpo envolviendo mi piel. Aún sosteniendo mi rostro, presiona su boca contra la mía, su lengua se desliza suavemente antes de reclamarme con una posesión depredadora que me recuerda al lobo que es. El olor de su excitación satura el aire; una de sus manos se desliza ahora por mi cuello, mi hombro, mi clavícula. Me ahueca el pecho derecho.

Mi piel hormiguea bajo el toque del chico, el pecho que sostiene de repente lleno y dolorido. Mis entrañas se contraen, tanto por el beso de posesión absoluta como por la idea de la boca de Shade en otros lugares. Succionando el sensible pecho que ahora sostiene. Bajando más.

El pulgar calloso de Shade roza mi pezón y un escalofrío recorre su cuerpo cuando el botón se endurece en respuesta. Un calor fundido fluye por mi núcleo, mi sexo, la parte posterior de mis muslos, haciendo que hasta los dedos de mis pies hormigueen de necesidad.

Nunca me acostumbraré a esto. No importa cuántas veces nos ahoguemos en el vínculo del apareamiento, en cuántas superficies de cuántas habitaciones del palacio y pasadizos tranquilos y rincones con cortinas cedamos a la lujuria, las conversaciones casuales convirtiéndose en una posesión sin aliento. Parece que los deseo más con cada día que pasa.

—Si llego a saber que nos saltábamos la curación y la reprimenda para pasar directamente a los besos, me habría acercado —dice Tye. Su voz profunda y divertida solo agudiza el dolor en mi sexo, mientras las imágenes de lo que los tres podríamos hacer juntos ahora mismo inundan mi imaginación… los cuatro, si Coal dejara de afilar ese maldito cuchillo.

Shade ríe contra mi boca, apretándose contra mí hasta que siento la dureza que palpita dentro de sus calzones. Le deslizo la mano para agarrarle el tenso trasero, atrayéndolo aún más cerca…

—Tenéis que terminar aquí. —La voz de River se interpone entre nosotros, el aire enfriándose con la puerta abierta. Por un momento, pienso que el chico ha vuelto para discutir un poco más, y la frustración que se apodera de mi sexo se mezcla violentamente con la réplica que burbujea en mi pecho. Pero entonces lo oigo. Una tensión inusual en el tono de River, una tensión apenas contenida que hace que se me encoja el estómago. Shade se endereza, dándome un apretón de disculpa en el muslo, y me deslizo para ponerme de pie.

—¿Qué ha pasado? —Tye se acerca por detrás de mí y me envuelve con su chaqueta, su pesada mano permanece reconfortantemente en mi hombro mientras sus ojos observan cada movimiento de River.

River se pasa la mano por el pelo corto, su único tic aflorando. —Un mensaje del Consejo de Ancianos —dice en voz baja—. Las

protecciones mágicas que defienden al reino mortal se han agrietado.

OTHER BOOKS BY ALEX LIDELL

BOOKS IN THE WORLD OF LUNOS

Reverse Harem Romance

POWER OF FIVE

1. POWER OF FIVE
2. MISTAKE OF MAGIC
3. TRIAL OF THREE
4. LERA OF LUNOS
5. VEIL OF MEMORY
6. ROGUE OF GREAT FALLS ROGUE
7. BELL OF TRUTH

IMMORTALS OF TALONSWOOD

1. LAST CHANCE ACADEMY
2. LAST CHANCE REFORM
3. LAST CHANCE WITCH
4. LAST CHANCE WORLD*

Contains Power of Five cross-over. Can be considered Power o Five book 8.

HER ROYAL DRAGON PACK

1. DRAGONS' CAPTIVE
2. DRAGONS' BRIDE
3. DRAGONS' MATE
4. DRAGONS' FUTURE

FATED TO DRAKEN RIDERS

1. POWER OF DRAKEN

2. FATED TO FLURRY

* * *

TRIDENT RESCUE (Writing as A.L. Lidell)

Contemporary Enemies-to-Lovers Romance

ENEMY ZONE

ENEMY CONTACT

ENEMY LINES

ENEMY HOLD

ENEMY CHASE

ENEMY STAND

* * *

SIGN UP FOR NEW RELEASE NOTIFICATIONS at https://links.alexlidell.com/News

🇺🇸 ABOUT THE AUTHOR

Alex Lidell is an Amazon Top 100 romance author best known for the *Power of Five* fantasy romance series. When she's not writing about broody heroes and fierce heroines, Alex enjoys horseback riding—and always eats dessert first. She writes under both **Alex Lidell** and **A.L. Lidell**.

📬 **Join the newsletter** for new releases, bonus scenes, and sneak peeks: https://links.alexlidell.com/News

🌐 **Learn more at:** www.alexlidell.com

📧 **Email:** alex@alexlidell.com

